

27

COMBATE ESPIRITUAL

Lorenzo Scupoli



SAN PABLO

Curia Provincial
de los Clérigos Regulares (Teatinos)
Ardemans, 30. 28028 Madrid
Tel. (91) 726 24 22

© SAN PABLO 1996 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid) Tel. (91) 742 51 13 - Fax (91) 742 57 23

© San Paolo - Cinisello Balsamo (Milán) 1992

Título original: *Combattimento spirituale*

Traducido por *José A. Pérez Sánchez*

Distribución: SAN PABLO. División Comercial

Resina, 1. 28021 Madrid * Tel. 798 73 75 - Fax 505 20 50 ISBN: 84-285-1824-6

Depósito legal: M. 1.763-1996

Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. 28970 Humanes (Madrid) Printed in Spain. Impreso en España

PRÓLOGO

A principios del siglo XVII apareció el libro de san Francisco de Sales titulado Introducción a la vida devota. El éxito fue prodigioso. La intención del autor fue la de llevar la piedad a todo el mundo y aplicarla a la vida corriente, con una amabilidad y una delicadeza admirables. Pero su ascetismo exige sacrificio; conduce a la mortificación y a la abnegación.

El santo obispo de Ginebra, cuando cursó sus estudios de derecho en Padua, conoció un libro que influyó en su vida de una manera definitiva. Se llamaba Combate espiritual; su autor, Lorenzo Scupoli. El título del libro lo dice todo: es un verdadero manual de estrategia espiritual. Algo necesario, porque la perfección cristiana debe ser conquistada y quien quiera salir vencedor en la lid, ha de luchar contra «todas las malas afecciones» del corazón, por pequeñas que sean. Aquel libro, lleno de sabiduría, fue objeto de lectura constante para san Francisco de Sales: él, que hizo amable la piedad, pero sin quitarle nada de austeridad.

Fue decisiva la influencia del humanismo en el siglo XVI. La cultura sufrió un cambio enorme, bajo el impulso del Renacimiento y del protestantismo. Durante la Edad media, Europa se había desarrollado bajo una concepción teocrática, trascendente y teológica, que abarcaba todos los aspectos de la vida. La sucedió una perspectiva humanística, antropocéntrica, inmanentista y materialista. Este hecho dio lugar a una nueva espiritualidad, que optó por una vida espiritual cristiana, más dinámica y más profunda, con un sentido de lucha y combatividad. El método se fundaba en una intensa vida de oración, convertida esta en un ejercicio personal, privado y concebido de una forma sistemática y metódica. San Ignacio de Loyola fue el gran autor de esta reforma, que hay que calificar de verdadera revolución, puesta de manifiesto en su libro de los Ejercicios espirituales.

Lorenzo Scupoli conoció este libro del jesuita español y, como él, concibió su libro como un manual para la lucha espiritual, en la cual deben tomar parte la inteligencia, la voluntad y los sentidos. El autor, un humilde religioso teatino, se esforzó en ser sumamente sencillo y práctico y se manifestó como un gran conocedor de la ascética cristiana y un experto maestro de almas. Lo importante para él era que el alma que quiere llegar a la perfección, consiga reformar su interior y realizar un esfuerzo constante en la intimidad de su alma. Es la única manera de conseguir la perfección.

El libro de Scupoli es una de las obras cumbre de la espiritualidad cristiana, una síntesis maravillosa de la ascética católica. Por esto obtuvo en su época una difusión extraordinaria, que llegó hasta nuestro siglo; aunque no se puede negar que hoy está muy olvidado. Como acontece a tantas otras obras esenciales de la doctrina espiritual de la Iglesia. Hay que agradecer al teatino P. Bartolomé Mas, que haya cuidado la traducción al castellano de la obra del P. Scupoli, enriqueciéndola con un estudio indiscutiblemente magistral, tanto sobre la persona del autor como sobre el contenido y la influencia de la obra: la más importante de la escuela italiana del

siglo XVI.

Es posible que algún lector se haga estas preguntas: ¿Es verdaderamente actual la obra de Scupoli? ¿Está llamada a ocupar un lugar de prestigio en la vida cristiana de nuestro tiempo? Su espiritualidad ¿es un camino válido para los creyentes que hoy desean alcanzar la santidad? Por otra parte, ahí está el llamamiento apremiante de Jesucristo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). Hay que recordar también el cap. 5º de la constitución sobre la Iglesia del concilio Vaticano II, que hace un solemne llamamiento universal a la santidad, la cual consiste en «la perfección de la caridad». En realidad es «una misma» la santidad que cultivan quienes, obedientes a la voz del Padre, son guiados por el Espíritu Santo; pero su expresión es «multiforme» en cada uno de ellos. Su camino les ayuda a conseguir la conversión, el alejamiento del mal y la superación de la concupiscencia; pero positivamente les conduce a un movimiento amoroso hacia Dios y hacia el prójimo.

Esto explica que en el seno de la Iglesia existan las llamadas «escuelas de espiritualidad» — por ejemplo, la benedictina, la franciscana, la carmelita, etc—. Las cuales poseen sus peculiaridades típicas, que no excluyen, sino que suponen el sólido fundamento de los irrenunciables valores evangélicos. Manifiestan el único y multiforme camino hacia la santidad. La historia de tales escuelas revela la existencia de la llamada «inculturación de la espiritualidad». Aspecto este primordial para los tiempos que estamos viviendo. Así lo advirtió con claridad el P. Rahner, cuando afirmó que se nos había acabado el tiempo de «vivir la espiritualidad de Filotea, alejados de este mundo del trabajo y de la humanización del mundo». Con palabras quizá más precisas dijo lo mismo Paul Ricoeur: «Podrán sobrevivir únicamente las espiritualidades que tienen en cuenta la responsabilidad del hombre...». En sentido general pienso que las formas de espiritualidad, incapaces de tener en cuenta la dimensión histórica del hombre, habrán de sucumbir bajo la presión de la civilización técnica.

De hecho las varias escuelas de espiritualidad han ido apareciendo en distintas épocas de la historia, a tenor de los diversos cambios culturales. La espiritualidad debe insertarse en la historia y expresarse según las mediaciones culturales de los diferentes lugares y tiempos, con el fin de que sea palabra de Dios para el hombre histórico. Santa Teresa de Jesús, contemporánea de Lorenzo Scupoli, se apartó del planteamiento cosmológico de la Edad media y propuso un itinerario de interiorización espiritual hasta el centro del alma, donde se encuentra Dios. La estrategia de Scupoli tiene idéntica orientación, aunque se mueve primordialmente en el campo de la ascética. La escuela italiana tuvo en cuenta la cultura del humanismo: por esto se preocupó de «la alegría del hombre espiritual», que debe reformarse profundamente a sí mismo antes de reformar a los demás.

La introducción de una nueva espiritualidad no se realiza sin tanteos y tensiones. Es algo que forma parte del patrimonio de la riqueza espiritual de la Iglesia a través de los tiempos. Pero siempre aparece este problema crucial: ¿Puede una nueva espiritualidad ser esclava de la cultura de su tiempo? ¿Debe dejarse instrumentalizar por los valores culturales que asume? Cualquier respuesta que quiera darse a estos interrogantes no puede prescindir de la necesaria e

imprescindible fidelidad a la doctrina del evangelio, porque la santidad es unión íntima con Jesucristo, es su seguimiento, es su imitación.

Hoy muchos cristianos y religiosos desean encontrar un auténtico camino para llegar a la perfección; pero esta ansia viene acompañada de un anhelo de «aggiornamento», de puesta al día. Es muy dura la confrontación con el mundo moderno. Pero, ¿hasta qué punto, si quiere mantenerse en el seno de la Iglesia católica, le es lícito a una espiritualidad actualizada, realizar una apertura a la modernidad, incorporando algunos de sus valores? No me resisto a hacer caso omiso de estas palabras del teólogo Kasper: «La palabra de Dios se ha convertido para muchos en un término vacío, ni tiene sitio en un contexto existencial». Por esto, «en este mundo que se va haciendo históricamente, no encontramos tanto la huella de Dios como las nuestras». La hora que estamos viviendo es verdaderamente «atormentada», según la calificó Pablo VI.

Es imprescindible no equivocarse en el camino. Ciertamente hay que tener en cuenta los auténticos valores de la cultura moderna (sentido de la comunidad, exigencias de la solidaridad, respeto a los derechos humanos, cultivo de la paz...). Porque todos los órdenes de la existencia y todas las cualidades humanas deben integrarse en el seguimiento de la gracia de Dios hacia la santidad. Por esto en toda verdadera espiritualidad cristiana ha de estar presente una cierta antropología, ya que aquella debe abarcar al hombre en sus diferentes dimensiones: espíritu, alma, cuerpo, individuo, comunidad humana, situación en el mundo, etc.

Al mismo tiempo, es urgente profundizar en lo que nos dice la palabra de Dios en la Escritura y la tradición y también indagar la experiencia cristiana a lo largo de la historia para captar su esencial mensaje espiritual. Se impone realizar una síntesis superior, que abarque la encarnación y la trascendencia, la continuidad y la ruptura, la aceptación y la superación, la presencia y la fuga. Para ello el más delicado discernimiento es insustituible.

Para el cristiano de hoy, la síntesis personal de su camino hacia la santidad, no puede prescindir de un sincero esfuerzo ascético; porque el seguimiento de Jesucristo es exigencia de penitencia, de expiación y de testimonio, todo en una sola pieza. Es esto lo que arranca de cuajo los muros que cierran el paso al camino que conduce al ímpetu torrencial del amor. En la ruta hacia la perfección no faltan obstáculos: son las tentaciones y el pecado. El Vaticano II advirtió que «toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como una lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas». De aquí que la ascética cristiana, en su acepción más profunda, requiere esfuerzo, lucha, renuncia. A ello puede añadirse que toda espiritualidad cristiana, al ser esencialmente cristocéntrica, no puede prescindir del significado de la cruz, que es renuncia y sacrificio. Eso se ve claro, cuando la oración —ese momento de «plenitud espiritual»—jalona la vida de cada día.

Ninguna escuela de espiritualidad católica, por lo tanto, puede excluir la necesidad del esfuerzo ascético de la lucha para caminar hacia la santidad. Aunque se trate de asimilar algunos de los valores auténticos de la modernidad.

*Precisamente es aquí donde hay que colocar la actualidad del libro de Lorenzo Scupoli. Bajo el título *Combate espiritual* él nos enseña, como maestro, y nos acompaña, como amigo, en los*

pasos que hay que dar, para salir victoriosos en la batalla contra los enemigos del alma. Las advertencias y avisos son acertadísimos, por la sabiduría y la experiencia del autor. De aquí que su escuela sea perenne. ¡Ojalá sean muchos los discípulos e innumerables los cristianos que lleven a la práctica sus enseñanzas!

«La Iglesia está llamada a dar un alma a la sociedad moderna», ha dicho Juan Pablo II. Esto sólo podrán hacerlo los santos.

Cardenal Narcís Jubany

Barcelona, 30 de diciembre de 1995

INTRODUCCIÓN

Este libro que, desde hace cuatro siglos, ve cómo se repiten sin cesar sus ediciones en todas las lenguas, va a despertar el interés, o al menos la curiosidad, no sólo de quien se preocupa de enriquecer sus conocimientos literarios y bibliográficos, sino también, y sobre todo, de quien desea encontrar un alimento, estimulante y sustancial, para su propia vida espiritual.

Las ediciones del Combate espiritual jamás se han interrumpido desde 1589, año de su primera edición en Venecia. Quien hoy lo toma en sus manos, será tan sólo uno más en la serie de sus innumerables lectores. Entre los primeros encontramos a un joven que deseaba y buscaba una norma segura y un fuerte estímulo para su vida interior. Se trata de san Francisco de Sales.

En aquel mismo año de 1589 y en la Universidad de Padua, el joven estudiaba jurisprudencia y dedicaba a la vez no pocas horas al estudio de la teología.

En aquella ciudad, la providencia hizo que se encontrase con un religioso teatino, que le proporcionó un librito acabado de publicar. Bajo el título de *Combattimento spirituale* se leía: «Compuesto por un siervo de Dios». Aquel diligente estudiante sabía bien que el anónimo autor era «un santo religioso de los teatinos, quien, por humildad, había silenciado su propio nombre».¹

Francisco de Sales nos ofrece el punto de partida, el impulso inicial, para introducimos a un mejor conocimiento del autor y a una más profunda comprensión de su pensamiento.

El anonimato del libro duró hasta 1610, en que apareció en Bolonia la primera edición con el nombre de Lorenzo Scupoli, pocas semanas después de su muerte. Desde entonces, el nombre de Scupoli queda para siempre ligado a su obra. Trataremos de exponer las vicisitudes nada fáciles del autor y de su obra.

1. Las vicisitudes del autor y de su obra

1.1. *Una vida oculta*

Hasta el más sagaz y paciente investigador es capaz de desanimarse si se propone indagar y escribir sobre la vida de Lorenzo Scupoli. El silencio y la oscuridad envuelven su paso por la tierra. Las fuentes de los archivos y bibliotecas ofrecen pocos datos, con los que no es nada fácil presentar de forma satisfactoria una biografía de este hombre.

No obstante tal escasez de noticias, creemos conveniente tratar de introducir un rayo de luz en la oscuridad que rodea toda su existencia.

Nació hacia el año 1530, en tierras del Salento, en Otranto, la antigua Hydruntum, entretejido armonioso de cielo, tierra y mar; una ciudad que justamente se gloria de un vasto patrimonio rico en historia, cultura y espiritualidad. Francisco fue su nombre de pila.

Habían transcurrido apenas cincuenta años desde el holocausto de ochocientos cristianos hidruntinos en la colina de la diosa Minerva. Perduraba todavía muy vivo el recuerdo. Su formación juvenil maduró en aquel clima de heroico testimonio martirial de sus antepasados.

Poco sabemos de sus primeros cuarenta años. Hombre ya maduro, decidió pedir con insistencia la admisión en la Orden de los Clérigos Regulares, fundada en 1524 por san Cayetano de Thiene (1480-1547).

Su vocación se debe al influjo que sobre él ejerció la fama de virtudes de la comunidad de los teatinos de San Pablo el Mayor de Nápoles, fragua y cenáculo de santos.²

Su nombre, «Franciscus de Hydrunto», lo encontramos por primera vez en las Actas del Capítulo general de los teatinos, de 1569. En una de las deliberaciones, se autoriza su admisión, si con perseverancia continuaba «llamando» a la puerta de la Congregación. El 4 de junio de aquel mismo año fue admitido en los teatinos.

El 1 de enero de 1570 empezó el noviciado. Su maestro fue san Andrés Avelino (1521-1608). Pero, al ser este destinado a Milán, por invitación de san Carlos Borromeo, le sucedió en el cargo, en mayo de 1570, el P. Jerónimo Ferro (+1592)³. Después de la experiencia propia del noviciado, bajo guías tan expertos, emitió su profesión religiosa el 25 de enero de 1571, cambiando su nombre de Francisco por el de Lorenzo.

No nos queda documento alguno sobre sus estudios. El historiador de los

teatinos, José Silos, narra que Scupoli, ya antes de entrar en la orden, se había dedicado al estudio de las letras⁴.

Los teatinos, para admitir a las órdenes sagradas, eran muy exigentes en materia de estudios eclesiásticos, y los candidatos eran sólo admitidos después de superar repetidos y severos exámenes. El hecho de que Scupoli, hombre ya maduro, fuese admitido, no como hermano lego, sino como aspirante al sacerdocio, hace pensar fundadamente que por entonces estaba ya dotado de aquella cultura literaria y teológica exigida por los examinadores teatinos.

Recibido el subdiaconado en la fiesta de Pentecostés de 1572, y el diaconado en septiembre de 1573, al año siguiente marcha a la recién fundada casa teatina de Piacenza, de la que era prepósito san Andrés Avelino. En esta ciudad recibió la ordenación sacerdotal, en la Navidad de 1577.

En mayo de 1578, pasó a residir en la casa de San Antonio de Milán, allí fue con san Andrés Avelino, que había sido elegido prepósito de la misma. Bajo un guía tan experto, Scupoli llegó también a formar parte de aquel grupo de teatinos que, con tanto celo, colaboraron con san Carlos Borromeo a poner en marcha en Milán la reforma eclesiástica que debía servir de «modelo» para las otras diócesis.

Después de tres años, en abril de 1581 fue enviado a la casa de San Siró de Génova. Aún se dejaban sentir las consecuencias de la terrible epidemia de 1579. Dotado como estaba de un especial carisma para socorrer, curar, consolar a los enfermos y prepararlos para una muerte cristiana⁵, Scupoli se unió a sus hermanos religiosos, prodigándose en la asistencia a los enfermos.

1.2. Una vida humillada

El Señor, que elige la senda por donde conducir las almas y los medios providenciales para perfeccionar la virtud de sus servidores, reservó un camino de larga humillación para Lorenzo Scupoli. Acusado y procesado por un supuesto «delito» en el Capítulo general de su orden, reunido en Venecia el mes, de mayo de 1585, fue condenado al duro castigo de la cárcel durante todo aquel año. Suspendido «a divinis», es decir, privado del ejercicio de todo ministerio sacerdotal, fue reducido a la categoría de los hermanos legos⁶.

Aunque reexaminada, esta sentencia fue confirmada por el Capítulo de 1588⁷.

Aún seguimos preguntándonos: ¿por qué fue condenado Scupoli tan severamente?

Hasta el día de hoy sigue siendo un misterio. El texto del proceso sigue aún sin encontrarse, y ningún historiador teatino lo cita.

Entre los teatinos estaban en vigor ciertos decretos capitulares, que prescribían quemar cada año todos los escritos referentes a investigaciones y procesos en contra de cualquier religioso, prohibiendo su conservación, por la razón que fuese⁸.

Los autores que se han interesado específicamente por la condena de Scupoli están de acuerdo en opinar que el supuesto «delito» del que fue acusado era tan sólo una grave calumnia.

José Silos, historiador de los teatinos, trató esta escabrosa cuestión con difícil equilibrio: profesa una evidente veneración por la fama de santidad de Scupoli, al tiempo que manifiesta un profundo respeto por el régimen de severidad que la disciplina de la orden usó en el caso del supuesto culpable⁹.

Alguno ha insinuado, como hipótesis, que la calumnia tuviese que ver con la integridad de la fe, es decir, habría sido acusado de herejía¹⁰?

Cierto es que los teatinos, heraldos de la reforma católica del siglo XVI, eran intransigentes en cuestión de doctrina. Bien seguro que no toleraban en ninguno I de sus religiosos la mínima desviación de la ortodoxia \ católica.

Dado el silencio de las fuentes históricas, es imposible, hoy por hoy, precisar hasta qué punto la grave calumnia pudo herir la fama de Scupoli. Que se tratase de un «delito» muy grave, cabe deducirlo de la durísima condena. Scupoli no es el único caso de personas de santa vida que han sido condenadas por graves calumnias, incluso por jueces eclesiásticos. En nuestro caso el «condenado» soportó con tan ejemplar humildad y resignación la dura pena, que incluso en el silencio y larga vida oculta llegó a adquirir fama de singular virtud.

Mientras vivió —refiere Antonio Francisco Vezzosi— fue modelo elocuente de penitencia para quien lo creyó reo. Para quien estaba convencido de su inocencia, fue un raro ejemplo de desapego evangélico del más apreciado de todos los valores humanos: el honor, la fama, la estima. No se defendió, no contraatacó la grave calumnia, no mostró repugnancia alguna frente a su humillación. Dejó que su alma se purificase en el crisol de la tribulación¹¹.

José Silos, que narra cuanto dejaron atestiguado los religiosos que habían convivido con Scupoli, escribe que, «sereno en el semblante y tranquilo en su espíritu, estaba siempre dispuesto para los más humildes y penosos servicios domésticos. Gustaba del retiro y el silencio, pasaba muchas horas en oración; a todos edificaba su serena y profunda humildad»¹².

A partir de 1585, nuestro personaje vivirá bajo el peso de la condena, nada menos que veinticinco años: sólo se verá libre de ella poco antes de su muerte.

1.3. Vicisitudes del libro en vida de su autor

En el mes de mayo de 1588, Scupoli abandona Génova. Su nuevo destino es la casa de San Nicolás de Tolentino, de Venecia. Allí se traslada con el padre Silvestre del Tufo, elegido prepósito de la misma¹³.

El año siguiente, el tipógrafo veneciano Gabriel Giolito de Ferrari publica un librito, en cuya portada se lee: «*Combattimento / spirituale / Ordinato / da un servo di Dio. / Con Privilegi, / In Venetia, appresso i Gioliti, 1589.*

El libro consta de 24 breves capítulos¹⁴. Quien había dado a la imprenta aquel breve texto era un piadoso y venerable sacerdote veneciano, amigo de los teatinos, el cual, dedicándolo a las monjas de San Andrés de Venecia, se firma «Girolamo Conte di Porcia il Vecchio» (m. 1601).

Debemos estarle sumamente agradecidos por haber puesto a la luz, con fina y previsoramente intuición, tal tesoro de vida espiritual.

El origen del tratado es muy humilde. La intención del anónimo autor no era en modo alguno la de ofrecerlo al público. Fundido en el crisol de una providencial experiencia espiritual, fruto de una recogida y profunda reflexión personal, fue escrito «a petición» de una «hermana en Cristo», silenciosa y desconocida. Aquel núcleo de 24 breves capítulos nos revela a un autor dotado de una especial sensibilidad para comprender las aspiraciones personales de un alma generosa, decidida a seguir a Jesús con entrega total¹⁵. Noventa y cuatro páginas formaban el pequeño volumen, verdadero «libro de bolsillo», de poca apariencia, que enseguida se reveló extraordinariamente rico en contenido espiritual.

Agotada en breve tiempo la primera edición, sale la segunda en el mismo año de 1589, igualmente en Venecia, con nueve capítulos más¹⁶. Este texto, ahora de 33 capítulos, tuvo muchas ediciones y versiones en vida de Scupoli y también después de su muerte¹⁷.

El cronista de la casa de los teatinos de Padua dejó anotado que en los años 1589, 1590 y 1591, Scupoli fue varias veces a esa ciudad, si bien durante breves estancias. Por aquellos mismos años, san Francisco de Sales, como ya hemos indicado, era un estudiante en su famosa universidad. Tal coincidencia favorece la tesis de un posible encuentro de Francisco con nuestro personaje. Con precisión y claridad, Sales recordaba a su amigo Jean Pierre Camus, bastantes años después, cómo en Padua había recibido de manos de un teatino el *Combate espiritual*. Esto permite pensar que se había encontrado con su propio autor, a quien definía «un saint personnage» de la orden de los teatinos¹⁸.

Francisco de Sales, «amigo de los hombres espirituales, ya avanzado en la vida interior, debió conocer a Don Lorenzo», escribe su biógrafo, el padre Lajeunie¹⁹. Este traza a grandes rasgos la personalidad de Scupoli: «La humillación hizo de él un verdadero santo: en su alma se concentró todo el espíritu de Cayetano de Thiene; un extraordinario amor al silencio, que le hacía capaz de profundizar en lo más hondo de las cosas; la devoción al «divino amore», que de su corazón se derramó en todo su libro»²⁰.

El *Combate espiritual* saltó pronto las fronteras de Italia. En 1590 se publicó la primera edición en alemán, seguida de una traducción latina, hecha por el cartujo Iodoco Loriguio y editada en Friburgo de Brisgovia, en 1591.

En la edición de 1593, de Milán, se lee que «es obra de uno de los Padres Clérigos Regulares llamados Teatinos». En 1594 la edición de Roma distingue claramente entre autor y editor: «Compuesto por un siervo de Dios y salido a la luz por obra de Girolamo Conte di Porcia il Vecchio».

En 1595 aparece en París la primera traducción francesa.

En Londres, en 1598, ve la luz la primera versión inglesa realizada por el jesuita John Gerard.

Tras diez años de permanencia en Venecia, Lorenzo Scupoli es destinado, el año 1598, a la casa de San Pablo el Mayor, de Nápoles, en la que unos treinta años antes había sido admitido a la vida religiosa por san Andrés Avelino. En esta misma casa y al lado del mismo maestro transcurrirá los últimos años de su vida.

En 1599 tenemos la primera edición publicada en Nápoles. Tarquinio Longo, el editor, se gloria de ser el primero en publicarla con la añadidura de 27 nuevos capítulos, de modo que de los 33 de las precedentes ediciones se llega al número de 60. Por vez primera, al texto le precede la dedicatoria: «Al supremo Capitán y glorioso triunfador, Jesucristo, Hijo de María». El mismo editor añade una segunda parte, que comprende: *Modo de prepararse para los asaltos del enemigo en el momento de la muerte* —son 6 capítulos que más adelante serán incorporados a la obra principal—, y *Modo de consolar y ayudar a los enfermos a bien morir*, de 37 capítulos. Todo se dice compuesto por un padre teatino.

En 1600, salen en Florencia dos ediciones: una por medio de Giunti y otra por obra de Sermartelli. El texto, de 33 capítulos, va seguido de los *Dolores mentales de Jesucristo*, de la beata Camila Bautista de Varano y *El sendero del paraíso*, del franciscano español Juan de Bonilla. En adelante, estas dos obras serán publicadas repetidas veces como segunda parte del *Combate espiritual* y erróneamente atribuidas a Scupoli.

En Barcelona se publica, en 1608, la primera versión castellana, hecha por Luis de Vera, y también la primera traducción en catalán.

El mismo año, en París, Denys Santeul publicó una traducción suya en francés, hecha sobre la edición de Nápoles de 1599, de 60 capítulos, atribuyendo la obra a los teatinos²¹. La edición fue dedicada a Francisco de Sales. Este, a su vez, tenía preparada una traducción francesa; aunque la había enviado ya a Lyon para su publicación, la hizo retirar apenas se enteró de la edición de Denys Santeul²².

1.4. Final de la humillación

El 10 de noviembre de 1608, Scupoli, con el semblante tembloroso y conmovido, presencia en Nápoles la santa muerte de Andrés Avelino, su hermano y maestro de espíritu. No tardará mucho (dos años) en seguirlo en el paso a la Jerusalén celestial, lo mismo que lo había seguido en las ascensiones espirituales.

Como una llama que antes de apagarse aumenta los destellos de su fulgor, así también el ejemplo de la vida de Lorenzo Scupoli irradia una luz más intensa al acercarse definitivamente a la meta. Habían pasado veintiún años desde que una calumnia, hábilmente revestida con apariencias de verdad, había ocasionado una humillante y larga condena. El 29 de abril de 1610 se reunió en Roma, en San Silvestre del Cíerrenle, sede entonces de la Casa general de los teatinos, el Capítulo de la orden. La misma «acreditada» asamblea que, en 1585, había condenado tan severamente a Scupoli, ahora lo rehabilita, antes de expirar el tiempo de la pena²³.

Tal deliberación capitular es un claro reconocimiento de las virtudes de las que Scupoli había dado luminosa prueba, aceptando humilde y silenciosamente la pena impuesta.

Una «rehabilitación» que hace brillar un rayo de luz sobre su vida escondida, y que confirma la gran estima en que lo tenían sus hermanos. El Señor no permitió que su siervo concluyese la vida terrena en el deshonor y la humillación.

En este mismo año de 1610, se publica en Nápoles la última edición de la obra en vida del autor. En la portada se lee: «compuesto por un Padre de los Clérigos Regulares llamados Teatinos»²⁴. Por primera vez, el texto va seguido de 38 capítulos breves que el mismo autor llamó «Aggiunta», es decir, «Añadidura», y que posteriormente fueron editados muchas veces junto con el tratado.

Al final del volumen se encuentra su último escrito, el opúsculo: *Modo de rezar el rosario de la Virgen*. Son cinco capítulos con algunas consideraciones sobre la devoción a la Santísima Virgen y un modo de rezar el «rosario», meditando su vida y prerrogativas.

1.5. El alba de la eternidad

La existencia terrena de Scupoli se acercaba a su fin. Ya anciano, envejecido en el servicio de Cristo, podía recoger, sereno y con espíritu alegre, el fruto de cuanto había sembrado con lágrimas durante la larga prueba. Su tratado, esencia de su vigorosa formación interior, con al menos sesenta ediciones hasta 1610, avivaba a muchas almas deseosas de «alcanzar las cumbres de la perfección» (c. 1).

Su nombre aún no había aparecido nunca en la portada del libro, pero ya se sabía, al menos en el ámbito de su familia religiosa, que él era su autor. El teatino Francisco María Maggio cuenta cómo algunos de sus hermanos se congratulaban con él por el bien que su obra hacía a tantas almas. Él lo atribuía todo a Dios, que humilla y enaltece²⁵.

Habiendo enfermado gravemente en noviembre de 1610, Lorenzo Scupoli siente haber llegado ya al ocaso de su vida terrena y al amanecer de la vida celestial. El intrépido atleta del espíritu, en la hora de su último combate, quiso contar con la ayuda de sus hermanos. Pidió humildemente a su superior, el padre Andrés Castaldo Pescara, que no lo abandonase y que lo asistiese, porque tenía necesidad²⁶. Había llegado para él «la jomada principal», «el último momento del gran paso» (c. 62).

Con un confiado abandono al amor misericordioso 7 de Dios (c. 64), bajo la protección «de la Virgen María, I de san José y de los demás santos» (c. 66), se abrió «el camino para entrar gozoso en la Jerusalén celestial» (c. 65). Murió en las primeras horas del 28 de noviembre de 1610, en la casa de San Pablo Mayor de Nápoles. Fue sepultado en la tumba común, quedando así confundidos sus restos con los de sus hermanos.

Finalmente, tan sólo 21 días después de su muerte, el 19 de diciembre de 1910, salía en Bolonia, por primera vez, una edición de la obra, con el nombre de Lorenzo Scupoli²⁷.

1.6. El retrato

No conocemos el verdadero retrato de Lorenzo Scupoli. La efigie que podemos ver al principio de varias ediciones de su obra, debe considerarse como una representación aproximada.

Algunos que han escrito sobre Scupoli, nos han dejado dos descripciones de su fisonomía, una exterior, somática, y otra interior, espiritual.

Domingo de Ángelis lo describe de porte noble y compuesto, de aspecto sereno y austero, de complexión física débil y enfermiza. Sobre todo en su vejez, padecía frecuentes achaques, consecuencia de una larga vida de retiro, de oración, de penitencia, y de trabajo en los diversos menesteres domésticos de la comunidad²⁸.

José Silos trata de penetrar en el alma de Scupoli, bosquejando a grandes líneas sus rasgos interiores: en el mundo había cultivado su inteligencia con serios estudios literarios. Apenas entró en la religión, puso todo su empeño y entusiasmo en embellecer su alma.

Dotado de una natural inclinación, se dedicó al estudio de la teología espiritual, pulida y perfeccionada con el ejercicio cotidiano de las virtudes. Guiado por un «sentido especial de las cosas divinas», infundía suavemente en los demás, por escrito y de palabra, el deseo y la actuación de una sólida formación interior, que encontraba una norma perfecta en su vida. Después de la adversidad sufrida en su fama, con la conciencia tranquila y el rostro sereno, soportó tan dura prueba con tal fortaleza de ánimo, que su espíritu quedó purificado en el crisol de la contrariedad.

Entregado por completo a la vida interior, se consolidó su humildad y se encendió con mayor vehemencia la llama de su caridad, por la fuerza del viento de la tribulación.

Ya maestro experto en la lucha, y entrenado ahora en esta palestra, con su confiada resignación a la voluntad de Dios, enseñó con el ejemplo cuanto decía y escribía²⁹.

1.7. Las falsas atribuciones

Además de haber sido atribuido a un «siervo de Dios», a los teatinos, a un anónimo teatino y a Lorenzo Scupoli, en sus numerosas ediciones el *Combate espiritual* se ha atribuido también a: a) Jerónimo Porcia, b) Juan de Castañiza, c) Aquiles Gagliardi, d) Nicodemo Hagiorita.

a) La atribución a «Girolamo Conte di Porcia il Vecchio», se encuentra en la primera versión francesa, editada en París en 1595, por los monjes «Feuillants». Denys Santeul, en la introducción a su traducción francesa, París 1608/ ya hizo notar este error. A Jerónimo Porcia se debe el gran mérito de haber sido el primero en cuidarse de su publicación, pero no el de ser su autor. Él mismo lo señala en las primeras ediciones de Venecia, de 1589.

b) En 1612, en Douai, Francia, se publicó una traducción latina del libro, atribuyéndolo, por vez primera, como obra póstuma, al benedictino español Juan de Castañiza (+1599). Atribución que se encuentra repelida en otras ediciones, incluso en otras lenguas. Un poco tardíamente, en 1675, Gregorio de Argaiz osb (+ 1979) es el primero que intenta explicar tal atribución. La prueba vendría del hallazgo, después de la muerte de Castañiza, de una copia en latín entre sus manuscritos. Algunos monjes ingleses, refiere Argaiz, trajeron a Francia una copia del manuscrito, haciendo otras copias en París y Douai. Posteriormente «se imprimió: lo primero en lengua francesa, después en italiano»³⁰. Además de la falta de fundamento de tal aserción, existe el desacuerdo con otros autores, quienes afirman que el manuscrito de Castañiza era en español y no en latín.

Contra esta tesis, basta recordar que, a la muerte de Castañiza (1599), se podían ya contar al menos treinta ediciones de la obra. Las publicadas fuera de Italia están todas ellas traducidas del italiano, como se lee claramente en sus respectivas portadas. No se conoce versión alguna hecha del supuesto original latino o español de Castañiza.

El benedictino Berchtold Steiner (+1894), en su estudio crítico-bibliográfico de las ediciones del *Combate espiritual* hasta cerca de la mitad del siglo XVIII, concluye que es insostenible la atribución a Castañiza. Todos los argumentos convergen en favor de Scupoli³¹. Después del estudio de B. Steiner ya casi nadie sostiene tal atribución.

c) Bajo el nombre del jesuita Aquiles Gagliardi (+1617) salieron algunas ediciones (Cuneo 1668, Lucca 1690 y 1724, Parma 1700, Frankfurt 1713). Tal atribución se funda en una añadidura de los editores Oracio Boissat y Jorge Remeus a la edición de la *Opera Omnia*, Lyon 1665, de Teófilo Raynaud sj (+1663). Se afirma que un teatino anónimo se sirvió de un manuscrito de Gagliardi para escribir el tratado. Opinión esta que no fue mantenida por los escritores que se ocuparon de Gagliardi.

d) El monje de Monte Athos, Nicodemo Hagiorita (t 1.809) tradujo el libro del italiano al griego, con alguna adaptación del texto para los cristianos ortodoxos. El traductor no tuvo la pretensión de aparecer como autor, como se declara en la edición de Venecia, de 1796. Más tarde los monjes griegos le atribuyeron la obra. El error es evidente en la edición de Atenas, de 1922.

La versión griega de Nicodemo fue traducida al ruso por Teófanos el Recluso (+1894) y editada en Moscú en 1904. De este modo la «Guerra Invisible», *Aóratos Pólemos*, como la tituló Hagiorita, ha contribuido a que no sólo los griegos, sino también los rusos, puedan leer una de las obras más representativas

de la ascética católica.

1.8. La autenticidad

La crítica bibliográfica demuestra que el autor es: a) un italiano, b) un teatino, c) Lorenzo Scupoli.

a) Las primeras ediciones (Venecia 1589), aunque anónimas, no presentan signo alguno de origen extranjero. Todos los indicios están a favor de un autor y de un editor italianos, residentes en Venecia. El origen italiano del libro está demostrado por todas las traducciones aparecidas en los veinte años sucesivos. Todas estas versiones proceden del italiano. La primera en latín, Friburgo 1591, dice «*primum italice scriptus*»; y así también la primera en francés, París 1595. Igualmente la inglesa, Londres 1598, «*translated from the Italian*», y la española, Barcelona 1608, «*compuesto en lengua italiana*».

b) Durante el período 1589-1610, la atribución a un anónimo «siervo de Dios» va perdiendo fuerza. En cambio, son cada vez más numerosas las ediciones que atribuyen el libro a un teatino, o a «un Padre de los Clérigos Regulares llamados Teatinos», como leemos —por citar algunas— en las de Milán 1593, Bérgamo 1594, Nápoles 1599, Bolonia y Cremona 1603, Roma 1606, París 1608 y Venecia 1609.

Fuera de duda está el ya citado testimonio de san Francisco de Sales. Este, desde la primera edición del libro, no obstante el anonimato, sabía que el autor era un «*saint personnage*» de la orden de los teatinos, «*qui a caché son nom particulier et l'a laissé courir sous le nom de sa compagnie*»³².

c) Tal convergencia sobre un autor italiano y teatino encamina ya de por sí a la búsqueda de un nombre de entre los religiosos de la Orden de los Clérigos Regulares. En este ambiente, ya bastante restringido, se encuentra una constante y unánime concordancia, que señala a Lorenzo Scupoli como único autor del precioso tratado. Como ya queda dicho, pocos días después de su muerte apareció en Bolonia la primera edición con su nombre.

En 1615, Andrés Castaldo Pescara (+1629), que había asistido a Scupoli en punto de muerte, apenas elegido prepósito general de los teatinos, hizo poner el nombre de Scupoli en la edición de Roma hecha por Ignacio de Lazzari. Tal reconocimiento por parte de la autoridad de la Congregación fue confirmado repetidas veces. Digno de especial mención es el de otro superior general, Francisco Carafa. En la dedicatoria al Papa Alejandro VII, de la edición romana de 1657, escribe: «Esta obra, titulada *Combate espiritual*, fue compuesta por nuestro P. Lorenzo Scupoli, religioso de singular virtud, y editada muchas veces mientras él vivía, pero sin figurar su nombre, no consintiendo, por su gran

humildad, que se le llamase autor de una obra que era totalmente de Dios».

1.9. La edición definitiva

El texto, tal como generalmente se publica hoy en día, con 66 capítulos, corresponde a la edición de Roma de 1657. Veamos los datos históricos y bibliográficos de esta edición que calificamos de definitiva.

Hasta entonces, se había advertido cierta confusión e incertidumbre acerca del verdadero y auténtico texto. Era consecuencia de las diversas ediciones, con desigual número de capítulos: 24 en la primera edición, 33 en la segunda, en Venecia (1589); 60 en la de Nápoles (1599) y París (1608); 49 en otra de Nápoles (1610); 40 en las ediciones latinas, atribuidas a Juan de Castañiza: Douai (1612), Würzburg (1626) y París (1644), por citar algunas.

Los teatinos eran los primeros en sentir la necesidad de una edición definitiva y auténtica, incluso para poder responder con claridad y certeza a las muchas preguntas que desde diversas partes se hacían sobre tal cuestión. Un indicio manifiesto, entre otros, de la preocupación por un texto completo y auténtico, puede verse en una carta del 2 de marzo de 1653, del padre Ángel Bissaro. Este, en nombre de los teatinos de Santa Ana de París, se dirigía al prepósito general y a sus consultores, en vista del capítulo convocado en Roma para el 30 de abril de aquel mismo año. Después de recordar «la estima increíble que en este reino se tiene del *Combate espiritual*», obrita calificada aquí como divina, dice que «ha sido traducido por varios del italiano al francés y publicado muchas veces». Además, hace notar que en Francia circulan varias ediciones en italiano y en francés, con diferente número de capítulos. Por tal motivo, propone que se encargue «a alguna persona idónea», para que examine cuál es el texto verdadero y auténtico del autor, y la orden lo reconozca «como propio, por ser el verdadero entre tantos otros que circulan por ahí». La carta añade la recomendación de anteponer al texto «la vida del autor, por ser ésta solicitada muy de veras»³³.

Las propuestas y sugerencias de los teatinos de París fueron acogidas. El padre Francisco Carafa (+1658), prepósito general, encargó al padre Carlos De Palma, uno de sus consultores, que, «con toda diligencia», preparase la edición completa y auténtica³⁴. El padre De Palma, hombre de sólida cultura literaria y teológica, óptimo conocedor de la historia de su orden, llevó a término, con seria crítica histórica y bibliográfica, la tarea asignada. Además de contar con el testimonio de muchos contemporáneos de Scupoli, para la autenticidad del texto se valió de las mejores ediciones precedentes y del manuscrito del autor³⁵.

La edición salió en 1657 con este título —que traducimos del italiano—: «*Combate espiritual del P. D. Lorenzo Scupoli C.R. En esta última edición,*

después de las muchas publicadas en varias lenguas, revisado y confrontado con los ejemplares dejados por el autor, y más exacto y completo que cualquier otro». Roma, ed. Vitale Mascardi, 1657.

En la introducción, De Palma informa del método seguido: «Tras haber recibido el encargo de nuestro P. General, he confrontado todas las copias y he recogido en un solo ejemplar todo lo que él [Scupoli] compuso referente al llamado *Combate espiritual*, sin ahorrar fatigas, y con la mayor dedicación y diligencia posibles, para que nada faltase, y no quedase alterada ni siquiera mínimamente la redacción fluidísima del autor, sin poner de mi parte más que la diligencia en recoger lo que andaba disperso en varios ejemplares, y reunirlo en el mismo orden dispuesto por el mismo autor».

El libro consta de 66 capítulos. A los 60 que se encuentran en las ediciones de Nápoles (1599), Venecia (1609) y otras, se le añadieron los 6 capítulos del breve opúsculo *Modo de prepararse para los asaltos del enemigo en el momento de la muerte*.

Los teatinos dieron a esta edición el carácter de oficial, reconociéndola como completa y definitiva.

El texto de la edición fue traducido al francés por el teatino Olimpio Masotti y publicado bilingüe, italiano y francés, en París, en 1658. Dos años después, la Tipografía Real de París hizo una edición italiana «in folio». A. F. Vezzosi escribe, y con razón, que es «la más bella de todas las ediciones», hecha por orden de la reina Ana de Austria³⁶.

Desde entonces, las ediciones en diversas lenguas han reproducido, salvo pocas excepciones, el texto de 66 capítulos.

2. La doctrina

2.1. La idea fundamental

El título del libro, *Combate espiritual*, condensa su esencia e incluye su contenido: la lucha interior. Esta es la nota dominante, el hilo conductor, la idea central de todo el tratado.

La obra de Scupoli ha sido definida como «un curso de estrategia espiritual»³⁷. De hecho, encontramos expuesto en sus páginas un plan metódico de lucha interior para llegar al puro amor de Dios.

El autor se mueve dentro de la trayectoria de la tradición ascética cristiana. El combate espiritual, la abnegación de sí mismo, es un presupuesto de la esencia misma del seguimiento de Cristo y es, por tanto, una condición «sine qua non» de la vida cristiana tomada en serio. Desde el principio, Scupoli pone en evidencia que el propósito de santificarse coincide con la voluntad de emprender la lucha interior contra los enemigos que impiden el dominio del amor de Dios en el alma (c. 1).

Su doctrina no es en modo alguno nueva, y él quiere subrayarlo bien. Se inspira y se funda en las puras fuentes del Evangelio. En la dedicatoria a Jesucristo, «supremo Capitán», dice: «Tuyo es, Señor, en todos los sentidos, este Combate, porque tuya es su doctrina». Como lema heráldico del combatiente, encabeza el tratado con la frase de san Pablo: «Un atleta no recibe, el premio, si no combate según el reglamento» (2Tim 2,5).

El estilo denso, a veces esquemático, demuestra que el autor tenía el concepto bien claro y preciso de cuanto propone. Él había asimilado y vivido en su experiencia la doctrina que expone. Desde el primero hasta el último capítulo, la idea de lucha espiritual es un motivo constante; idea esta que aparece bajo formas diversas, con intensidades varias. En el tratado es como un *leitmotiv* que se repite con variaciones de tonalidad, como para subrayar momentos y puntos de particular relieve de la vida espiritual.

Con un simbolismo sugestivo, a modo de metáforas tomadas de las batallas bélicas de otros tiempos o de las competiciones agonistas, sabe imprimir una gran vivacidad a la exposición de sus ideas. De esta forma quiere hacer comprender mejor cómo debe comportarse el atleta espiritual.

La lucha a veces es imaginada en forma un tanto dramática, como si se tratase de un combate cuerpo a cuerpo. Así, cuando la voluntad parece estar casi vencida y ahogada por las pasiones, trae el ejemplo del que se encuentra dominado por su adversario: «Como hace quien, teniendo encima a su enemigo

que lo oprime, y no pudiendo herirle con la punta de la espada, lo hace con la empuñadura» (c. 14).

Para subrayar que es inútil intentar huir de la inevitable lucha, recurre a la metáfora del circo: «Apenas despiertes, lo primero que tus ojos interiores deberán observar es que te encuentras dentro de una empalizada cerrada, y sin más escapatoria que luchar o perecer para siempre» (c. 16).

Haciéndose eco de las palabras de san Pablo (Gal 5,17) sobre la antítesis existente entre la carne y el espíritu, Scupoli hace notar que dentro del hombre mismo radica un gran antagonismo de fuerzas opuestas, ya que en él hay como dos voluntades: una superior, guiada por la razón, y otra inferior, dominada por los sentidos y las pasiones. Aquí está el punto central de la lucha: la voluntad superior se encuentra entre dos fuerzas de atracción. Por encima está Dios que quiere elevar el alma a la perfección, abajo se encuentra la concupiscencia con sus pasiones que buscan arrastrarla hacia abajo. La lucha es encarnizada y tenaz (c. 12).

La antropología cristiana indica claramente el fundamento de esta lucha en los dogmas del pecado original y de la regeneración bautismal. Se trata de una lucha inevitable para todo hombre que quiera mantenerse fiel a la ley de Dios.

Scupoli, moviéndose en un plan ascético, presupone esta lucha y los principios teológicos en los que se funda, pero la encamina hacia una meta superior, hacia la perfección espiritual. Quien de veras aspira a conquistarla, debe tener presente siempre este principio: «Es necesario que te prepares con prontitud para la batalla, pues el premio no se concede sino a los que combaten valerosamente». «Es preciso emprender una dura y continua lucha contra ti mismo» (c. 1).

El no aceptar la necesidad de la lucha espiritual significa falsear la realidad de la antropología teológica. Lo que lleva a un planteamiento equivocado de cualquier programa de perfección y hace estériles muchos esfuerzos con esta finalidad. Scupoli no acepta un optimismo falto de reflexión, puesto fuera de la realidad de la vida espiritual y que presume de prescindir de la condición actual de la criatura humana: «Que nadie presuma —insiste el autor— de poder conseguir las verdaderas virtudes cristianas ni servir a Dios como es debido, si no quiere de veras hacerse violencia» (c. 12).

El aceptar este principio es decisivo para la vida espiritual. La coherencia con el mismo se manifiesta a lo largo de todos los capítulos del libro. Su doctrina, cuando la propone en su actuación práctica, es concreta, enérgica y profunda. Los obstáculos a superar, las tortuosidades a enderezar y la meta a conseguir van

señaladas con toda claridad. Las vacilaciones, indecisiones, negociaciones, mediocridades, hay que arrojarlas fuera. Las engañosas exterioridades, las apariencias inconsistentes, la vaciedad del lenguaje, las ilusorias superficialidades no son aceptables, «Del no advertir o dar poca importancia a ese combate, se deriva que las victorias son difíciles, raras, imperfectas y efímeras. Te advierto, además —subraya nuestro Scupoli—, que para el combate se requiere fortaleza de ánimo» (c. 15).

En esta escuela de atletismo espiritual rápidamente quedan eliminados los perezosos, los abúlicos, los indecisos que se acomodan en la negligencia, que «con su contagio no sólo infecta la voluntad, haciéndole aborrecer todo trabajo, sino que hasta ciega el entendimiento» (c. 20).

En la descripción y prescripción de las reglas del combate Scupoli no usa palabras difíciles, no va en pos de sutilezas de estilo, no entra en especulaciones teológicas. Expone su doctrina con terminología normal y común. Con sobriedad y discreción deja fluir la alegoría en la que se basa el tratado. Cuando habla de armas, de enemigos, de Cristo, supremo Capitán, de aliados, del baluarte del corazón, de centinelas, de victorias, etc., lo hace de tal modo que estas espontáneas y evidentísimas metáforas se armonizan sin esfuerzo con el carácter completamente espiritual de su obra.

Para Scupoli es fundamental que cualquiera que aspire a la unión con Dios acepte coherentemente y hasta lo más profundo la ley de la lucha espiritual. Constata de hecho, que muchos no llegan a la meta de la perfección porque, «después de haber dominado con esfuerzo los vicios mayores», no quieren continuar la lucha contra «infinidad de pequeños caprichos y pasioncillas de menor importancia», las cuales, paso a paso, terminan por dominar y enseñorearse del ánimo de los indecisos (c. 12).

Por eso insiste en que para progresar en la virtud y llegar a ser persona «verdaderamente espiritual y no sólo de nombre», es necesario perseverar en la abnegación de sí mismo para seguir e imitar a Cristo crucificado y unirse a él por amor. Esta lucha espiritual y la victoria que se persigue no son fin en sí mismas, sino más bien una exigencia del amor de Dios. Para Scupoli el que ama combate y el que combate vence: «Esta es la ley de amor impresa por la mano del Señor en el corazón de sus fieles servidores» (c. 1).

El combate termina tan sólo con la vida terrena. No se podrá cantar victoria si no se vence la última batalla, la más importante. Por este motivo el libro termina (cc. 60-66) con los consejos «para hacer más fácil la victoria, en el tiempo que nos priva de cualquier otro tiempo para poder hacerlo» (c. 66).

2.2. *El protagonismo de la voluntad*

El gran combate se da sobre todo en torno a la voluntad, que en el hombre es la potencia dominante, la reina de todas las demás potencias y facultades. Ella las gobierna, y de ella depende nuestra vida moral, ya que todos los actos en su calificación de buenos o malos dependen del fin que ella se propone: bien ordenada la voluntad, queda ordenada toda la persona. Por eso Scupoli propone un plan orgánico de lucha, para que la voluntad salga vencedora en la batalla por la santidad.

Scupoli había recibido y madurado su formación teológica en pleno siglo XVI. La doctrina católica, reafirmada por el concilio de Trento contra los seguidores del autor *De servo arbitrio*, se oponía fuertemente al aserto luterano de que el arbitrio es una palabra vacía, «res de solo titulo», «titulus sine re».

Scupoli jamás entra en polémica directa contra nadie. Pero sus afirmaciones sobre la libertad de nuestra voluntad son tan claras y enérgicas, que difícilmente podrán hallarse otras semejantes en controversistas católicos contemporáneos suyos. «Dios —escribe— ha dotado a nuestra voluntad de tal fuerza y libertad, que, aunque todos los sentidos, con todos los demonios y el mundo entero, se armasen y conjurasen contra ella, atacándola y acosándola con todas sus fuerzas, ella puede, a pesar de todo, y a despecho de todos, querer o no querer, con absoluta libertad, todo lo que quiere o no quiere, y todas las veces, y todo el tiempo y en el modo y para el fin que ella quiere» (c. 14).

Esta afirmación, de profundo significado psicológico, reviste una gran importancia en la obra de Scupoli, que apoya su pensamiento sobre los tradicionales presupuestos dogmáticos y morales de la doctrina espiritual católica.

Todo camino hacia la perfección, todo seguimiento de Cristo lleva consigo un desapego, decidido y responsable, de sí mismo y de los bienes terrenos, y, a la vez, una libre adhesión llena de amor de Dios. Para nuestro autor, la libre opción por la santidad es la premisa fundamental. Él empieza su tratado escribiendo: «*QUERIENDO, COMO QUIERES, alcanzar las cumbres de la perfección*» (c. 1). Palabras que se inspiran directamente en esas otras tan conocidas de Jesús: «*Si QUIERES ser perfecto...*» (Mt 19,21) y «*Si alguno QUIERE venir en pos de mí...*» (Lc 9,23).

La gracia divina se injerta sobre una voluntad bien dispuesta haciéndola progresivamente más robusta y esforzada: «En el camino del espíritu, cuanto más se anda, más fuerza y vigor se va adquiriendo» (c. 36). La voluntad, contando con la ayuda de la gracia, se adiestrará en una cada vez más renovada

capacidad de decidir y de escoger, porque el combate debe ser siempre deliberadamente aceptado, querido, puesto en práctica: nuestra voluntad «no podrá nunca ser virtuosa y unirse a Dios, por mucho que la estimulen e inviten las inspiraciones y la gracia divina, si no se conforma a ella con los actos interiores y exteriores que sean necesarios» (c. 13).

La parte central del tratado tiene por fin organizar «el ejercicio de la voluntad».

Scupoli propone esta orientación voluntaria, no por placer y frivolidad humanística de refuerzo del propio carácter, de entrenamiento o agonismo psicológico, sino con el sólo fin de enderezar, someter y sacrificar lo que estima más noble y valioso, la voluntad libre, a la soberanía del amor de Dios: «Necesitas gobernar también la voluntad de tal manera que se amolde en todo a la voluntad de Dios» (c. 10). En ello se apuesta el sentido y el éxito del combate.

La voluntad humana, despegándose del amor propio se encuentra, se une, se transforma y se funde en la voluntad divina. La meta es esta: «acercarse a Dios» y «llegar a ser un mismo espíritu con él» (c. 1). El protagonismo de la voluntad humana se une tan íntimamente con el de la voluntad divina que el alma «nada quiere, nada piensa, nada busca, nada ve» fuera de la voluntad de Dios, para acabar transformándose en ella y ser «plenamente feliz y dichosa» (c. 55).

2.3. Las armas para la victoria

La noción de armadura en la vida espiritual es muy conocida en toda la historia de la ascesis cristiana. Nadie ha hablado de ella con más énfasis que san Pablo. Es conocido especialmente, aquel pasaje de su carta a los Efesios (6, 14-17) donde teniendo presente el equipaje del legionario romano, propone la armadura del cristiano. Tras él numerosos autores de todos los tiempos y de diversas escuelas de espiritualidad no sólo han insistido en la necesidad de la lucha espiritual, sino que además han propuesto las armas para lograr la victoria.

«Para conseguir» la perfección y «alcanzar la palma de la victoria», Lorenzo Scupoli prescribe cuatro armas «imprescindibles y seguras» (c. 1): *la desconfianza de sí mismo, la confianza en Dios, el ejercicio y la oración*. Según estas cuatro armas puede considerarse dividido el tratado.

La idea del autor acerca de cada una de estas armas va expuesta separadamente y por orden. Su uso estratégico debe hacerse a la vez, de forma tal que formen un frente único de combate; han de estar siempre íntimamente unidas. Desde el principio del libro insiste en el orden y la cohesión de las cuatro armas (c. 3).

La desconfianza de sí mismo (c. 2) no es pusilanimidad, ni falta de valentía, ni pesimismo, sino la convicción profunda de nuestra absoluta dependencia de Dios. Esta toma de conciencia, este concreto realismo, ayuda a evitar toda posible presunción, a calcular bien la importancia de la gracia de Dios, a superar el deslizante declive hacia una autoafirmación idolátrica y egocéntrica y a establecer el sólido fundamento de la humildad cristiana. Esta desconfianza deriva de un verdadero y sabio conocimiento de sí, que no es una involución sobre sí mismo, sino una progresiva evolución hacia Dios.

La confianza en Dios es fuente de optimismo y de paz interior (c. 3). Se trata de un optimismo teológico y bíblico, porque fundado sobre los atributos divinos y sobre la palabra de Cristo, pastor y esposo del alma.

A medida que el conocimiento y la desconfianza de sí mismo van creciendo, tanto más se eleva la confianza en Dios, esperanza teológica robustecida, que engendra la magnanimidad, fundada sobre la certeza de que «jamás ha quedado confundido quien ha puesto su confianza en Dios» (c. 3).

El ejercicio es la parte más extensa (cc. 7-43) e importante, en la que Scupoli se demuestra verdaderamente original.

Esta justifica plenamente por sí misma el título del libro. La lucha por la perfección se propone vencer a todos los enemigos, abatir todos los obstáculos, corregir todos los defectos que impiden conseguirla.

Como buen psicólogo y experto hombre espiritual, siguiendo los principios de una experimentada antropología cristiana, el autor establece un plan de combate. Propone no una lucha imaginaria, platónica, sino realista, sobre todo interior, que compromete a toda la persona en su totalidad: inteligencia y voluntad, pasiones y apetitos, corazón y afectividad, sentidos y sentimientos. Todo ha de ser conquistado para el amor de Dios. La perfección no puede ser superficial ni parcial, sino profunda y total.

El ejercicio del combate es:

- 1) Contra los defectos de la inteligencia (cc. 7-9);
- 2) Contra los defectos de la voluntad (cc. 10-11);
- 3) Contra las pasiones (cc. 12-18);
- 4) Contra los defectos de los sentidos (cc. 19-26);
- 5) Contra los engaños del demonio (cc. 27-32);
- 6) Para alcanzar la virtud (cc. 33-43).

Scupoli, formado en el ambiente de los movimientos espirituales de la Italia del siglo XVI, se caracteriza por un grande y armonioso equilibrio en la relación

entre Dios y el hombre, entre la gracia y la naturaleza. No se ve siquiera rozado por las disputas acerca de la concordia entre el libre albedrío y los dones de la gracia. Se mueve fuera y por encima de tendencias de sabor semipelagiano o de gusto quietista.

En la incitación a la lucha y en el planteamiento voluntarista, con sabia ponderación, tiene bien en cuenta el papel de la voluntad humana y el de la gracia divina: «Lucha, pues, y no temas el sufrimiento». «Comienza, en el nombre del Señor, a luchar con las armas de la desconfianza de ti mismo y de la confianza en Dios, con la oración y el ejercicio» (c. 16).

En toda la tercera parte, para la actuación práctica del combate, no sólo enuncia los principios sino que presenta situaciones concretas para enseñar cómo empuñar las armas, cómo prevenir las emboscadas del enemigo, cómo resistir, cómo atacar, cómo defenderse, cómo darse audazmente a la fuga, cómo perseverar hasta la victoria.

En la lucha espiritual se dan también las derrotas, las caídas, los desalientos. Con experta sabiduría psicológica aconseja la manera de conservar la paz del corazón y de comportarse en caso de eventuales caídas. Estas no deben generar perturbaciones, inquietudes o ansiedades, sino tan sólo un disgusto sereno y sosegado de haber ofendido a Dios (c. 25).

Y el capítulo 26 («Qué debemos hacer cuando estamos heridos»), estimula a una diligencia activa para levantarse después de la caída y usar con renovado brío las cuatro armas; pero, en todo caso, con juicio equilibrado, evitando fervores indiscretos (c. 42).

La oración es el arma principal. De nada valdrían las otras sin ella, ya que «si la aprovechas bien, con ella pondrás la espada en manos de Dios para que luche y venza por ti» (c. 44).

En esta cuarta parte Scupoli, hombre y maestro de oración, organiza la vida de oración del combatiente: oración «en espíritu y verdad», con la mente y el corazón, proponiendo además algunos métodos de meditación (cc. 45-47). Se debe recurrir a los grandes modelos de oración, es decir, a los verdaderos amigos de Dios: en primer lugar la Virgen Santísima, después los ángeles y santos, aliados e intercesores en la lucha espiritual (cc. 48-50).

La sabiduría de los santos se adquiere en la oración y particularmente en el conocimiento experimental de Cristo. Su pasión sobre todo resume en sí cualquier otra sabiduría, todo otro deseo de saber. Esta ciencia se obtiene y desarrolla por medio de la meditación asidua, hecha con amor tierno y fuerte, capaz de penetrar y compartir los sentimientos íntimos y los sufrimientos de

Jesús (cc. 51-52).

El Señor crucificado «es el libro que quiero que leas y en el que podrás descubrir el verdadero retrato de toda virtud» (c. 52).

La eucaristía es el centro y cumbre de la oración. En la comunión, sacramental y espiritual, el arma de la oración se reviste de una eficacia infalible, ya que con las demás armas «se combate contra los enemigos con la fuerza de Cristo. Con esta, los combatimos junto con Cristo y Cristo los combate junto con nosotros» (c. 53).

El alma debe mantenerse unida a Cristo con un fervor afectivo pero sobre todo efectivo, el cual no viene a menos ni siquiera en la aridez y la desolación interior. La verdadera vida espiritual consiste no en el fervor sensible, sino más bien en «una fuerte y firme decisión de la voluntad de seguir a Cristo, cargando con la cruz, sea cual sea el camino por el que te invite y te llame hacia él; y de querer a Dios por Dios y dejar, tal vez, a Dios por Dios» (c. 59).

2.4. El ascetismo del «amor puro»

La perfección espiritual se actúa, como se ha indicado, mediante un progresivo acercamiento a Dios hasta «llevar a ser un mismo espíritu con él» (c. 1). La meta se alcanzará plenamente en el cielo, en la visión beatífica. Pero en el tender hacia ella, a lo largo del itinerario, la vida espiritual perfecta consiste en el saber reconocer la bondad y grandeza de Dios y nuestra nada e inclinación al mal». Esto conduce, lógica y coherentemente, a «la renuncia a todo querer nuestro» y a la «total entrega a su voluntad» (c. 1).

Scupoli sostiene desde el principio, de forma clara y precisa, que la colaboración íntima del alma con Dios, en la obra de la santificación requiere, como causa y motivo único, el amor desinteresado: la perfección está en «querer y hacerlo todo por pura gloria de Dios, con el único deseo de agradarle, y porque él así quiere y merece ser amado y servido» (c. 1). La evangélica abnegación de sí mismo (Mt 16,24) se concreta en un sacrificio lleno de amor. Este sacrificio amoroso de sí mismo en las manos de Dios se llama: «ley de amor impresa por la mano del Señor en los corazones de sus fieles servidores» (c. 1).

El amor desinteresado debe animar todo el empeño personal, todos los esfuerzos para conseguir la perfección. Son diversas las fórmulas y expresiones que Scupoli emplea para inculcar el motivo del amor puro: buscar de veras sólo a Dios; obedecer por el amor de Dios (c. 7); desear a Dios, prescindiendo de nuestro interés, atentos sólo a «la voluntad de Dios, que sólo por su gloria se complace y quiere ser amado, deseado y obedecido por nosotros». Hay que acostumbrarse «a querer y a hacerlo todo como movidos por Dios, con la pura

intención de agradarle a él solo» (c. 10).

Nadie es capaz de conocer plenamente ni de imaginar —insiste aún— cuánta fuerza y cuánto poder tiene este motivo de pura benevolencia, «ya que una cosa, por pequeña o baladí que sea, hecha con el fin de agradar a Dios y sólo por su gloria, vale infinitamente más, por así decirlo, que muchas otras de grandísimo precio y valor, hechas sin este motivo» (c. 10). El pensamiento del autor es «non multa, sed multum»; no cuenta para él la cantidad de los actos, sino tan sólo su calidad, es decir, la intensidad y la pureza de nuestro amor, que convierte en sobrenatural toda acción nuestra.

Scupoli tiene presente que la relación del alma con Dios, que ama a cada persona en particular, es una relación misteriosa. Y cada uno responde al amor de Dios de modo único, diferente. Existen disposiciones subjetivas por las que uno se siente movido a obrar y a amoldarse a la voluntad de Dios por amor interesado. No motivado por la bondad absoluta de Dios, considerada en sí misma, sino por la bondad relativa de Dios, vista tan sólo como causa de utilidad o felicidad para el que lo ama o de infelicidad para quien se niega a amarlo.

Aun respetando esta disposición interior, nuestro autor insiste para que el motivo del amor interesado se transforme en amor puro, por «el beneplácito y la voluntad de Dios, pues él no quiere que caigas en el infierno, sino que entres en su reino» (c. 10).

En sintonía con la teología católica, reconoce que ambos motivos del amor de Dios son buenos y meritorios y que se entremezclan en la vida espiritual. Pero él encamina decididamente el alma hacia el amor de pura amistad con Dios, sin deseo alguno de amor y utilidad propios. Como si se quisiera hacer feliz a Dios mismo, ser feliz de la felicidad de Dios, y hacer solamente cosas que le sean gratas; «sólo su amor y el deseo de agradarle muevan tu entendimiento, tu voluntad y tu memoria, y dirijan tus sentidos» (c. 55).

Por más que el alma no pueda llegar en este mundo a un *status* de amor puro, Scupoli está convencido de que cuanto más se adelanta en la vida espiritual, tanto más son frecuentes los actos realizados por el influjo del amor puro. E igualmente, cuanto más el motivo del amor desinteresado influye en la vida interior, tanto más avanza el alma en el camino de la perfección. Por eso inculca el «reavivar esta motivación», el «renovarla a menudo y mantenerla despierta» (c. 10). Y a continuación, y con insistencia, sigue aconsejando «recordar siempre vivamente y por encima de todo, que Dios merece infinitamente ser honrado y servido por sí mismo, sencillamente porque él así lo desea» (c. 11).

Nuestro autor sabe muy bien que la posesión del amor puro, como fuente

propulsora y conductora, no es una fácil conquista humana, sino principalmente una gracia sobrenatural. Es esta la razón de la advertencia al combatiente espiritual: «para conseguir ese objetivo, es necesario que lo pidas al Señor con insistente oración» (c. 10).

El reclamo de este motivo se repite muchas veces a través del libro³⁸. La estrategia ascética de Scupoli tiende a conducir el alma hacia lo más alto del amor puro, hacia la verdadera «pureza del corazón», «que —explica— consiste en despojarse del hombre viejo y vestirse del hombre nuevo³⁹: a ese fin es al que se dirige todo este combate» (c. 10).

2.5. Cristocentrismo en la lucha espiritual

Al dedicar el libro a «Jesucristo, hijo de María» el autor indica desde el principio su constante y central punto de referencia. La *sequela Christi* debe estar siempre presente en la mente del combatiente porque la verdadera adhesión a Dios se manifiesta en «una fuerte y firme decisión de la voluntad de seguir a Cristo, cargando con la cruz, sea cual sea el camino por el que te invite y te llame hacia él» (c. 59).

El cristocentrismo conduce a su vez a la contemplación de Dios nuestro creador y padre: somos sus criaturas e hijos suyos. Por eso Scupoli menciona la «divina Majestad», el honor de Dios, su gloria y sus atributos: omnipotencia, bondad y amor (cc. 3, 11, 21). De aquí la consideración de nuestra total dependencia de Dios a imitación de Cristo. Jesús vino al mundo para hacer la voluntad del Padre: hizo siempre todo lo que le agradaba (Jn 8,29).

Todo el libro está dominado y compenetrado por la centralidad de Jesús, «divino Capitán, en cuyo honor combatimos» (c. 15). En la lucha, el combatiente tendrá a su derecha al «victorioso Capitán, Jesucristo, con su santísima Madre, la Virgen María, y su querido esposo san José» (c. 16).

En su pasión, sobre todo, Cristo es considerado como maestro y guía en la lucha espiritual, porque en su dolorosa agonía parece llegar a las cumbres del amor puro hacia el Padre. El alma tendrá bien grabada en su mente «la gloria que el Padre eterno recibía por la perfecta obediencia de su Hijo crucificado» (c. 47). En esta imitación del amor puro de Cristo hacia el Padre está, a nuestro modo de ver, más que suficientemente justificada la doctrina de Scupoli sobre el amor puro de Dios.

El deseo de imitación y de seguimiento mueve a unirse a los sentimientos más íntimos del alma misma de Cristo, «ahondando todo lo posible en la paciencia y mansedumbre con que sufría tantas aflicciones» (c. 46). Esta unión íntima con

los sentimientos de Cristo se expresará en afectos llenos de amor y de tierna compasión por sus sufrimientos (cc. 51, 52).

En la comunión eucarística se tiene en la mano el arma que «es superior a todas las demás», porque —subraya Scupoli— es la misma sangre y carne de Cristo, juntamente con su alma y su divinidad». Con ella «combatimos junto con Cristo y Cristo combate junto con nosotros» (c. 53). Y dirigiéndose al mismo Cristo exclama: «Este combate es sobre todo tuyo, y sólo de ti espero la victoria» (c. 54).

El amor puro de Cristo, con su ofrecimiento al Padre, encuentra en la eucaristía, como en la cruz, su expresión más alta. El alma, en unión con Cristo, se ofrece al Padre (c. 58), anhelando intensamente unirse cada vez más al Señor para «llegar a ser un mismo espíritu con él» (c. 1; cf I Cor 6,17). Para intensificar esta elevación es invitada a considerar el amor inmenso de Dios en Cristo. Amor «sin medida», de una grandeza tal «que ninguna inteligencia es capaz de imaginar grandeza mayor». A esta grandeza inconmensurable se unen «las incomprensibles exquisiteces de este amor». Uno se queda «lleno de gozoso estupor» contemplando este amor de Dios gratuito, generoso, transformante (c. 55).

Jesús se nos da todo a nosotros con inmenso amor. El amor se paga con amor, sin reservas, con una totalidad absoluta: «Es necesario que, con todo el afecto del corazón, nos entreguemos todos con toda el alma, con todas las fuerzas y con todas las potencias, a Jesucristo y a cuanto a él le agrada» (c. 54).

El alma siente siempre más, como exigencia de su corazón, la necesidad interior de una relación personal con Cristo, de una amistad incondicional, que le permite dejarse transformar en él. Como preparación a la comunión se sugiere al alma, vuelta hacia Cristo, esta plegaria: «...Que viviendo tú en mí y yo en ti, me transforme en ti mismo por una unión amorosa, y la pequeñez de mi corazón terreno llegue a ser contigo un sólo corazón divino» (c. 55).

Nuestro autor anima al alma a la unión transformante, de un modo que nos recuerda el deseo de san Pablo de morir «para estar con Cristo» porque para él «vivir es Cristo» (Flp 1,21.23).

Esta unión conduce al alma a una simplificación de su oración. Tiende hacia una oración de dulce quietud en Dios, hasta llegar a la sencillez de una mirada llena de amor puro, en la que, sin mediar palabra alguna, «miro atentamente al mismo Señor» (c. 45). Scupoli no encuentra palabras para elogiar esta plegaria de simple mirada amorosa y de contemplación casi estática, porque «es más valiosa y provechosa de lo que yo soy capaz de expresar» (c. 45).

Atraída por el amor a Cristo, «se llega finalmente a la cumbre del monte», donde el alma «vive felizmente en el corazón de Dios, y allí descansa afanándose con serenidad» (c. 36).

2.6. La materna protección de María

Nuestro autor, en su cristocentrismo integral, recuerda que Cristo es el Hijo de María.

El alma se volverá hacia ella e invocará su protección materna ya que «en nuestro combate espiritual no nos deja nunca sin su favor y su ayuda» (c. 23).

Este recurso a María, lleno de confianza, se apoya en el pensamiento de que «el mismo Hijo de Dios nos ha dado a su madre como madre y abogada nuestra» (c. 49).

A la pasión de Cristo, como tema principal de meditación, se une la contemplación de los dolores de su Madre, para compartir, con la mente y el afecto, el dolor «que atravesó el corazón de su desconsolada Madre por la crucifixión y muerte del Señor» (c. 23). Con palabras de delicada compasión hacia la «madre dolorosa», recuerda las penas que traspasaban a la Virgen santísima aumentando los dolores de su Hijo Jesús (c. 51).

El alma que mantiene viva su filial devoción y unión con la madre de Dios no sólo recibirá su ayuda y protección, sino que, además, sentirá cómo aumenta su amor a Dios: «Como quien se acerca a una gran hoguera no puede menos de recibir su calor, así, y mucho más, cualquier necesitado recibirá auxilio, favores y gracias, si con humildad y con fe se acerca al fuego de amor, de misericordia y piedad que arde siempre en el corazón de la Virgen María» (c. 49).

3. Las fuentes

Lorenzo Scupoli no cita expresamente las fuentes directas e inmediatas de su obra. Al no ser su propósito componer un estudio sistemático y metódico de teología espiritual, escribió sin preocupación alguna de probar cuanto proponía con referencias a otras obras de otros autores. El libro debe entenderse, sobre todo, como fruto de su "propia experiencia interior, especialmente en los años de su ejemplar aceptación de la larga humillación, ya documentada en los datos biográficos.

Su personal y diuturna reflexión le ayudó a asimilar la doctrina evangélica de la renuncia de sí mismo y a escribir respecto de ella un tratado completo y eficaz. Como buen conocedor de toda la tradición ascética, hizo suyo el pensamiento de los autores más representativos, especialmente de sus contemporáneos y lo transfundió, con una originalidad del todo personal, en su tratado.

3.1. Sagrada Escritura

A Scupoli le interesa mucho resaltar el carácter y la inspiración bíblica de cuanto escribe. En la dedicatoria «al supremo Capitán Jesucristo» escribe: «todo lo que enseña este breve tratado es doctrina tuya, pues eres tú quien nos ha enseñado que debemos dejar de confiar en nosotros mismos y confiar en ti, combatir y orar». Indica, por tanto, que en el evangelio, código divino del ascetismo, está la fuente principal de su obra.

El texto está empapado e impregnado de imágenes, alusiones, referencias a pasajes y dichos de la Escritura, que usados en sentido espiritual se adaptan a la doctrina que expone. Aconseja el empleo de frases del texto sagrado como oraciones tipo jaculatorias y «recurrir con la memoria a la verdad de la sagrada Escritura, que en muchos lugares nos muestra con claridad que jamás ha quedado confundido quien ha puesto su confianza en Dios» (c. 3).

No son muchas las citas literales. Pero a menudo se alude a expresiones escriturísticas en el contexto del argumento que se trata; a veces traduce libremente una frase; otras, en cambio, lo hace casi literalmente. Con frecuencia se encuentra la reminiscencia de cuanto escribe san Pablo, con una rica simbología y con un lenguaje agonístico, acerca de la lucha espiritual del cristiano. Todo ello demuestra una gran familiaridad con el texto sagrado.

En esta edición, se han añadido, entre paréntesis, algunas referencias a textos de la Escritura que se traen a la memoria a lo largo del tratado.

3.2. La tradición ascética

Scupoli, sabiamente ecléctico, bebió de la tradición patristica y ascética la doctrina que supo presentarnos en su libro.

Inspirándose en fuentes diversas, consiguió un armonioso equilibrio. No cita textos de autores clásicos de la literatura ascética, pero de ellos toma con frecuencia terminología e ideas.

Por ejemplo, cuando afirma que la perfección consiste «en el amor de Dios y en el desprecio de nosotros mismos» (c. 1) parece repetir las palabras de san Agustín: «Amor de Dios hasta el desprecio de sí»⁴⁰. El concepto de que «se vence al demonio cada vez que nosotros vencemos nuestras concupiscencias y deseos desordenados»⁴¹, se inspira en otras palabras de san Agustín en *De agone christiano* (c. 2).

En diversos lugares del tratado se deja sentir la influencia de la doctrina característica de Juan Cassiano sobre la lucha espiritual.

La expresión de san Bernardo: «Cese la voluntad propia y no habrá infierno»⁴², está casi reproducida por Scupoli: «Elimina el amor propio del mundo, que enseguida se cerrará el infierno»⁴³.

El influjo de santo Tomás de Aquino se nota en el concepto de la perfección expuesto en el capítulo 1⁴⁴, en la doctrina sobre las pasiones, el apetito sensual, la oración y también en otros lugares.

3.3. La espiritualidad del siglo XVI

El ambiente religioso de Italia, en el siglo XVI, estuvo dominado por la idea de la reforma católica y de la lucha contra las infiltraciones del protestantismo. Esta actitud, de carácter más bien exterior, del catolicismo italiano tuvo una profunda resonancia y un fuerte influjo en la vida interior de los mejores hombres de aquel tiempo. Si la vida interior de la Iglesia presentaba un carácter luchador, este es todavía más notable en la vida interior de las almas deseosas de santidad.

Los movimientos de espiritualidad que animan la reforma católica, en contra de las incitaciones del neopaganismo renacentista y de las desviaciones doctrinales del protestantismo oponen una reacción totalmente interior, que consiste principalmente en la reforma de sí mismos, en la lucha contra el amor propio, en la victoria sobre las propias pasiones y en la ascensión hacia el amor puro de Dios.

En su tratado, Lorenzo Scupoli se demuestra hijo de su tiempo, de su tierra y de la orden religiosa a la que pertenece.

El hereda y concreta, haciendo de ellos una síntesis bien lograda, lo propio de otros autores y las expresiones de aquel amplio movimiento espiritual que, iniciado ya con la *Devotio moderna*, toma formas más enérgicas y metódicas con santa Catalina de Bolonia (+1463)⁴⁵, y sigue después, ya al principio del siglo XVI, con Bautista Carioni de Crema (+1534), Serafín de Fermo (+1540), san Ignacio de Loyola (+1556), Luis de Granada (+1588) y otros renovadores de la ascesis tradicional católica.

Carioni, definido como «un profesor de energía espiritual»⁴⁶, director espiritual del fundador de los teatinos, san Cayetano, hizo sentir su influencia sobre Scupoli por medio de su divulgador Serafín de Fermo. Se encuentran también influencias de Luis de Granada, cuyas obras fueron editadas en italiano en 1568, en Venecia, por Giolitti de Ferrari, el mismo que en 1589 publicó el *Combate espiritual*.

La influencia de san Ignacio de Loyola es todavía más notable. Scupoli conocía bien los Ejercicios espirituales por medio de su maestro, san Andrés Avelino, quien había recibido de ellos un profundo influjo, fácil de observar en su profunda espiritualidad y en sus obras⁴⁷. La vigorosa dedicatoria «al supremo Capitán, Jesucristo» trae a la mente la meditación de las «dos banderas», de la que se hace una libre adaptación en el capítulo 16. La táctica de los exámenes cotidianos de conciencia es también empleada por nuestro autor (8c. 60). San Ignacio y Scupoli ordenan el plan de lucha interior con admirable lógica: regulan en primer lugar la inteligencia y la voluntad, con un gran respeto por la libertad del hombre, para conducirlo hacia el amor de Dios.

Son también fáciles de ver ciertas influencias franciscanas, especialmente con el *Tratado de la paz del alma* o *Sendero del paraíso*, de Juan de Bonilla, y con la obra *I hilares mentales de Cristo*, de la beata Camila Bautista de Varano (+1524). Otras influencias provienen del tratado *Arte de servir a Dios*, de Alfonso de Madrid (+1535).

3.4. La espiritualidad teatina

Si las influencias del ascetismo italiano y español, y de la espiritualidad ignaciana y franciscana son evidentes, no obstante debe reconocerse que el *Combate espiritual* fue concebido y madurado en la escuela de los Clérigos Regulares Teatinos. Imposible encontrar en otra parte su fuente directa e inmediata⁴⁸.

Aunque san Cayetano no haya dejado escritos espirituales sistemáticos, su epistolario, reliquia insigne y vivo reflejo de su alma grande, nos permite seguir

las huellas de su espiritualidad⁴⁹. En él encontramos muy acentuado el espíritu de abnegación y de combate que abre el camino al dominio del amor de Dios en el alma. En el Oratorio romano del «Divino Amore» hallamos el germen de la espiritualidad teatina. En aquel círculo de adiestramiento interior, san Cayetano y los primeros Clérigos Regulares maduran su programa de santificación y de reforma⁵⁰. Una corriente espiritual ininterrumpida, como filón de oro puro, une íntimamente el «Divino Amore» a san Cayetano, y más tarde al beato Juan Marinoni, que lo transmite a san Andrés Avelino, hasta desembocar directamente en su discípulo Lorenzo Scupoli. Este recoge y concentra la ascética característica de la espiritualidad teatina, haciendo propio el ideal del «Divino Amore», el espíritu de reforma interior, de unión y de transformación en Cristo.

Estas diversas influencias, sabiamente recibidas, maduradas, asimiladas y ordenadas, han contribuido a hacer del *Combate espiritual* como una piedra miliar, un punto de referencia, en la historia de la espiritualidad cristiana. Síntesis y exponente de un amplio movimiento ascético, es el autorretrato no sólo del hombre religioso que fue su autor, sino también de toda su época.

4. Las influencias

Sería un intento arduo y parcial el querer solo esbozar las influencias del tratado en la espiritualidad cristiana después de cuatro siglos de su aparición. A la investigación y a la descripción cuantitativa de las ediciones se debería añadir el estudio cualitativo, es decir, el estudio en profundidad, de las influencias en santos, autores y movimientos espirituales; tarea esta que va más allá del objeto de esta introducción. Nos limitaremos a algunas indicaciones de sus principales influjos.

4.1. *La primera difusión*

Desde el principio de su aparición, el libro ejerció un notable influjo en muchas almas, aunque hubiese sido «escrito por el autor no para presentarlo a los ojos del mundo», sino tan sólo para complacer a «algunas personas religiosas»⁵¹. Los restringidos límites de sus primeros destinatarios fueron enseguida superados. A la primera edición de 1589, siguieron otras dos en el mismo año, «por las muchas solicitudes llegadas de diversas partes»⁵². El «pequeño tratado», como se le llamó, no pudo, dado su anonimato, difundirse con un nombre célebre, ya conocido y afirmado, ni divulgarse a través de una institución religiosa de gran influencia.

Sólo la validez intrínseca de su doctrina, su practicidad y su capacidad incisiva hicieron que este librito fuese enseguida apreciado y difundido entre muchas personas espirituales.

4.2. *San Francisco de Sales*

Como se sabe, el santo obispo de Ginebra fue uno de los primeros en tener en gran estima el Combate espiritual. Como queda dicho, se hizo con una copia en 1589, cuando se hallaba en Padua estudiando jurisprudencia. Lo tomó como codex para su formación interior.

Todos sus biógrafos, desde Luis de la Rivière y Jean Pierre Camus, hasta los más recientes, reconocen que entre los autores que más han influido en su camino espiritual hay que poner al teatino Lorenzo Scupoli⁵³.

Aquel pequeño tratado fue, al menos durante dieciocho años, su inseparable *vademecum*, «libro queridísimo» que llevaba «siempre en el bolsillo»⁵⁴. Por sus propias manifestaciones, sabemos que en Padua lo leía por entero cada mes, que lo encontraba «claro y práctico» y que, siendo ya obispo, seguía leyendo a diario algunas de sus páginas.

Su confidente Jean Pierre Camus afirma que pocas cosas ha escrito el santo

de las que no se encuentre la simiente en algún paso del Combate⁵⁵. Eso da a entender el por qué de tan repetidos elogios del tratado en sus obras y en sus cartas. Fue un convencido propagador del mismo y, como ya se ha indicado, también traductor.

El libro de Scupoli, que enseña cómo el alma devota puede ser interiormente mortificada en grado sumo, sin dejar traslucir al exterior su austeridad, contribuyó a hacer de san Francisco de Sales uno de los santos más completos y atractivos⁵⁶.

4.3. La espiritualidad francesa del siglo XVII

La influencia del tratado se irradia en Francia especialmente a través de la herencia espiritual de san Francisco de Sales. Después de Italia, esta es la nación donde ha tenido mejor acogida. El elevado número de versiones —son diez al menos los traductores franceses— y de ediciones lo demuestra claramente. Scupoli fue uno de los autores espirituales no franceses más leídos y más consultados durante el grand siècle de la espiritualidad francesa.

Jean Pierre Camus, amigo del santo obispo de Ginebra, recoge su influjo en sus obras, lo mismo que Pierre de Bérulle.

Santa Juana Francisca de Chantal, Madame Acarie y su «círculo» espiritual, y con ellas muchas otras almas, heredaron de san Francisco de Sales su estima por el tratado.

San Vicente de Paúl lo apreciaba y proponía su doctrina⁵⁷.

Algunas influencias aparecen en los escritos de Desmarets de Saint-Sorlin, de Fenelón y de Pascal⁵⁸.

Estos pocos nombres ilustres de la historia de la espiritualidad son suficientes para demostrar cómo fue acogido el Combate en los ambientes y corrientes espirituales que caracterizaron el siglo de oro de la espiritualidad francesa.

4.4. La espiritualidad teatina

Los teatinos no sólo han reconocido el Combate espiritual como la mejor síntesis de la ascesis de la primera generación de su Instituto y han reivindicado a su autor, sino que, además, lo han usado constantemente como libro fundamental para su propia formación interior.

San Andrés Avelino, en 1605, aludiendo al Tratado, aconsejaba leer a «los maestros y guías de la lucha espiritual»⁵⁹.

El Superior General de la Orden, padre Andrés Castaldo Pescara, cinco años después de la muerte del autor, ordenó una edición publicada en Roma en 1615.

El Padre Francisco Carafa, prepósito general en 1656, declaraba que los teatinos reconocían el Combate como el libro más representativo de su propia espiritualidad. Mandaba que cada uno de los religiosos lo tuviese «siempre para servirse de él como guía espiritual de sí mismos y para la dirección de las almas que deberán instruir en la perfección, como con gran provecho se ha practicado hasta ahora en nuestra religión» (Roma, 25 de diciembre de 1656)⁶⁰.

Con ocasión de la beatificación de Francisco de Sales, en 1661, el Superior general, padre Agustín Bozomo, en una carta circular a la Orden, recordaba que el beato llamaba el Combate «el libro de los teatinos». Sabía que no sólo era fruto de su ascetismo, sino también alimento de su espíritu⁶¹.

El teatino Carlos Tomasi de Lampedusa, el 2 de enero de 1666, escribe a su joven sobrino, el futuro san José María Tomasi (1649-1713), que lea atentamente el *Combate* «...y lo aprenda de memoria, ya que este es el libro propio de los teatinos»⁶².

San Francisco de Sales, hablando del tratado con Jean Pierre Camus, dijo que los teatinos «lo usan casi del mismo modo que los jesuitas el libro de los Ejercicios del beato Ignacio de Loyola»⁶³.

Más tarde, en 1669 y 1672, dos Superiores generales de los teatinos, Pietro Nobile y Gaetano Garimberti, insistían para que los ejercicios espirituales de los religiosos fuesen practicados según las normas y el espíritu del *Combate espiritual*⁶⁴.

Con ocasión del cuarto centenario de la primera edición del tratado, los teatinos han reafirmado la validez actual de la doctrina allí expuesta, para su propia formación permanente⁶⁵.

4.5. La espiritualidad cristiana

La literatura de la espiritualidad cristiana inscribe el tratado de Scupoli, en sus numerosas ediciones, entre los libros que han tenido mayor difusión durante los últimos cuatrocientos años. Una tan amplia difusión en todos los ambientes espirituales demuestra su benéfica influencia.

Desde el 1589 al 1610, viviendo todavía el autor, se tiene noticia de unas sesenta ediciones. Como ya se ha mencionado, la serie de las traducciones se abre con la alemana (1590), a la que siguen la latina (1591), la francesa (1595) y la inglesa (1598). En 1608, tenemos ya la española y la catalana. Vienen seguidamente la flamenca y la vascuense (1656), la portuguesa (1666), la croata y la polaca (1685), la armenia (1723) y la árabe (1775). Tenemos además las

versiones griega, rusa y bretona. Y hay también traducciones al chino, al rumano y al lituano.

El catálogo, incompleto, de A. F. Vezzosi, enumera 257 ediciones hasta 1775⁶⁶. Hasta la fecha se pueden catalogar más de seiscientas.

Sus destinatarios han sido muy diversos, prueba de que la doctrina expuesta es accesible y útil a cualquier alma deseosa de perfección espiritual, sea cual sea su estado de vida cristiana. Si la primera edición estuvo dedicada a las monjas de San Andrés de Venecia, la última en vida de Scupoli, en 1610, lo estuvo a los laicos del Oratorio del Santísimo Crucifijo de Nápoles. Dos siglos más tarde, en Francia, la «Biblioteca de las Damas cristianas» iniciaba la serie con el *Combate* (París 1820). Además lo encontramos editado en la «Biblioteca para los centros de educación» (Tours 1851), en la «Nueva biblioteca cristiana» (París 1854) y en la «Biblioteca de la juventud» (Rouen 1857).

En 1884 el Concilio plenario de Estados Unidos de América del Norte lo mandó publicar, en una trilogía de grandes maestros espirituales, en el libro para la formación de la familia cristiana⁶⁷. Jacques Maritain recuerda el puesto que en otro tiempo ocupaba en muchas familias cristianas la lectura del *Combate espiritual*⁶⁸.

Los cristianos de la iglesia griega, como ya se dijo, tienen el tratado en la traducción de Nicodemo Hagiorita (1749-1809); y los de la iglesia rusa, en la versión del griego realizada por Teófanos el Recluso (1815-1894)⁶⁹.

El libro de Scupoli tuvo una notable influencia en el espíritu que animó la restauración católica en Inglaterra, el siglo pasado. Especialmente a través de E. B. Pusey ha influido en la experiencia espiritual de los fundadores del Movimiento de Oxford⁷⁰.

Particularmente significativo es el número de ediciones que figuran en los catálogos de varias antiguas bibliotecas públicas y privadas, hoy desaparecidas o dispersas. Aún hoy los catálogos de las principales bibliotecas pueden darnos una idea de la difusión que ha tenido el *Combate*. Así, la Biblioteca Nacional de París conserva cerca de 300 ediciones; el Museo Británico de Londres posee al menos 29. En la Biblioteca Apostólica Vaticana hemos encontrado 19; 18 en la Biblioteca Nacional de Roma; 21 en la Biblioteca Ambrosiana de Milán. La Biblioteca de la Compañía de Jesús, de Chantilly, cuenta con 99. José de Luca, mientras lamentaba que en Italia no se estimase debidamente la obra, no podía ocultar su sorpresa e íntima satisfacción al oír a un amigo que le «refería el estupor de haber encontrado tan ampliamente representado el *Combate espiritual*

de nuestro Scupoli en las grandes bibliotecas inglesas⁷¹.

Timoteo de Reynier, de la Orden de los Mínimos, lo adaptó para un curso de ejercicios espirituales⁷². Jean Desmarets hizo de él una traducción francesa en verso⁷³.

Estos datos cuantitativos son un índice elocuente de la difusión del tratado. Escapan a la investigación y a la observación humana los múltiples influjos cualitativos, los más profundos, de los que se ha servido el Señor para formar almas de virtudes sólidas y perfectas, inflamadas de puro amor y pura intención en el servicio de Dios y del prójimo. Además de los nombres ya citados, queremos recordar, como muestra simbólica de una lista indefinida y difícilmente definible, a estos otros: la sierva de Dios María Ward (1588-1645)⁷⁴, san Pablo de la Cruz (1694-1775)⁷⁵, el venerable Luis M. Baudouin (1765-1835)⁷⁶ y el siervo de Dios Pedro José Triest (1760-1836)⁷⁷.

Diversas órdenes y congregaciones religiosas, en el espíritu y carisma del fundador, consideran todavía hoy el tratado de Scupoli como una de las obras fundamentales para la formación y renovación espiritual de sus propios miembros.

Una prueba de la perenne validez de la obra la tenemos en un discurso del papa Pablo VI. Comentando el texto de san Juan: «Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe» (1 Jn 5,4), él hablaba de la lucha interior del cristiano citando «el famoso librito de Lorenzo Scupoli: *Combate espiritual*»⁷⁸.

Con mucha razón, pues, el padre Joseph de Guibert sj lo pone entre los tratados más representativos de la ascesis católica que, en los cuatro últimos siglos, han ejercido una profunda y amplia influencia en las personas espirituales⁷⁹.

4.6. La presente edición

En 1989, con ocasión del cuarto centenario de la primera edición (Venecia 1589), se pensó conmemorarla ofreciendo al lector italiano una nueva edición del *Combate espiritual*: un libro de espiritualidad considerado idóneo para todas las estaciones de la vida, un autor que se dirige a todas las categorías de lectores, especialmente a aquellos cristianos que, acogiendo la llamada universal a la santidad, quieren sinceramente tender hacia ella⁸⁰.

Ediciones SAN PAOLO de Italia, que en los pasados decenios publicaron diversas veces la obra de Scupoli⁸¹, aceptaron como propia la iniciativa.

La edición (Cinisello Balsamo - Milán 1992) iba deshilada a los lectores de

hoy. Por ello se creyó oportuno adaptar el texto original al italiano actual, con el fin de que, retocando expresiones, locuciones y vocablos en desuso, fuese más fácil y fluida su lectura⁸².

La Curia Provincial de los Clérigos Regulares (Teatinos) de España, a través del Grupo Editorial SAN PAULO de Madrid, ha querido publicar ahora la traducción española de esta edición italiana de 1992, que corresponde al texto de la edición definitiva (Roma 1657).

El traductor de la introducción ha sido Francisco Capó, C. R. En 1992 fue confiada la traducción del texto a Antonio Oliver, C. R. quien a su muerte (9 de enero de 1994) dejó traducidos prácticamente la mitad de los capítulos. La traducción de los restantes y la revisión del conjunto de la obra se la debemos a José A. Pérez, S. S. P.

El Combate espiritual ha tenido, ya desde 1608, muchas otras ediciones en España y en los países latinoamericanos. Sus principales traductores han sido Luis de Vera, Bruno Solís de Valenzuela y Damián González del Cueto. La más divulgada ha sido la de este último, aparecida por primera vez en Viena (Austria), en 1722, y después revisada por el teatino Ramón Guñinel. Esta versión es la que ya antes publicaron las entonces Ediciones Paulinas (Madrid 1953).

Para la adaptación a la lengua de hoy se ha seguido un riguroso criterio de ajuste fiel y literal al texto de Scupoli. La presente edición mantiene una minuciosa fidelidad al léxico del autor, una sincera lealtad y un reverente respeto al texto original. No traiciona idea alguna. Ofrece, sin alteración, el pensamiento y el carácter incisivo y concreto de las expresiones del texto de Scupoli.

Se ha querido respetar la finalidad y el deseo original del autor: dar una dirección espiritual segura y práctica, unos principios básicos que puedan servir de reflexión profunda y estímulo eficaz a las almas que quieran tomar en serio el seguimiento de Cristo.

Y ya, por fin, vayan los deseos y votos para que este tratado continúe, mediante la presente edición, sus benéficas influencias. Hay quien se acerca a Scupoli con cierto temor o perplejidad, pero no tarda mucho en sentir estima y admiración. A Scupoli se le teme sólo cuando no se lo conoce.

La lectura atenta y meditada de su libro no sólo lo dará a conocer y apreciar, sino que también lo hará amar.

Esta lectura, sobre todo, favorecerá una más profunda e íntima experiencia de Dios en Cristo.

Bartolomé Mas, C. R.

Nota bibliográfica

- Bremond H., *Histoire littéraire du sentiment religieux en France VII*, Paris 1928, 54-57.
Cognat L., *La spiritualité moderne I*, Paris 1966, 222-224.
- D'Alençon U., *Des influences franciscaines sur l'auteur de «Combat spirituel»*, en *Études franciscaines* 27 (1912) 72-83.
- De Angelis D., *Le vite de'letterati salentini II*, Nâpoles 1713, 7-16.
- DE ROS F., *Aux sources du «Combat spirituel», Alonso de Madrid et Laurent Scupoli*, en *Revue d'ascétique et de mystique* 35 (1954) 117-139.
- Dissertatio histórica apologetico-critica de aureo libro cui titulus Combattimento spirituale*, Verona 1747 (atribuida a I. R. Savonarola-T. Contini).
- Fontanini G.-Zeno A., *Biblioteca dell'elocuenza italiana II*, Parma 1804, 493-498.
- Getto G., *Letteratura religiosa dal Due al Novecento*, Florencia 1967, 193-197.
- Hodges H. A., introducción a *Unseen Warfare*, Londres 1952, 13-67.
- Lajeunie E. M., *S. François de Sales. L'Homme, la Pensée, l'Action I*, París 1966, 165-174.
- Mas B., *La spiritualità teatina*, Roma 1951, 17-27; *Regnum Dei - Collectanea Theatina* 7 (1951) 64-74; *La atribución del «Combate espiritual» a Juan de Castañiza*, O.S.B. (t 1599), en *Regnum Dei - Collectanea Theatina* 13 (1957) 24-38, y en *Corrientes espirituales en la España del siglo XVI*, Barcelona 1963, 165-176; *Le edizioni del «Combattimento spirituale» dal 1589 al 1610*, en *Studi di bibliografia e di storia in onore di Tammaro de Marinis*, Verona 1964, 149-175.
- Papasogli B., *Gli spirituali italiani e il «Grand Siècle»*, Roma 1983, 28-35.
- Petrocchi M., *Storia della spiritualità italiana (siglos XIII-XX)*, Roma 1984, 221-223.
- Portaluppi A., *Dottrine spirituali*, Alba, Italia 1943, 170-171, 174-176.
- Pourrat P., *La spiritualité chrétienne III*, París 1926, 358-368.
- Silos J., *Historiarum Clericorum Regularium II*, Roma 1655, 277-279; III, Palermo 1666, 606.
- Steiner B., *Historisch-kritische Untersuchung über den Verfasser des «Geistlichen Kampfes»*, en *Studien und Mitteilungen aus dem Benediktiner und Cistercienser Orden* 17 (1896) 444-462.
- Vezzosi A. F., *I Scrittori de'Chierici Regolari detti Teatini II*, Roma 1780, 276-301.
- VILLER M., *Nieodème l'Hagiorite et ses emprunts à la littérature spirituelle occidentale. Le Combat spirituel et les Exercices de S. Ignace dans l'église Byzantine*, en *Revue d'ascétique et de mystique* 5 (1924) 174-177.
- Cf la voz L. Scupoli, redactada por J. Mercier, en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, XIV, 1745-1746; F. Andreu, en *Enciclopedia Cattolica*, XI, 203-204; C. Kneller, en *Zeitschrift für Ascese und Mystik*, XV, 174-188; B. Mas, en *Dizionario enciclopedico di spiritualità*, Roma 1975, 2, 1696-1698; Roma 1990, 3, 2276-2278; en *Dictionnaire de Spiritualité*, XIV, 467-484. Las introducciones a varias ediciones del Combate espiritual, especialmente las de C. De Palma, Roma 1657; O. Masotti, París 1660; G. Volpi,

Padua 1724; A. Morteau, París 1927; B. Neri, Turin 1939; P. Billet, Sainte Anne de Beupré (Canadá) 1945; B. J. Groeschel, Nueva York 1978; M. Spinelli, Milán 1985; Fr. Ephraim, introducción y notas, edición francesa, Nouan le Fuzelier 1990.

LORENZO SCUPOLI

COMBATE ESPIRITUAL

«Un atleta no recibe el premio, si no combate según el reglamento» (2
Tim 2,5)

**AL SUPREMO CAPITÁN
Y GLORIOSO TRIUNFADOR
JESUCRISTO,
HIJO DE MARÍA**

Siempre te han agradado los sacrificios y ofrendas que nosotros, los mortales, ofrecemos con corazón puro para tu gloria. Por eso, yo te ofrezco este breve tratado del *Combate espiritual*. No me desanima el hecho de que sea un tratado pequeño, pues ya se sabe que sólo tú eres el sublime Señor que se deleita en las cosas humildes y desprecia las vanidades y las pretensiones del mundo. Y ¿cómo podía yo dedicarlo, sin reproche y sin daño, a alguien que no seas tú, Rey del cielo y de la tierra? Todo lo que enseña este breve tratado es doctrina tuya, pues eres tú quien nos ha enseñado que *debemos dejar de confiar en nosotros mismos y confiar en ti, combatir y orar*.

Además, en todo combate se necesita un jefe experimentado que guíe la batalla y anime a los soldados, que lucharán con mayor generosidad cuando militen bajo un capitán invencible. ¿No va a valer esto para el *Combate espiritual*? A ti, pues, Jesucristo, todos nosotros, que ya estamos resueltos a combatir y vencer a cualquier enemigo, te hemos elegido como nuestro capitán; a ti que has vencido al mundo y al príncipe de las tinieblas y, con tus llagas y con la muerte de tu santísima carne, has vencido la carne de todos los que han combatido y combatirán con generosidad.

Cuando estaba, Señor, componiendo este *Combate*, tenía constantemente presente esa sentencia: No es que sea capaz por mí mismo de hacer algo como cosa mía (2Cor 3,5). Y ya que sin ti y sin tu ayuda no podemos tener ni siquiera un pensamiento bueno, ¿cómo podremos combatir solos contra tantos y tan poderosos enemigos y evitar tan innumerables y ocultas asechanzas?

Tuyo es, Señor, en todos los sentidos, este *Combate*, pues, como he dicho, tuya es la doctrina y tuyos son todos los soldados espirituales, entre los que nos contamos los Clérigos Regulares Teatinos: Por eso, postrados a tus pies, te rogamos que aceptes este *Combate*, moviéndonos y animándonos siempre, con la ayuda de tu gracia, a luchar con mayor generosidad; porque no dudamos en absoluto de que, si tú combates con nosotros, venceremos para tu gloria y la de tu santísima madre la Virgen María.

Humildísimo siervo comprado con tu sangre

DON LORENZO SCUPOLI, Clérigo Regular

Hoy mismo vais a dar la batalla
contra vuestros enemigos.
No desfallezca vuestro corazón.
No temáis, no tembléis
ni os asustéis ante ellos,
pues el Señor, vuestro Dios,
va delante de vosotros
para combatir con vosotros
contra vuestros enemigos
y daros la victoria (Dt 20,3-4).

CAPÍTULO 1

La perfección. La lucha imprescindible para alcanzarla. Los cuatro supuestos para esa lucha

Queriendo, como quieres, alcanzar las cumbres de la perfección y acercarte a Dios hasta llegar a ser un mismo espíritu con él (1Cor 6,17), Has de saber que esta es la empresa mayor y más noble que imaginarse pueda. Por eso se impone de entrada explicar en qué consiste la verdadera vida espiritual.

Sin pensarlo demasiado, son muchos los que colocan la perfección en:

- el rigor de la vida,
- en la mortificación de la carne,
- en el uso de los cilicios y disciplinas,
- en las largas vigilias,
- en los ayunos,
- y en austeridades y fatigas corporales semejantes.

Otros, especialmente entre las mujeres, creen adelantar mucho:

- cuando recitan muchas oraciones,
- o cuando oyen muchas misas o acuden a la recitación de salmos,
- o cuando se les ve mucho por la Iglesia,
- o comulgan muy a menudo.

Y otros —que son muchos, y algunos viven incluso en el convento y visten hábito religioso—, en fin, están muy convencidos de que la perfección consiste esencialmente en:

- asistir al coro,
- guardar silencio, mantenerse en soledad y guardar la regla.

Todos ellos están convencidos de que la perfección se apoya en esas o parecidas acciones.

¡Y no es verdad! Tales acciones son un medio para lograr el espíritu de perfección o bien son un fruto de él. Por eso no puede afirmarse que sólo en ellas consista la perfección y el verdadero espíritu.

Medio, y muy poderoso, para lograr el espíritu de perfección lo son sin duda para aquellos que saben usarlas con tino y discreción, para proveerse de brío y de fuerza contra la propia malicia y fragilidad, para armarse contra los ataques y

engaños del enemigo, para lograr las ayudas espirituales necesarias a todos los siervos de Dios y muy especialmente a los principiantes.

Y son fruto del espíritu en aquellas personas, realmente espirituales, que castigan su cuerpo por haber ofendido al Creador, o porque quieren mantenerlo humilde y sometido a su servicio; que guardan silencio o se refugian en la soledad a fin de evitar cualquier ofensa del Señor, por pequeña que sea, y lograr ser ciudadanos del cielo (Flp 3,20); que atienden al culto divino y se dan a las obras de piedad; que oran y meditan la vida y la pasión de nuestro Señor, no por curiosidad o gusto sensible, sino con la intención de ir conociendo mejor la propia malicia y la misericordiosa bondad de Dios, para inflamarse cada vez más en el amor a él y en el desprecio de sí mismo, bien cargada la cruz sobre la espalda y siguiendo abnegadamente al Hijo de Dios; que frecuentan los sacramentos para mayor gloria de Dios, tratando de unirse más estrechamente a él y reponiendo nuevas fuerzas contra los enemigos.

Mas para esos otros que ponen en las obras exteriores todo su fundamento, pueden esas volverse hasta ocasión de ruina, más incluso que los mismos pecados; y no por defecto de las cosas en sí (que son muy santas), sino por defecto de quien se vale de ellas. Pues sucede que, muy aplicados a ellas, llegan a abandonar el corazón a las malas inclinaciones y al demonio agazapado, quien, viéndolos ya fuera del buen camino, no sólo los deja continuar a gusto en esa actividad, sino también haciéndolos retozar con su superficial pensamiento por las delicias del paraíso, llegando a convencerse de que están allí, volando entre los coros de los ángeles y llevando a Dios dentro de sí.

Absortos entonces en unas meditaciones llenas de elevados, curiosos y placenteros puntos, olvidados del mundo y de las criaturas, les parece estar arrebatados en el tercer cielo.

Para descubrir en qué red de errores se encuentran envueltos y cuán alejados de la perfección que andamos buscando, basta con asomarse a su vida y costumbres: en cualquier situación, grande o pequeña, desean ser preferidos a los demás y aventajarlos en todo, inamovibles en su opinión y obstinados en su voluntad. Ciegos para sus propios hechos y palabras, son sagaces y diligentes observadores y criticadores de los ajenos. Y si llegas a tocarlos, por poco que sea, en un punto de su vana estima, en la que se tienen y quieren ser tenidos, y estorbarlos en aquellas devociones a las que están entregados, se alteran y desazonan muchísimo. Y si es Dios quien, para conducirlos al verdadero conocimiento de sí mismos y situarlos en el camino de la perfección, les manda aflicciones o enfermedades o permite persecuciones y acosos (que, al quererlas o permitir las él, no acaecen nunca sin su voluntad y que son como la piedra de

toque de la lealtad de sus servidores), entonces es cuando queda al descubierto su falso fondo y su interior gastado y corrompido por la soberbia. En todo acontecimiento, triste o alegre, no hay modo de que se resignen y se humillen bajo la mano de Dios, plegándose a sus justos y secretos juicios (Rom 11,33). Ni siquiera ante el ejemplo de su Hijo, que se humilló y aceptó padecer (Flp 2,8), acaban de someterse a las criaturas considerando amigos a los perseguidores, que no son, en realidad, sino instrumentos de la bondad divina y cooperan a su mortificación, perfección y salvación.

Sin ninguna duda, se encuentran en un grave peligro: teniendo empañado el ojo interior y contemplándose con él a sí mismos y a sus buenas obras exteriores, se atribuyen grados y grados de perfección; y así ensoberbecidos, se dedican a juzgar a los demás. No hay ya quien los convierta, si no es una ayuda extraordinaria de Dios. Por eso es más fácil que se convierta al bien un pecador público, que el que se tapa y se oculta bajo el manto de aparentes virtudes.

Ahora ya puedes entender que, como te he dicho antes, la vida espiritual no consiste en esas cosas.

La vida espiritual, efectivamente, no consiste sino:

- en el conocimiento de la bondad y grandeza de Dios y de nuestra nada e inclinación al mal;
- en el amor a él y en el desprecio de nosotros mismos;
- en nuestro sometimiento no sólo a él, sino a toda criatura por su amor;
- en la renuncia a todo querer nuestro y en la total entrega a su voluntad;
- y en querer y hacer todo eso por pura gloria suya, con el único deseo de agradarle, y porque él así quiere y merece ser amado y servido.

Esta es la ley de amor impresa por la mano del Señor en los corazones de sus fieles servidores. Esta es la renuncia de nosotros mismos que él nos pide (Lc 9, 23). Este es el yugo llevadero y su carga ligera (Mt 11, 30). Esta es la obediencia a la que nos llama con su ejemplo y con su palabra nuestro Redentor y Maestro.

Y puesto que, al aspirar a tan alta perfección, habrás de hacerte continua violencia para arrancar generosamente y eliminar todos tus antojos, pequeños o grandes, es necesario que te prepares con prontitud para la batalla, pues el premio no se concede sino a los que combaten valerosamente.

Y si esta batalla es más difícil que cualquier otra batalla (puesto que, al combatir contra nosotros mismos, somos por nosotros mismos combatidos), al fin la victoria será la más gloriosa y la más agradable a Dios.

Si te decides a hollar y dar muerte a todos tus apetitos desordenados así como a tus caprichos y veleidades, por pequeños que sean, darás mayor placer a Dios y

le rendirás mejor servicio que si, manteniendo voluntariamente vivos algunos de ellos, te disciplinases a sangre, ayunaras más que los antiguos ermitaños y anacoretas o convirtieras al bien a miles de almas.

Aunque el Señor aprecia más la conversión de las almas que la mortificación de un capricho, con todo, tú no has de querer ni hacer sino lo que el Señor mismo te pide y quiere exactamente de ti. Y, sin duda, él se complace más en que te esfuerces y apliques a mortificar tus pasiones, que en que le sirvas, aun en cosas de gran importancia, si mantienes viva en ti, voluntariamente y a sabiendas, una de esas pasiones.

Y ahora que ya sabes en qué consiste la perfección cristiana y que para conseguirla es preciso emprender una dura y continua lucha contra ti mismo, debes proveerte de cuatro cosas, como de armas imprescindibles y seguras, para alcanzar la palma y salir triunfante en este espiritual combate:

Ellas son:

- la *desconfianza* de nosotros mismos,
- la *confianza* en Dios
- el *ejercicio*,
- y la *oración*.

De todas ellas vamos a tratar ahora con la ayuda de Dios y con la mayor brevedad posible.

CAPÍTULO 2

La desconfianza de nosotros mismos

La desconfianza de sí mismo es tan indispensable en este combate, que sin ella no sólo no se obtendrá jamás la deseada victoria, sino que ni siquiera se llegaría a dominar una pequeña pasión. Hay que grabar bien esa idea en la mente, pues nuestra naturaleza corrompida nos inclina fácilmente hacia una falsa estima y aprecio de nosotros mismos. Siendo, como somos, una simple nada, nos convencemos, no obstante, de que valemos algo; y sin motivo alguno, llegamos a presumir vanamente de nuestras fuerzas. Se trata de un defecto difícil de descubrir y que resulta odioso a los ojos de Dios, que quiere y ama en nosotros un leal conocimiento de esta gran verdad, a saber, que toda gracia y toda virtud provienen sólo de él, que es la fuente de todo bien; y que, en cambio, por nosotros mismos no somos capaces de producir nada, ni siquiera un buen pensamiento que le agrade (2Cor 3,5).

Esta desconfianza de nosotros mismos, tan importante, es obra de su mano divina, y suele darla Dios a sus amigos a través de santas inspiraciones o de duras pruebas, o de violentas y casi insuperables tentaciones, o de otras mil maneras que jamás sospecharíamos. Y sin embargo, quiere él que hagamos por nuestra parte lo que podemos hacer. Por eso te propongo cuatro medios con los que, ayudado por el favor de Dios, podrás alcanzar esa desconfianza de ti:

- *Primero*: conocer y considerar tu propia nada: por ti solo no puedes hacer ningún bien por el que merezcas entrar en el reino de los cielos.

- *Segundo*: pedirla con ferviente y humilde oración al Señor, pues es don suyo. Para obtenerla, es preciso, ante todo, que te veas y te consideres privado de ella, y absolutamente incapaz de lograrla por ti solo. Por eso, si te presentas a menudo ante él con la certeza de que su bondad quiere concedértela, y si sabes esperarla con perseverancia a lo largo de todo el tiempo que su providencia disponga, no te quepa duda que la obtendrás.

- *Tercero*: acostumbrarte a tener miedo de ti mismo, de tu forma de pensar, de tu inclinación al pecado, de tus innumerables enemigos a los que no eres capaz de ofrecer la mínima resistencia, de su experiencia en el combate, de sus estratagemas y su facilidad en convertirse en ángeles de luz, de las innumerables artimañas y trampas que a traición nos tienden en el camino mismo de la virtud.

- *Cuarto*: aprovechar la caída en un defecto cualquiera, para adentrarte más y con más fuerza en la consideración de lo grande que es tu debilidad. Justamente por eso Dios permitió tu tropiezo, para que, iluminado con mayor luz por esa inspiración, y conociéndote ya mejor, aprendas a despreciarte como cosa vil que eres, y desees ser tenido y despreciado como tal por los demás. Y has de saber que, sin esa voluntad, no existe desconfianza virtuosa, que tiene su fundamento en la verdadera humildad y en el conocimiento que da la experiencia.

Quede claro, pues, que para todo el que desea acercarse a la suprema luz y a la verdad increada, es necesario el conocimiento de sí mismo. Un conocimiento que la bondad de Dios concede ordinariamente a los soberbios y presuntuosos, a través de sus caídas: les deja resbalar justamente hacia alguna falta de la que creían saber defenderse, a fin de que, conociéndose ya mejor, aprendan a desconfiar totalmente de sí mismos.

Hay que advertir, de todas formas, que no suele servirse el Señor de medios tan humillantes, sino cuando los más suaves, que hemos visto antes, no han logrado el éxito que su bondad pretenda. Y es que la bondad de Dios permite que el hombre caiga más o menos según sea mayor o menor su soberbia o su propia reputación. De manera que donde no se encontrara la mínima presunción, como fue el caso de la Virgen María, no habría la más mínima caída. Si caes, pues, piensa enseguida en el humilde conocimiento de ti mismo y pide con insistencia al Señor (Lc 11,5-13) que te dé la luz verdadera para conocerte y la total desconfianza de ti mismo, si no quieres caer de nuevo y quizá en una desgracia peor.

CAPÍTULO 3

La confianza en Dios

Aunque, como hemos dicho, en este combate sea tan necesaria la desconfianza de sí mismo, sin embargo, si no la tuviéramos más que a ella, o desertaríamos o quedaríamos derrotados y vencidos por los enemigos. Hay que lograr, pues, una absoluta confianza en Dios, esperando de él solo toda suerte de bien, ayuda o victoria. Porque, ya que por nosotros mismos, que somos nada, no podemos prometernos más que caídas —que es la razón por la que debemos desconfiar totalmente de nosotros mismos—, así, gracias a nuestro Señor, alcanzaremos con seguridad toda gran victoria, si, para obtener su ayuda, armamos nuestro corazón de una viva confianza en él.

También hay cuatro medios para conseguirla:

- *Primero*: Pedirla a Dios.

- *Segundo*: Considerar y ver con los ojos de la fe la omnipotencia y la sabiduría infinita de Dios, para quien nada hay imposible (Lc 1,37) ni difícil; de forma que, siendo su bondad sin medida, está siempre dispuesto a darnos, con indecible amor, hora tras hora y momento a momento, todo lo que necesitamos para la vida espiritual y para la victoria total sobre nosotros mismos, con tal que nos arrojemos confiadamente en sus brazos. ¿Crees posible que ese Pastor nuestro, que durante treinta y tres años anduvo tras la oveja perdida gritándole hasta quedar ronco, y corriendo por senderos tan arduos y espinosos que en ellos derramó su sangre y dejó la vida, ahora que la oveja va tras él, obedeciendo a sus mandamientos, o al menos con el titubeante deseo de obedecerlos, llamándolo y suplicándole, crees posible, digo, que no vuelva a ella sus ojos llenos de vida, que no la escuche y la ponga sobre sus hombros, haciendo fiesta con todos sus vecinos y con los ángeles del cielo?

Porque si nuestro Señor no deja de buscar con toda diligencia y amor hasta encontrar en la dracma del evangelio al pecador ciego y mudo, ¿cómo es posible que abandone a quien, como oveja perdida, busca y llama a su pastor? Y ¿quién puede creer jamás que Dios, que sin tregua llama a la puerta del corazón del hombre deseando entrar y comer con él, se haga el sordo y se resista a entrar, cuando el hombre le abre el corazón y lo invita? (Ap 3,20).

- *Tercero*: recurrir con la memoria a la verdad de la sagrada Escritura, que en

muchos lugares nos muestra con claridad que jamás ha quedado confundido quien ha puesto su confianza en Dios.

- *Cuarto*: (este es un medio que sirve a la vez para conseguir la desconfianza de sí y la confianza en Dios): siempre que vayas a hacer algo o a emprender una batalla o a esforzarte por vencerte a ti mismo, aun antes de tomar tu resolución o de poner manos a la obra, piensa en tu debilidad, desconfiando absolutamente de ti, y dirígete al poder, a la sabiduría y a la bondad de Dios. Apoyado, en ellos, propóntese trabajar y luchar con generoso empeño. Como te diré más tarde, trabaja y lucha empuñando las armas y entregado a la oración. Es importante proceder por ese orden, porque, en caso contrario, aunque te parezca que lo haces todo con la confianza en Dios, podrás engañarte seriamente, ya que es tan sutil y propia del hombre la tentación de presumir de sí, que vivimos casi siempre en el engaño de la desconfianza que de nosotros creemos tener y de la confianza que estamos seguros de tener en Dios.

Así que, para huir lo más lejos posible de la presunción y obrar con la desconfianza de ti mismo y con la confianza puesta en Dios, haz de manera que la consideración de tu debilidad preceda a la consideración de la omnipotencia de Dios, y que ambas precedan a tus obras.

CAPÍTULO 4

Cómo se conoce que el hombre obra con la desconfianza de sí y con la confianza en Dios

Cree a menudo el presuntuoso haber logrado la desconfianza de sí y la confianza en Dios, y no es así. Para discernirlo no hay más que mirar el efecto que produce en ti la caída.

Si, cuando caes, te pones inquieto, te entristeces y llegas a perder la esperanza de poder seguir avanzando y lograr el bien, es señal evidente de que confiabas en ti y no en Dios. Y si la tristeza y la desesperación es mucha, es que mucho confiabas en ti y poco en Dios.

Porque resulta que aquel que desconfía mucho de sí mismo y confía en Dios, no se maravilla cuando cae, ni se entristece ni se lamenta, sabiendo que eso le sucede por su debilidad y por su poca confianza en Dios; y cuanto más desconfía de sí, tanto más humildemente confía en Dios. Y, detestando por encima de todo, sus defectos y pasiones desordenadas, causa de su caída, sintiendo ciertamente un dolor grande, pero sereno y pacífico, por haber ofendido a Dios, sigue adelante con su tarea y persigue hasta la muerte a sus enemigos con mayor coraje y resolución.

Ya me gustaría que estas cosas fueran bien consideradas por ciertas personas que se llaman espirituales. Cuando caen en un defecto, no logran ni quieren encontrar la paz; y es frecuente que entonces, más que nada para librarse de la ansiedad y desasosiego debidos al amor propio, no ven la hora de acudir a su padre espiritual, al que deberían acudir principalmente para limpiarse de la mancha del pecado y para proveerse contra él de nuevas fuerzas con el sacramento de la eucaristía.

CAPÍTULO 5

Un error de muchos que tienen a la pusilanimidad por virtud

Es también un error frecuente el de muchos que creen que es virtud la pusilanimidad y el desasosiego que siguen al pecado, ya que van acompañadas de cierto disgusto. No saben que nacen de una oculta soberbia y presunción, apoyadas en la confianza en sí mismo y las propias fuerzas en las que, estimándose en algo, en habían confiado excesivamente. Estos, al descubrir que se engañaban, gracias a la prueba de la caída, se turban y maravillan como de cosa inesperada y se les encoge el alma, cuando ven caído por el suelo el pedestal en el que vanamente habían depositado su confianza.

No sucede tal al humilde, quien, confiando sólo en su Dios y no presumiendo de sí, si cae en alguna culpa, aún doliéndose de ello, no se inquieta ni se sorprende; bien sabe él que todo eso le sucede por su debilidad y su miseria, que la luz de la verdad le ha hecho conocer muy bien.

CAPÍTULO 6

Otras advertencias para lograr la desconfianza de nosotros mismos y la confianza en Dios

Puesto que toda la fuerza para vencer a nuestros enemigos nace principalmente de la desconfianza de nosotros mismos y de la confianza en Dios, te brindo otros avisos para que, con la ayuda de Dios, los consigas.

Has de saber y tener por cierto que ni todos los dones, naturales o adquiridos, ni todas las gracias *gratis datae*, ni el conocimiento de toda la Escritura, ni haber servido a Dios por largo tiempo, logrando hacer de ello un hábito, harán que cumplamos su voluntad, si en cualquier obra buena o agradable a sus ojos que debemos hacer, en cualquier tentación que debemos vencer, en cualquier peligro que debemos evitar, y en cualquier cruz que, según su voluntad, debemos llevar, nuestro corazón no es ayudado y elevado por una ayuda particular de Dios, y si no es Dios mismo quién nos tiende la mano para lograr todo eso. En toda nuestra vida, todos los días y en todas las horas y en todos los momentos, hemos de tener presente esta verdad: para ninguna empresa o proyecto podremos confiar jamás en nosotros mismos.

Por lo que respecta a la confianza en Dios, has de saber que para él no hay cosa más fácil que vencer a los enemigos, sean muchos o pocos, sean viejos y experimentados o sean débiles e inexpertos. Por eso, aunque un alma estuviera cargada de pecados, aunque tuviera todos los defectos del mundo, y estuviera incluso aquejada de todos los defectos imaginables; aunque hubiera hecho todos los intentos, usado todos los medios y realizado toda clase de ejercicios para dejar el pecado y obrar el bien; aunque no hubiera logrado nunca realizar nada bueno, antes bien, se hubiera despeñado cada vez más en el abismo del mal; a pesar de todo, no debe nunca dejar de confiar en Dios ni abandonar las armas ni los ejercicios espirituales, sino que ha de combatir siempre generosamente, sabiendo que, en esta espiritual batalla, nunca pierde el que no deja de combatir y confiar en Dios, que jamás abandona a sus soldados, aunque a veces permita que sean heridos. ¡A luchar, pues! Este es el secreto.

La medicina para las heridas está siempre a punto y es eficaz para aquellos soldados que, con confianza, buscan a Dios y su ayuda. En el momento menos pensado, encontrarán muertos a sus enemigos.

CAPÍTULO 7

El ejercicio. En primer lugar, el ejercicio del intelecto, que ha de guardarse de la ignorancia y de la curiosidad

Si la desconfianza de nosotros mismos y la confianza en Dios, tan necesarias en este combate, están solas, no sólo no alcanzaremos la victoria sobre nosotros, sino que nos precipitaremos en muchos males. Además de ellas, es necesario el ejercicio, la tercera cosa que arriba propusimos. Este ejercicio debe realizarse principalmente con el intelecto y con la voluntad.

El intelecto ha de ponerse en guardia contra dos cosas que suelen atacarlo.

Una es la ignorancia, que lo empaña y le impide conocer la verdad, que es su objeto propio. A fuerza de ejercicio, se le vuelve lúcido y claro para que pueda ver y discernir bien todo lo necesario para purificar el alma de pasiones desordenadas y adornarla de virtudes. Esa luz puede lograrse de dos modos.

- El primero y más importante es la oración, pidiendo al Espíritu Santo que se digne derramarla en nuestros corazones. Él lo hará siempre, si de veras buscamos a Dios, si intentamos cumplir su santa voluntad y si lo sometemos todo, juntamente con nuestro criterio, a la decisión del padre espiritual.

- El otro es un continuo ejercicio de profunda y leal consideración de las cosas para discernir si son buenas o malas, de acuerdo con la enseñanza del Espíritu Santo, y no según aparecen externamente, como se ofrecen a los sentidos o como las juzga el mundo.

Esa observación, hecha convenientemente, nos conduce a ver con claridad que han de tenerse como nada, mentira y vanidad, todas aquellas cosas que el mundo, ciego y corrompido, ama, desea e intenta ganar de mil modos y maneras; que los honores y placeres de la tierra no son más que vanidad y aflicción de espíritu; que las injurias y las infamias que el mundo nos inflige comportan una verdadera gloria, y paz las tribulaciones; que perdonar a los enemigos y hacerles bien es magnanimidad y una de las mejores maneras de parecerse a Dios; que vale más ser despreciado por el mundo que hacerse dueño de él; que obedecer de buena gana, por el amor de Dios, a las criaturas más viles, implica mayor grandeza y generosidad que mandar sobre grandes príncipes; que el conocimiento humilde de nosotros mismos debe estimarse más que la cumbre de todo el saber; que vencer y mortificar los apetitos propios, por pequeños que

sean, merece mayor admiración y elogio que la conquista de muchas ciudades (Prov 16,32), que derrotar con las armas poderosos ejércitos, y que hacer milagros o resucitar muertos.

CAPÍTULO 8

Causas que nos impiden discernir correctamente las cosas. Método que hay que usar para conocerlas bien

La causa por la que no discernimos rectamente las cosas susodichas y muchas otras es que, apenas se nos presentan, ya ponemos en ellas amor u odio. Empañado por ellos, el intelecto no puede juzgarlas rectamente como son.

Si no quieres verte envuelto en ese engaño, procura tener, siempre y lo mejor que puedas, tu voluntad purificada y libre de todo afecto desordenado. Y cuando se te ponga delante un objeto cualquiera, obsérvalo bien con el intelecto y considéralo con madurez antes de decidirte a aceptarlo o rechazarlo, con odio, si se trata de algo contrario a nuestras naturales inclinaciones, o con amor, si te deleita. Entonces, el intelecto, al no estar obstaculizado por las pasiones, queda libre y lúcido, y es capaz de conocer la verdad y desenmascarar el mal, que se agazapa bajo el falso placer y el bien que se encubre bajo la apariencia del mal.

Pero si ya antes la voluntad se ha inclinado a amar o aborrecer la cosa, el intelecto no puede llegar a conocerla bien, ya que ese afecto que se ha interpuesto, lo ofusca haciéndosela apreciar diversamente de como es, y presentándola así a la voluntad; y esta se mueve con más ardor que antes a amarla u odiarla contra todo orden o ley razonable. Más ofuscado a su vez por ese afecto y más oscurecido todavía, el intelecto presenta a la voluntad esa cosa, haciéndosela ver más amable u odiosa que nunca.

Por eso, si no se observa esta regla que digo (y que es de suma importancia en todo este ejercicio), estas dos potencias tan nobles y excelentes, el intelecto y la voluntad, pueden llegar a caminar miserablemente, como en un torbellino, de unas tinieblas a otras más espesas, de un error a otro mayor.

Sé vigilante y guárdate cuidadosamente de todo afecto mal ordenado hacia cualquier cosa, sin haberla examinado antes con atención y sin haberla reconocido por lo que realmente es, con la luz del intelecto y, más aún, con la de la gracia y la oración, y con el parecer de tu padre espiritual. Y opino que tal norma debe observarse, más que en otras cosas, en algunas obras exteriores que son buenas y santas, pues precisamente en ellas, y por el hecho de serlo, hay más peligro de engaño e indiscreción por nuestra parte. De ahí que, por razones de tiempo, de lugar, o de medida, e incluso por respeto a la obediencia, podrían

acarrearle alguna vez daños no pequeños, como les sucedió a muchos que llegaron a correr peligro en los más laudables y santos ejercicios.

CAPÍTULO 9

La otra cosa de la que debe guardarse el intelecto si quiere discernir bien

La otra cosa de la que debemos defender el intelecto es la curiosidad, ya que, cuando lo llenamos de pensamientos nocivos, vanos e impertinentes, lo volvemos inhábil e incapaz de captar lo que más atañe a nuestra verdadera mortificación y perfección. Por eso, es bueno que estés como muerto a cualquier averiguación de las cosas terrenas no necesarias, aunque lícitas.

Conviene ponerle vallas al intelecto y manejarlo como a un aturdido o atontado. Las novedades y vicisitudes del mundo, pequeñas o grandes, han de ser para ti como si no existieran; y si se te presentan, plántales cara y aléjalas de ti. Y en el deseo de comprender las cosas del cielo, procura ser sobrio y humilde, no queriendo saber nada más que a Cristo crucificado (1Cor 2,2; Gál 6,14; 1Cor 1,23), su vida y su muerte y lo que él desea de ti. Aleja de ti todo lo demás y harás algo sumamente agradable a Dios, quien considera preferidos y queridos a los que tienen deseos de él y buscan sólo las cosas necesarias para amar su divina bondad y para hacer su voluntad. Cualquier otra petición o búsqueda es amor propio, soberbia y engaño del demonio.

Si sigues estas normas, podrás escapar a un sinnúmero de asechanzas, pues cuando la astuta serpiente ve que la voluntad es enérgica y llena de fuerza en aquellos que se dedican a la vida espiritual, intenta abatir su intelecto para adueñarse así de este y de aquella. Para ello, suele darles a menudo sentimientos elevados, vivos y extravagantes; y se los da especialmente a las personas agudas, inteligentes y fáciles de montar en soberbia, a fin de que, ocupadas en el gozo y en la meditación de esos aspectos en los que falsamente creen gozar de Dios, se olviden de purificar el corazón y de aplicarse al conocimiento de sí mismas y a la verdadera mortificación. Enredados así en el lazo de la soberbia, hacen un ídolo de su propio intelecto. De todo ello se sigue que, poco a poco y sin darse cuenta, llegan a convencerse de que no tienen necesidad de enseñanza ni de consejo ajeno, acostumbrados como están a recurrir en cualquier situación al ídolo de su propio juicio.

Esto encierra un grave peligro, muy difícil de curar, porque es más peligrosa la soberbia del intelecto que la de la voluntad: al ser manifiesta la soberbia de la

voluntad al propio intelecto, este podrá curarla fácilmente algún día obedeciendo a quien debe. Pero quien está convencido de que su parecer es mejor que el de otros, ¿cómo y por quién podrá ser curado? ¿cómo se someterá al juicio de otro que considera menos bueno que el suyo? Si el ojo del alma, que es el intelecto, con el que debía conocerse y purificarse la llaga de la voluntad soberbia, está enfermo, ciego y lleno de esa misma soberbia, ¿quién podrá curarlo? Y si la luz se hace tiniebla y falla la regla, ¿qué será de todo lo demás?

Opónte, pues, a tiempo a tan peligrosa soberbia, antes de que te alcance la médula de los huesos. Enroma la agudeza de tu intelecto: somete con facilidad tu parecer al de otros; hazte tonto por amor de Dios y serás más sabio que Salomón.

CAPÍTULO 10

El ejercicio de la voluntad y la meta a la que deben dirigirse todas las acciones interiores y exteriores

Además del ejercicio que has de hacer sobre el intelecto, necesitas gobernar también la voluntad de tal manera que, lejos de abandonarla a sus caprichos, se amolde en todo a la voluntad de Dios. Es preciso tomar buena nota de que no basta querer y procurar las cosas que a Dios más le agradan, sino que hay que quererlas y hacerlas como movidos por él, con la pura intención de agradarle a él solo. En esto, más que en lo anteriormente dicho, se ve el gran contraste con la naturaleza: esta está de tal manera inclinada sobre sí misma, que en todas las cosas, incluso en las buenas y espirituales (y tal vez más en estas que en otras), busca su propio gusto y comodidad. Y mientras se va entreteniéndose con estos, se alimenta ávidamente de aquellas como de manjar nada sospechoso.

Efectivamente, cuando se nos presentan tales cosas, inmediatamente les ponemos los ojos encima y las deseamos, no movidos por la voluntad de Dios ni con el fin de agradarle sólo a él, sino por ese bien y deleite que se derivan de querer las cosas que Dios quiere. Este engaño es tanto más encubierto cuanto mejor es en sí la cosa querida. Por eso, hasta en el desear al mismo Dios suelen ocultarse los engaños del amor propio, pues a menudo tenemos en cuenta más nuestro interés y la ventaja que de ello esperamos, que la voluntad de Dios, quien sólo para su gloria se complace y quiere ser amado, deseado y obedecido por nosotros.

Para guardarte de esa asechanza, que te cerraría el camino de la perfección, y para acostumbrarte a querer y a hacerlo todo como movido por Dios, con la pura intención de honrarlo y agradarle solo a él (que quiere ser el único principio y fin de toda acción y pensamiento nuestro), sigue este camino: cuando se te presente una cosa que Dios quiere, no inclines tu voluntad a quererla, sin elevar antes a Dios la mente para comprobar que es voluntad suya que tú la quieras y porque él así lo quiere, y solamente para agradarle a él. Movida y atraída así por su voluntad, se doblará luego la tuya a querer esa cosa como Dios la quiere y sólo por su honor y beneplácito. Del mismo modo, cuando quieras rehusar las cosas no queridas por Dios, no lo hagas sin fijar primero la mirada del intelecto en su divina voluntad, que quiere que las rehúses para agradarle.

Es preciso que sepas que los fraudes de la sutil naturaleza son poco conocidos: empedernida y disimulada buscadora de sí misma, nos lleva a ver en nosotros ese móvil y deseo de agradar a Dios, mientras que no es así. Por ello, a menudo sucede que lo que nosotros mismos queremos o dejamos de querer por interés nuestro, llegamos a creer que lo queremos o dejamos de quererlo porque agrada o no agrada a Dios. Para huir de ese engaño, el remedio intrínseco y propio sería la pureza del corazón, que consiste en despojarse del hombre viejo y vestirse del hombre nuevo (Col 3,9-10; Ef 4,22-23): a ese fin es al que se dirige todo este Combate.

Sin embargo, y dado que estás lleno de ti mismo, para lograr la disposición adecuada, procura despojarte todo lo posible, desde el comienzo de tus acciones, de toda mezcla en la que puedas sospechar que se desliza algo tuyo; y no quieras, ni hagas, ni rehúses cosa alguna sin antes sentir que estás movido y atraído por el puro y simple querer de Dios. Y si no siempre consigues sentir de hecho esa motivación en todas las acciones, y particularmente en las interiores del alma y en las exteriores que pasan pronto, confórmate con tenerla virtualmente en cada una de ellas, con verdadera intención de agradar en todo únicamente a Dios.

Pero en esas acciones que duran cierto tiempo, es bueno que no sólo reavives esa motivación al principio, sino que procures renovarla a menudo y mantenerla despierta hasta el final. De lo contrario, correrías el peligro de caer también en otra trampa de nuestro amor natural. Dado que este está más inclinado y proclive hacia sí mismo que hacia Dios, muchas veces, a intervalos, y sin que nos demos cuenta, suele hacernos cambiar los objetos y mudar las intenciones.

El siervo de Dios que en esto no está sobre aviso, frecuentemente empieza a hacer algo por el único motivo de agradar a su Señor; pero luego, poco a poco y casi sin darse cuenta, se va complaciendo en ella con su propio sentimiento, de tal manera que, olvidándose de la voluntad de Dios, se orienta y se apega tanto al gusto sensible y a la utilidad y al honor que de ello se le pueden derivar, que, si Dios obstaculiza aquella acción con alguna enfermedad o contratiempo, o valiéndose de alguna criatura, él se siente totalmente turbado e inquieto, hasta caer a veces en murmuración de este y de aquel, por no decir incluso del mismo Dios. Señal bien clara de que su intención no provenía totalmente de Dios, sino que nacía de una raíz y en un terreno podrido y corrompido. Porque todo el que se mueve como empujado por Dios y por agradarle sólo a él, ya no prefiere una cosa a otra, sino que quiere conseguirla solamente si a Dios le agrada que la consiga, y en el modo y tiempo que a él agrade. Así que, tanto si la consigue como si no la consigue, se queda igualmente contento y en paz, pues de todas

maneras alcanza su propósito y consigue su fin, que no es otro sino el de agradar a Dios.

Recógete, pues, dentro de ti mismo y aplícate a orientar siempre tus acciones a tal perfecto fin. Y si, mientras intentas esa disposición de tu alma, en algún momento te sintieras movido a hacer el bien con el fin de escapar de las penas del infierno o por la esperanza del paraíso, también en esto puedes proponerte como fin último el beneplácito y la voluntad de Dios, pues él no quiere que caigas en el infierno, sino que entres en su reino.

No es posible llegar a conocer totalmente la fuerza y eficacia que se contiene en ese motivo, ya que una cosa, por pequeña o baladí que sea, hecha con el fin de agradar a Dios y sólo por su gloria, vale infinitamente más, por así decirlo, que muchas otras de grandísimo precio y valor, hechas sin ese motivo. Por eso, Dios se complace más en una sola moneda dada a un pobre por el solo motivo de agradarle a él, que si, con otra intención —aunque fuera la de gozar de los bienes del cielo, que es un fin no sólo bueno, sino sumamente deseable—, se despojase alguien de todas sus posesiones, por copiosas que fueran.

Al principio, este ejercicio de hacerlo todo con el único fin de agradar a Dios puede parecer arduo; pero se irá haciendo practicable y fácil con la costumbre, dirigiendo a menudo el deseo a Dios y aspirando a él con vivos afectos del corazón, como a nuestro perfectísimo y único bien, que por sí mismo merece que todas las criaturas lo busquen, le sirvan y lo amen sobre todas las cosas.

Cuanto más profundamente y más a menudo se haga la consideración de que Dios lo merece todo, tanto más fervientes y frecuentes serán esos actos de la voluntad; y así con mayor facilidad y rapidez lograremos el hábito de hacerlo todo como signo de respeto y de amor al Señor que todo lo merece.

He de advertirte, finalmente, que para conseguir ese objetivo, además de todo lo que te he dicho, es necesario que lo pidas al Señor con insistente oración, considerando a menudo los innumerables favores que Dios nos ha hecho y que continuamente nos hace por puro amor y sin ningún interés por su parte.

CAPÍTULO 11

Algunas consideraciones que mueven a la voluntad a querer en todo el beneplácito de Dios

Además, para mover más fácilmente a la voluntad a querer en todo el beneplácito de Dios y su gloria, recuerda con frecuencia que antes él te ha honrado y amado de mil maneras:

- En la creación, creándote de la nada a su semejanza y poniendo a tu servicio todas las demás criaturas (Gén 1,26-28).

- En la redención, mandando no un ángel, sino a su propio Hijo a redimirte; y no pagando un precio corruptible de oro y plata, sino con su sangre preciosa (1Pe 1,18-19) y con su dolorosa e ignominiosa muerte.

- Y permanentemente y en todo momento, te guarda de tus enemigos, combate por ti con su gracia, y tiene siempre preparado para tu defensa y para tu alimento a su Hijo querido en la eucaristía. ¿No es todo ello señal del inestimable aprecio y amor que el inmenso Dios te tiene? Nadie puede comprender la consideración que tan gran Señor tiene con nosotros, pobrecitos, con nuestra bajeza y miseria; y, al contrario, lo que debemos hacer nosotros por él, que tantas y tan grandes cosas ha hecho por nosotros. Si cuando los señores de la tierra son honrados por personas incluso pobres y humildes, se sienten obligados a concederles honores, ¿qué no deberá hacer nuestra pequeñez con el rey supremo del universo por quien se siente tan altamente apreciada y amada?

Además de cuanto te he dicho, recuerda siempre vivamente y por encima de todo, que Dios merece infinitamente ser honrado y servido por sí mismo, sencillamente porque él así lo desea.

CAPÍTULO 12

Hay en el hombre muchas voluntades. La guerra que se hacen entre sí

Aunque puede decirse que en este combate existen en nosotros dos voluntades —una de la razón, llamada por esto racional o superior; otra del sentido, llamada inferior o sensual, que suele expresarse con los nombres de apetito, carne, sentido o pasión—, sin embargo, dado que es por la razón por la que somos hombres, aunque afirmemos que queremos algo con el sentido solo, no puede decirse que lo queramos de verdad, hasta que no nos inclinemos a quererla con la voluntad superior. Por eso, toda nuestra lucha espiritual parte, sobre todo, del hecho que la voluntad racional, estando como situada entre la voluntad divina, que es superior a ella, y la voluntad inferior, que es la del sentido, se encuentra entre ambas en constante tensión y lucha, pues ambas se esfuerzan por atraerla a sí, someterla y dominarla.

Gran pena y fatiga experimentan, sobre todo al comienzo, los que son prisioneros de malas costumbres, cuando deciden mejorar su vida corrompida y, liberándose del mundo y de la carne, darse al amor y al servicio de Jesucristo.

Eso sucede porque los golpes que la voluntad superior recibe de parte de la voluntad divina y de la voluntad sensual, que constantemente la zarandean, son tan poderosos y fuertes que se hacen sentir no sin gran dolor. Tal no sucede a los que ya están acostumbrados a la virtud o al vicio y pretenden continuar en su camino, pues los virtuosos se amoldan fácilmente a la voluntad divina y los viciosos se pliegan sin rechistar a la del sentido.

Pero que nadie presuma de poder conseguir las verdaderas virtudes cristianas ni servir a Dios como es debido, si no quiere de veras hacerse violencia y soportar el dolor que se siente al abandonar no sólo los grandes placeres, sino también los más pequeños, a los que antes estaba apegado con terrenal afecto. Consecuencia de ello es que son muy contados los que alcanzan la meta de la perfección; después de haber dominado con esfuerzo los vicios mayores, no quieren luego hacerse violencia, siguiendo adelante en el sufrir las punzadas y el esfuerzo que experimentan al tener que hacer frente a infinidad de pequeños caprichos y pasioncillas de menos importancia que, al lograr imponérselos siempre, llegan a adquirir sobre sus corazones dominio y soberanía.

Entre ellos se encuentran algunos que no roban los bienes ajenos, pero se aficionan excesivamente a los que justamente poseen; que si no se procuran honores con medios ilícitos, no los aborrecen, sin embargo, como deberían y no dejan de desearlos y basta de buscarlos de varias maneras; si observan los ayunos obligatorios, no mortifican la gula comiendo más de lo necesario y deseando platos delicados; viviendo la continencia, no se alejan de ciertas amistades que les agradan y que constituyen un grave impedimento para su unión con Dios y para su vida espiritual. Esas amistades son muy peligrosas para cualquier persona, por santa que sea, y especialmente para quien menos las teme; por eso hay que huir de ellas lo más lejos posible. De todo ello se sigue todavía otra consecuencia: todas las demás obras buenas se hacen con tibieza de espíritu y van acompañadas de muchos intereses e imperfecciones ocultas, de una cierta estima de sí mismos y del deseo de recibir del mundo alabanzas y estima.

Estas personas no sólo no adelantan en el camino de la salvación, sino que, caminando hacia atrás, corren el riesgo de volver a caer en los primeros errores, dado que no aman la verdadera virtud y se muestran poco agradecidas al Señor, que las había liberado de la tiranía del demonio. Y son, además, ignorantes y ciegos para ver el peligro en que se encuentran, al persuadirse de que se encuentran en estado seguro. Y aquí se descubre un engaño tanto más peligroso cuanto menos advertido: muchos de los que se aplican a la vida espiritual, se aman a sí mismos más de lo debido (aunque en realidad no saben amarse) y generalmente practican los ejercicios que mejor se avienen a sus gustos, dejando a un lado los que tocan en el punto más sensible de su inclinación natural y de sus apetitos sensuales, contra los que cualquier buena razón aconsejaría dirigir todos los esfuerzos.

Por eso te aconsejo y te animo a enamorarte de las dificultades y del sufrimiento que supone vencerse a sí mismo: ¡ahí está el secreto! Y la victoria será tanto más segura y rápida cuanto más intensamente te enamores de las dificultades que a los principiantes presentan la virtud y la guerra, y si logras amar las dificultades y el duro combatir más que las victorias y las virtudes, lo lograrás todo mucho más pronto.

CAPÍTULO 13

Modo de combatir los impulsos de la sensualidad y actos que debe hacer la voluntad para adquirir el hábito de las virtudes

Siempre que tu voluntad racional se vea combatida de una parte por la del sentido y de otra por la divina, mientras cada una de ellas se afana por la victoria, es preciso que te ejercites de muchas formas para que prevalezca en ti la voluntad divina.

- Ante todo, cuando te veas asaltado y atacado por los impulsos del sentido, has de oponer una encarnizada resistencia a fin de que no ceda a ellos la voluntad superior.

- Después, cuando hayan cesado esos impulsos, excítalos de nuevo en ti para reprimirlos con mayor ímpetu y fuerza.

- Llámalos luego a la tercera batalla, a fin de acostumbrarte a alejarlos de ti con desdén y repugnancia. Tales incitaciones a la lucha han de hacerse con todos nuestros apetitos desordenados, exceptuando los estímulos de la carne, de los que hablaremos a su tiempo.

Debes, en fin, hacer actos contrarios a toda pasión viciosa. Te resultará más claro con el siguiente ejemplo:

Te ves combatido por movimientos de impaciencia. Si entras en ti mismo y observas con atención, sentirás que ellos llaman continuamente a la puerta de la voluntad superior para que se doblegue y ceda. Como primer ejercicio, opónte a cada movimiento e insiste en hacer todo lo que puedas para que tu voluntad no ceda. Y no te des tregua en la batalla mientras no adviertas que el enemigo, como acabado y muerto, se da por vencido.

Pero repara en la malicia del demonio. Cuando advierte que nos oponemos tenazmente a los estímulos de alguna pasión, no sólo deja de excitarlos en nosotros, sino que, cuando se excitan, procura aquietarlos de momento. Y lo hace así, a fin de que no adquiramos con el ejercicio el hábito de la virtud contraria, y hacernos caer así en la trampa de la vanagloria y de la soberbia, convenciéndonos astutamente de que, como aguerridos soldados, hemos sido capaces de derrotar enseguida a nuestros enemigos.

Pasarás así al segundo combate trayendo a la memoria y despertando en ti

aquellos pensamientos que fueron causa de tu impaciencia, de forma que, sintiéndote sacudido en la parte sensitiva, puedas reprimir entonces con mayor tesón y esfuerzo que antes sus impulsos. Mas, aunque rechacemos a nuestros enemigos convencidos de hacer el bien y de agradar a Dios, si no llegamos a detestarlos de verdad, corremos el peligro de ser derrotados por ellos una vez más; por eso has de enfrentarte a ellos con el tercer asalto y arrojarlos lejos de ti, haciendo actos no sólo de aversión, sino también de indignación, hasta que se te vuelvan odiosos y abominables.

Finalmente, para adornar y perfeccionar tu alma con el hábito de las virtudes, has de hacer actos interiores directamente opuestos a tus pasiones desordenadas. Por ejemplo, si deseas adquirir adecuadamente el hábito de la paciencia, cuando alguien, menospreciándote, te dé ocasión de impaciencia, no basta que te ejercites en las tres formas de ataque que te he descrito; es preciso que quieras y ames, además, el menosprecio recibido, deseando ser de nuevo despreciado del mismo modo y por la misma persona, esperando y disponiéndote a aguantar cosas más graves todavía. La razón por la que tales actos contrarios son necesarios para perfeccionarnos en la virtud es esta: los otros actos, aun siendo muchos y poderosos, no son suficientes para extirpar las raíces que produce el vicio.

Por tanto (para seguir en el mismo ejemplo), aunque al ser despreciados no consintamos en los movimientos de la impaciencia, sino que luchemos contra ellos en los tres modos indicados, sin embargo, si no nos acostumbramos a amar el menosprecio y a alegrarnos en él, con muchos y frecuentes actos, no lograremos librarnos nunca del vicio de la impaciencia que, dada nuestra inclinación a la propia estima, se apoya en el horror al desprecio. Y mientras tiene vida, esa viciosa raíz retoña y retoña hasta hacer languidecer la virtud o ahogarla del todo, colocándonos en permanente peligro de recaer a la primera ocasión que se presente. De todo ello se sigue que, sin esos actos contrarios, no obtendremos jamás el verdadero hábito de las virtudes.

Advierte que esos actos deben ser tan frecuentes y numerosos que logren destruir completamente el hábito vicioso, el cual, si necesitó muchos actos viciosos para tomar posesión de nuestro corazón, sólo con muchos actos contrarios podrá ser arrancado de él, para poner en su lugar un hábito virtuoso. Y digo más: para lograr un hábito virtuoso se requieren más actos buenos, que actos malos fueron precisos para plantar un hábito vicioso, porque, efectivamente, aquellos no cuentan, como cuentan estos, con la ayuda de la naturaleza corrompida por el pecado.

Además de todo lo dicho, quiero añadir que, si lo exige la virtud que estás

ejercitando debes realizar también actos exteriores conformes a los interiores, así como (para quedarnos en el mismo ejemplo) usar palabras de mansedumbre y de amor y, si te es posible, ponerte al servicio del que en algún modo te hubiera contrariado y ofendido. Y por mucho que esos actos, interiores o exteriores, estén o te parezca que están acompañados de tanta debilidad de espíritu que pienses que los haces contra tu voluntad, no por eso debes abandonarlos en modo alguno, pues, por débiles que sean, te mantendrán firme y constante en la batalla y te allanarán el camino hacia la victoria.

Procura estar en guardia y concentrado en ti mismo para luchar no sólo contra los deseos grandes y poderosos, sino también contra los débiles y flacos de cualquier pasión, pues son estos los que abren el camino a los mayores, que son los que engendran en nosotros los hábitos del vicio. Y por el poco cuidado que han tenido algunos en arrancar de sus corazones esos pequeños caprichos, después de haber superado ya los mayores de la misma pasión, ha sucedido que, cuando menos lo pensaban, se han visto atacados y vencidos por aquellos mismos enemigos más estrepitosa y desastrosamente que antes.

Y quiero recordarte también que has de aplicarte a mortificar y a destruir a veces tus deseos incluso de cosas lícitas no necesarias, pues eso te proporcionará grandes beneficios, y estarás cada vez más dispuesto y preparado para dominarte en los otros; y, más fuerte y experto en la batalla de las tentaciones, escaparás de muchas trampas del demonio y harás algo muy agradable al Señor.

Te hablo con absoluta claridad: si sigues adelante, del modo que te he dicho, en estos leales y santos ejercicios para reformarte y vencerte, te aseguro que en poco tiempo harás grandes progresos y llegarás a ser persona espiritual de verdad y no sólo de nombre. Pero obrando de otra manera y haciendo otros ejercicios, aunque creas que son excelentes y tan agradables para tu gusto, que te parezca que con ellos estás muy unido al Señor y en grato coloquio con él, ten por cierto que nunca alcanzarás la virtud ni el verdadero espíritu. Ese espíritu (como dijimos en el capítulo 1) no consiste ni nace de ejercicios deleitables o conformes a nuestra naturaleza, sino de los que la crucifican con todos sus actos. Por eso, una vez renovado el hombre por medio de los hábitos de las virtudes evangélicas, lo unen a su Señor crucificado y creador.

No se puede dudar que, así como los hábitos viciosos se forman en nosotros con repetidos y frecuentes actos de la voluntad superior, cuando cede a los apetitos sensuales, así también los hábitos de las virtudes evangélicas se adquieren haciendo muchos y constantes actos conformes a la voluntad divina, que nos llama y atrae, ora hacia una virtud, ora hacia la otra. Y de la misma manera que nuestra voluntad no es viciosa o terrena por muy atacada que se vea

por la parte inferior o por el vicio, si ella no cede y consiente, así tampoco podrá nunca ser virtuosa y unirse a Dios por mucho que la estimulen e inviten las inspiraciones y la gracia divina, si no se conforma a ella con los actos interiores y exteriores que sean necesarios.

CAPÍTULO 14

Lo que se ha de hacer cuando la voluntad superior parece vencida y sofocada en todo por la inferior y por sus enemigos

Si alguna vez te parece que la voluntad superior no puede nada contra la inferior y contra sus enemigos, dado que no sientes dentro de ti una decisión eficaz contra ellos, manténte firme y no abandones la batalla. En realidad, puedes considerarte victorioso mientras no estés bien seguro de haber cedido. Lo mismo que nuestra voluntad superior no tiene necesidad del apetito inferior para producir sus actos, así también, si ella no quiere, no se verá nunca obligada a darse por vencida, por muy violentos que sean los asaltos que padece. Dios ha dotado a nuestra voluntad de tal fuerza y libertad, que, aunque todos los sentidos, con todos los demonios y el mundo entero se armasen y conjurasen contra ella, atacándola y acosándola con todas sus fuerzas, ella puede, a pesar de todo, y a despecho de todos, querer o no querer, con absoluta libertad, todo lo que quiere o no quiere, y todas las veces y todo el tiempo y en el modo y para el fin que ella quiere.

Y si alguna vez esos enemigos te asaltan y te acorralan con tanta violencia que tu voluntad, casi ahogada, parece no tener aliento para producir ya ningún acto contrario, no pierdas el ánimo ni arrojes las armas; echa mano de la lengua y defiéndete hablando contigo mismo: «No me rindo, no te quiero», como hace quien, teniendo encima a su enemigo que lo oprime, y no pudiendo herirle con la punta de la espada, lo hace con la empuñadura. Y como éste intenta luego dar un paso atrás a fin de poder herirle con la punta, igualmente tú te retirarás hasta el conocimiento de ti mismo, que nada eres y nada puedes, y, confiando en Dios, que todo lo puede, asesta un golpe a la pasión enemiga diciendo: «Ayúdame, Señor; ayúdame, Dios mío; ayúdame, Jesús y María, para que no me rinda».

Y cuando el enemigo te dé tregua, podrás también ayudar a la flaqueza de la voluntad recurriendo al intelecto y entreteniéndote en diversas consideraciones, por las que la voluntad va recobrando el aliento y el arrojo contra los enemigos. Por ejemplo: en alguna tribulación o prueba, te encuentras asaltado con tanta fuerza por la impaciencia, que tu voluntad casi no puede o quizá no quiere aguantar más; anímalala reflexionando con o sobre los siguientes o parecidos puntos:

- *Primero*: Considera si mereces el mal que padeces por haberle dado ocasión y motivo; si es así, es un deber de justicia que tolere y sufras con paciencia la herida que con tus manos te has infligido.

- *Segundo*: Si no tienes culpa en ello, vuelve tu pensamiento a esos otros errores tuyos por los que Dios aún no te ha castigado y por los que no has hecho la penitencia que debías. Al descubrir que la misericordia de Dios te cambia ese castigo, que sería eterno o temporal en el purgatorio, por una pena presente mucho más suave, la recibirás no sólo de buena gana, sino con acción de gracias.

- *Tercero*: Y si te parece que has hecho mucha penitencia y que has ofendido poco a Dios (cosa que jamás deberías creerte), piensa que en el reino de los cielos no se entra sino por la puerta estrecha de las tribulaciones (Mt 7,13-14).

- *Cuarto*: Aunque te fuese posible entrar por otro camino, la ley del amor no debería permitirte ni siquiera pensar en ello, dado que por él entró el Hijo de Dios con todos sus miembros y amigos, pasando por las espinas y la cruz.

- *Quinto*: Pero lo que debes procurar sobre todo, en esta y en cualquier otra ocasión, es la voluntad de tu Dios, quien, por el amor que te tiene, ha de complacerse indeciblemente en todo acto de virtud y de mortificación que te vea realizar como fiel y denodado luchador, para corresponderle con tu amor. Y ten por cierto que, cuanto más irracional sea la persecución e injustificable su causa y, por lo tanto, más desagradable y difícil de soportar te resulte, tanto más agradarás al Señor al aceptar y querer, incluso en las cosas sin sentido y más desagradables, su divina providencia y voluntad, que es donde todo acontecimiento, por absurdo que sea, tiene su explicación y orden perfectísimo.

CAPÍTULO 15

Algunas advertencias acerca del modo de combatir, y especialmente contra quién y con qué virtud hay que hacerlo

Ya has visto la manera de combatir para vencerte a ti mismo y adornarte de virtudes. Conviene que sepas también que, para lograr la victoria sobre tus enemigos con más rapidez y facilidad, será bueno o, mejor dicho, necesario que luches diariamente y de manera especial contra el amor propio, acostumbrándote a recibir, como si fueran amigos entrañables, los disgustos y desprecios que te lleguen del mundo. Del no advertir o dar poca importancia a ese combate, se deriva que las victorias son difíciles, raras, imperfectas y efímeras, como antes te he dicho.

Te advierto, además, que para el combate se requiere fortaleza de ánimo; la conseguirás fácilmente si se la pides a Dios y si, ante el furor, el odio inextinguible y el gran número de las escuadras y los ejércitos enemigos, consideras más bien que es infinitamente mayor la bondad de Dios y el amor con que te ama y que son muchos más los ángeles del cielo y las oraciones de los santos que combaten a favor nuestro.

Partiendo de esa consideración, incluso muchas mujeres sencillas han llegado a vencer y superar todo el poder y saber del mundo, y todos los asaltos de la carne y el furor del infierno.

Por tanto, no te arredres nunca, aunque a veces te parezca que la batalla que presentan los enemigos se encona más y más, que puede durar toda tu vida y que casi te amenaza con caídas seguras en diversos campos; porque, además de todo lo que te llevo dicho, has de saber que la fuerza y el control de nuestros enemigos están en las manos de nuestro divino Capitán, en cuyo honor combatimos. Si lo amas con todo tu corazón y es él quien te llama a la dura batalla, no permitirá jamás que sufras violencia, es más, luchando él por ti, te concederá la victoria sobre ellos cuando a él le plazca, siempre para mayor ventaja tuya, aunque te la retrase hasta el último día de tu vida.

Por tu parte, lo único que has de hacer es combatir generosamente y, aunque te veas reiteradamente alcanzado, no dejar nunca las armas ni abandonar el campo.

Finalmente, y para que pelees con valor, has de saber que esta guerra es

inevitable, y el que en ella no lucha, de todas maneras se ve inexorablemente enredado en ella y sucumbe. Es que nos enfrentamos a enemigos tan obstinados y furiosos que de ellos no podremos esperar jamás ni tregua ni paz.

CAPÍTULO 16

De qué manera el soldado de Cristo ha de bajar al campo a la mañana temprano

Apenas despiertes, lo primero que tus ojos interiores han de observar es que te encuentras en una empalizada cerrada y sin más escapatoria que luchar o perecer para siempre.

Imagina que, en esta empalizada, tienes delante de ti, por un lado, a tu enemigo y a tu mala inclinación, ya identificados para derrotarlos, pero que están armados para alcanzarte y darte muerte; y, por el derecho, a tu victorioso capitán Jesucristo, con su santísima madre la Virgen María y su querido esposo san José, con numerosos ejércitos de ángeles y santos y particularmente de san Miguel arcángel; y además, a tu izquierda, el demonio con los suyos, atizando la pasión que deseas combatir e instigándote a rendirte a ella.

Imagina que en la empalizada oyes una voz —quizá la de tu ángel de la guarda— que te dice así: «Hoy debes luchar contra este y contra otros enemigos tuyos. No desfallezca tu corazón; que ni el miedo ni el temor te induzcan a ceder; nuestro Señor, tu Capitán, está aquí con todos sus gloriosos ejércitos; él luchará contra todos tus enemigos y no permitirá que prevalezcan sobre ti, ni por su fuerza ni por su capacidad (Dt 20,3-4). Sé fuerte, domínate y aguanta el sufrimiento que puede ocasionarte el esfuerzo. Grita desde lo hondo de tu corazón y llama a tu Señor, a la Virgen María y a todos los santos, y no dudes que alcanzarás la victoria. Por flojo que te veas y por mucho que te estorben tus malas inclinaciones, y por fuertes y numerosos que sean tus enemigos, muchísimos más son los recursos y auxilios de quien te ha creado y redimido; sin parangón alguno mucho más fuerte es tu Dios, que tiene mayor voluntad de salvarte que el enemigo de perderte. Lucha, pues, y no temas el sufrimiento, porque del esfuerzo y del empeño en la lucha contra tus malas inclinaciones y de la pena que se siente por ellas nace la victoria y se alcanza ese gran tesoro con que se compra el reino de los cielos y el alma se une para siempre con Dios».

Comienza, en el nombre del Señor, a luchar con las armas de la desconfianza de ti mismo y de la confianza en Dios, con la oración y el ejercicio, llamando a batalla a ese enemigo y a esa inclinación que, según el plan de que hemos hablado, te has propuesto dominar y vencer, ora con la resistencia, ora con el

menosprecio, ora con los actos de la virtud contraria, hiriéndolos a muerte una y otra vez, para agradar a tu Señor que, con toda la iglesia triunfante, está contemplando tu combate.

Vuelvo a repetirte que no te canses de luchar, atendiendo a la obligación que todos tenemos de servir y agradar a Dios y a la necesidad de combatir, pues de ese combate no se puede desertar sin quedar herido o muerto. Es más: si rebelándote decidieras alejarte de Dios y darte al mundo y a los placeres de la carne, habrías de luchar, a pesar tuyo, con tantas y tantas contrariedades, que a menudo sentirás la frente inundada de sudor e invadido de mortales angustias el corazón.

Considera, pues, cuán descabellado sería sostener el esfuerzo y la pena que conllevan un esfuerzo y una pena mayor junto con una muerte sin fin, por huir de un esfuerzo que acaba pronto y nos une a la vida eterna e infinitamente feliz en la que gozaremos de Dios para siempre.

CAPÍTULO 17

Orden que debe guardarse en el combate contra nuestras pasiones desordenadas

Es muy importante conocer el orden que debe guardarse para combatir como es debido, y no superficialmente y sin ton ni son, como hacen muchos con grave daño para sí mismos. El plan a seguir en la lucha contra tus enemigos y contra tus malas inclinaciones consiste en que entres en tu corazón, examines diligentemente qué pensamientos y afectos lo acosan y qué pasión lo domina y tiraniza con más fuerza; y contra ella, sobre todo, empuña las armas y entabla batalla.

Si, entretanto, te ves atacado por otros enemigos, lucharás especialmente contra el que, en ese momento, te ataca más de cerca, pero después volverás a la tarea principal.

CAPÍTULO 18

Modo de resistir a los repentinos impulsos de las pasiones

Si todavía no te sientes preparado para detener los golpes imprevistos de las injurias o de cualquier otra adversidad, para acostumbrarte a ello será bueno que aprendas a prevenirlos y hasta a desearlos repetidamente, para esperarlos con el ánimo a punto. Y el modo de prevenirlos consiste en que, una vez conocida la naturaleza de tus pasiones, consideres las personas con las que habrás de tratar y los lugares que vas a frecuentar. Así podrás adivinar con facilidad lo que puede sucederte. Y si te sobreviene cualquier otra contrariedad no prevista, además de la ventaja que te dará el hecho de encontrarte preparado para las que tienes previstas, podrás servirte especialmente de este otro modo.

Apenas comiences a sentir los primeros ataques de una injuria o de cualquier otra contrariedad, ponte en guardia, hazte fuerte y eleva a Dios tu corazón, considerando su bondad y el amor con que te manda esa adversidad, con el fin de que, soportándola por su amor, te purifiques y te acerques y unas más a él. Y teniendo en cuenta la satisfacción que le produce tu fortaleza, vuélvete hacia ti mismo y, reprendiéndote, dirígete estas palabras: «Pero ¿por qué rechazas una cruz que te manda no un cualquiera, sino tu Padre del cielo?». Vuélvete luego a la cruz, abrázala con la mayor aceptación y alegría posible, y di: «¡Oh cruz, preparada por la providencia aun antes de que yo existiera! ¡Oh cruz, aligerada por el amor de mi Crucificado! Clávame en ti, que quiero darme así a aquel que, muriendo en ti, me ha redimido».

Y si al comienzo, arreciando la pasión, no logras elevarte a Dios y sigues sintiéndote herido, intenta hacer cuanto antes lo que te digo, como si no estuvieras herido. Aunque el remedio más eficaz contra esos ataques imprevistos es eliminar la causa de donde proceden. Por ejemplo, si por el afecto que le tienes a una cosa descubres que, al ser contrariado en ella, sueles caer en un imprevisto desasosiego, el camino más corto para solucionarlo es que te acostumbres a eliminar ese afecto. Y si la turbación procede no de la cosa, sino de la persona, de la que, porque te resulta desagradable todo, por insignificante que sea, te molesta, el remedio está en forzar tu voluntad a querer a aquella persona Y a mirarla con cariño, pues es una criatura formada, como tú, por la mano de Dios y, como tú, redimida por la misma sangre divina. Y si logras

sobrellevarla, te dará incluso la oportunidad de asemejarte a tu Señor, que es amoroso y bondadoso con todos.

CAPÍTULO 19

Modo de combatir el apetito carnal

Contra este apetito has de luchar de un modo particular y diferente que contra los otros. Para combatirlo como conviene distinguirás tres tiempos: antes de la tentación, en el momento de la tentación, y después de la tentación.

- *Primero.* Antes de la tentación, la batalla será contra las causas que suelen ocasionarla. Ante todo, has de pelear no atacando al enemigo, sino huyendo con todas tus fuerzas de cualquier ocasión o persona que constituya para ti un mínimo peligro. Y si fuera preciso enfrentarte con ellas, hazlo con una actitud modesta y seria, usando palabras graves y adoptando un aire severo más bien que familiar y afable.

No te fíes del hecho de no haber experimentado o sentido en muchos años los estímulos de la carne, pues ese vicio hace en una hora lo que no ha hecho en muchos años y sabe urdir ocultamente sus tramas; de modo que hiera y daña tanto más irremediabilmente cuanto más inofensivo y menos sospechoso se muestra.

Y la experiencia tiene muy demostrado que el peligro es mayor cuando el trato se mantiene so pretexto de que se trata de cosas lícitas, por razones de parentesco o deberes de oficio, o incluso de virtud de la persona querida. De hecho, en el frecuente e imprudente trato va mezclándose el venenoso deleite del sentido y, poco a poco e insensiblemente, va calando hasta el fondo del alma y va oscureciendo paso a paso la razón, de modo que llegan a estimarse intrascendentes las cosas peligrosas, las miradas tiernas, las palabras dulces que se intercambian y el deleite de la conversación. Y así, de concesión en concesión, se cae finalmente en el desastre o en tentaciones dolorosas y difíciles de superar.

Insisto en que lo que debes hacer es huir, porque eres paja, y no debes fiarte porque estés empapada y llena del agua de una voluntad fuerte y decidida, resuelta y dispuesta a morir antes que ofender a Dios. El calor del fuego de un trato frecuente secará poco a poco el agua de tu buena voluntad, y, cuando menos lo pienses, prenderá de tal manera que no respetará ni parientes ni amigos; no temerá a Dios, ni le importare el honor ni la vida, ni todas las penas del infierno. Huye, pues, huye si no quieres ser sorprendido, apresado y muerto.

- *Segundo*. Huye del ocio y estate en guardia y atento, ocupándote en los pensamientos y las obras convenientes a tu estado.

- *Tercero*. No ofrezcas resistencia; obedece prontamente a tus superiores, realizando con solicitud lo que te impongan, y poniendo especial interés en aquellas cosas que te humillan y son más contrarias a tu voluntad y natural inclinación.

- *Cuarto*. No te permitas jamás un juicio temerario sobre tu prójimo, y menos cuando se trate de ese apetito. Y si manifiestamente lo ves caído, compadécete de él y no lo desprecies ni lo humilles; procura sacar de ello provecho de humildad y de conocimiento de ti mismo sabiendo que eres polvo y nada; acércate a Dios con la oración y huye más que nunca de las ocasiones en las que descubras la mínima sombra de peligro. Porque si eres fácil en juzgar y despreciar a los demás, te corregirá Dios a tu costa, permitiendo que caigas en ese mismo fallo, para que te convenzas de tu soberbia

- *Quinto y último*. Ten en cuenta que si te encuentras en el regalo y consuelo de delicias espirituales, debes guardarte de admitir sentimientos de vana complacencia de ti mismo, creyendo ser algo, y pensando que tus enemigos ya no te darán más guerra, porque ya te inspiran desprecio, aversión y horros. Si no eres en eso muy cauto, caerás con facilidad.

Cuando arrecie la tentación, observa si la causa de donde procede es interior o exterior. Por causa exterior entiendo la curiosidad de los ojos y de los oídos, el extremado cuidado de los vestidos, las confianzas y confidencias que incitan a ese vicio. El remedio en estos casos es la honestidad y la modestia, no queriendo ver ni oír nada que sea excitante: huir es la medicina, como ya he dicho.

La causa interior procede de la vitalidad del cuerpo o de los pensamientos de la mente, que proceden de nuestros malos hábitos o de sugerencias del demonio. La sensualidad del cuerpo se mortifica con ayunos, disciplinas, cilicios, viglias y otras austeridades semejantes, dentro de los límites de la discreción y la obediencia. En cuanto a los pensamientos, vengan de donde vengan, los remedios son los siguientes: ocuparse en los ejercicios adecuados al propio estado, en la oración y la meditación.

Por lo que toca a la oración, hazla de esta manera: apenas te des cuenta no sólo de la presencia de tales pensamientos, sino de su primera insinuación, concéntrate y piensa en el Crucifijo diciendo: «Jesús mío, dulce Jesús mío, ven pronto en mi ayuda para que no caiga en manos de mi enemigo». Y, abrazando la cruz de la que pende tu Señor, besa repetidas veces las llagas de sus santos pies, diciendo con fervor: «Oh llagas adorables, santas y castas, herid ya este pobre e

impuro corazón y guardadme del peligro de ofenderos».

Y cuando las tentaciones de los deleites carnales te acosen no me parecería bueno que tu meditación se centrara en ciertos puntos que muchos libros proponen como remedio a esa tentación; por ejemplo, la bajeza de ese vicio, su insaciabilidad, los disgustos y amarguras que lo acompañan, los peligros de la pérdida de los bienes, de la vida, del honor y cosas semejantes. Porque no siempre es este un medio seguro para vencer la tentación, y hasta puede aumentar las dificultades; pues si el intelecto, por una parte, desecha esos pensamientos, por otra nos ofrece ocasión y peligro de deleitarnos en ellos y de consentir al placer. Por eso, el mejor remedio consiste en huir de ellos, e incluso de todo lo que nos los recuerde, aunque sea contrario a ellos.

He aquí por qué cuando tu meditación se oriente a ese fin, deberá centrarse en la vida y en la pasión del Señor crucificado. Y si, a pesar tuyo, en esa meditación se te presentan tales pensamientos, molestándote más de lo habitual —como seguramente sucederá—, no te asustes ni dejes la meditación, ni te enfrentes directamente a ellos ofreciéndoles resistencia; sigue impertérrito tu meditación con la mayor intensidad posible, pasando de tales pensamientos como si no fueran tuyos; pues no hay mejor medio de hacerles frente, aunque su acoso sea continuo.

Y acabarás tu meditación con esta o semejante petición: «Por tu pasión y por tu inefable bondad, líbrame de mis enemigos, creador y redentor mío»; pero sin dirigir tu atención al vicio, ya que sólo recordarlo representa ya un peligro. Y, además, no te entretengas nunca en deliberar si has consentido o no en tal tentación, pues, bajo apariencia de bien, se trata de un engaño del demonio, que pretende quitarte la paz y hacerte desconfiado y pusilánime, o, mientras te distrae con esas cavilaciones, lo que espera es hacerte caer en algún tipo de complacencia. Por eso, en estas tentaciones, siempre que no estés seguro de haber consentido, con una breve explicación a tu padre espiritual ha de bastarte, quedándote tranquilo con lo que él te diga, sin volver a pensar más en ello. Exponle a él con sinceridad cualquier pensamiento, sin que te lo impidan ni el respeto humano ni la vergüenza. Pues si necesitamos la virtud de la humildad para vencer a todos nuestros enemigos, con más razón debernos ser humildes cuando se trata de este, ya que este vicio es casi siempre un castigo de nuestra soberbia.

Cuando ha pasado ya el momento de la tentación, y aunque ya te sientas libre y resguardado, esfuérate por mantener tu atención muy lejos de aquellos objetos que la ocasionaron, aunque tu deseo de virtud o de o de cualquier otro provecho te empuje a actuar de forma diversa: se trata de un engaño de nuestra naturaleza

corrompida y de una trampa de nuestro sagaz enemigo, que se transforma en ángel de luz para precipitarnos en las tinieblas.

CAPÍTULO 20

Modo de combatir la pereza o negligencia

A fin de no caer en la triste esclavitud de la negligencia, lo que no sólo te cerraría el camino de la perfección, sino que te pondría en manos de tus enemigos, has de evitar toda curiosidad, apego terrenal u ocupación inadecuada a tu estado. Y deberás de esforzarte por responder con prontitud a toda buena inspiración o a cualquier mandato de tus superiores, actuando en el tiempo y modo que ellos deseen.

Esfuézate por realizar inmediatamente lo que te hayan mandado, pues el primer titubeo arrastra al segundo, y el segundo el tercero y así sucesivamente, de forma que a estos cede y se rinde el sentido más fácilmente que a los primeros, por haberse dejado ya seducir y atrapar por el placer que ha experimentado. Por eso, o la acción se empieza demasiado tarde, o al fin se la deja del todo porque a veces resulta pesada. Así es como, poco a poco, se va formando en nosotros el hábito de la pereza. Que llega a crecer de tal manera, que, en el mismo instante que nos tiene cogidos y enredados, hacemos el propósito de ser otra vez más solícitos y diligentes, al darnos cuenta, avergonzados de nosotros mismos, de las proporciones que había alcanzado nuestra negligencia.

Esta negligencia se desparrama y lo empapa todo, de manera que su contagio no sólo infecta la voluntad, haciéndole aborrecer todo trabajo, sino que hasta ciega el entendimiento, para que no vea lo vanos y precarios que son los propósitos de ejecutar en el futuro, con presteza y diligencia, lo que debería hacerse ahora mismo y que voluntariamente se deja para después o se abandona totalmente. Y no basta realizar con prontitud lo que se debe hacer, sino que es preciso hacerlo en el tiempo que exige la calidad y la naturaleza de la obra, y con toda la diligencia necesaria para que resulte perfecta. En efecto, no es diligencia, sino finísima pereza, hacer las cosas antes de su tiempo y concluir las precipitadamente y sin hacerlas bien, para poder entregarnos después holgadamente a un perezoso descanso, que era la meta de nuestro pensamiento cuando con tanta prisa realizábamos la acción.

Sucede ese gran mal por no considerar el valor de la obra buena realizada a su tiempo y con el ánimo decidido a hacer frente al cansancio y a la dificultad, que

suelen ser la piedra de toque que la pereza presenta a los principiantes.

Considera y reflexiona que una sola elevación de la mente a Dios y una sola genuflexión hecha en su honor, vale más que todos los tesoros del mundo. Y que siempre que nos hacemos violencia a nosotros mismos y a las malas inclinaciones, los ángeles traen desde el cielo a nuestra alma una corona de gloriosa victoria. Y piensa que, al contrario, Dios quita poco a poco a los negligentes las gracias concedidas y las aumenta a los diligentes hasta hacerlos entrar en su propio gozo. Si en los comienzos no eres suficientemente fuerte como para ir generosamente al encuentro del desaliento y las dificultades, lo que debes hacer es ocultártelas a ti mismo de suerte que te parezcan menores de lo que suelen figurarse los perezosos.

Supongamos que, para alcanzar una virtud, tu ejercicio requiere muchos y repetidos actos y un duro esfuerzo, y que los enemigos que has de vencer te parecen muchos y fuertes. Comienza, no obstante, a realizar actos, casi como si tuvieras poco que hacer y como si tu esfuerzo hubiese de durar poco. Y ataca uno a uno a tus enemigos como si no quedaran otros, pero con la incommovible confianza de que, con la ayuda de Dios, eres más fuerte que todos ellos. Si lo haces así, la pereza empezará a ceder y te permitirá ir adquiriendo poco a poco la virtud contraria.

Lo mismo te digo de la oración. Si tu ejercicio requiere una hora de oración y eso te parece mucho para tu pereza, comiéndala como si debieras mantenerte en ella sólo durante medio cuarto de hora; así pasarás fácilmente a otro y a otro más. Pero si en el segundo o tercero sintieras rechazo o dificultad muy grande, deja entonces el ejercicio y no te canses demasiado; al cabo de un rato podrás reemprender el ejercicio.

El mismo método seguirás para las obras exteriores, cuando se trate de hacer cosas que parezcan muy dificultosas para tu pereza y que turben tu paz. Empieza tranquilamente y con decisión por una de ellas, como si nada más tuvieras que hacer. Con esta diligencia llegarás a realizarlas todas con esfuerzo mucho menor que el que le parecía a tu pereza.

Si no lo haces así y no haces frente al esfuerzo y dificultad que se te oponen, el vicio de la pereza llegará a prevalecer de tal manera sobre ti, que el cansancio y la dificultad que al principio entraña siempre el ejercicio de las virtudes, te tendrá ansioso y desasosegado no sólo cuando estén presentes, sino incluso cuando estén ausentes, pues temerás constantemente verte atormentado y asaltado por los enemigos y sentir a alguno de ellos sobre tus hombros, imponiéndote cualquier capricho; de modo que, aun en medio de la tranquilidad,

vivirías en zozobra y angustia.

Y has de saber que este vicio de la pereza no sólo va pudriendo poco a poco, con su oculto veneno, las primeras raicillas que iban a producir los hábitos virtuosos, sino incluso las de las costumbres ya adquiridas. Lo mismo que la termita en la madera, ese vicio va royendo y desgastando insensiblemente el núcleo de la vida espiritual; y, sirviéndose de ello, el demonio tiende redes y trampas a todo el mundo, pero especialmente a los que se dedican a la vida espiritual.

Ponte en guardia, pues, con la oración y las buenas obras, y no esperes a tejer la tela de tu traje de boda para cuando ya deberías llevarlo puesto para salir al encuentro del esposo (Mt 25,6-10). Y recuerda diariamente que quien te da la mañana no te promete la tarde; y que si te da la tarde no te asegura la mañana. Aprovecha, por tanto, todos los momentos del día según el querer de Dios, como si no dispusieras ya de más tiempo, pues de cada uno de esos momentos habrás de rendir rigurosa cuenta.

Y termino recordándote que has de considerar perdido el día en que, aunque hayas realizado muchas obras, no hayas obtenido repetidas victorias contra las malas inclinaciones y contra tu propia voluntad, y no hayas dado gracias a tu Señor por sus favores, y especialmente por su dolorosa pasión sufrida por ti, y por el suave y paternal castigo que te concede al hacerte digno del inestimable tesoro de alguna tribulación.

CAPÍTULO 21

Manera de gobernar los sentidos exteriores y cómo servirse de ellos para pasar a la contemplación de las cosas de Dios

Para gobernar bien y hacer buen uso de los sentidos exteriores es necesaria una continua atención y un prolongado ejercicio, pues el apetito, que es una especie de capitán de nuestra naturaleza corrompida, está excesivamente inclinado a buscar placeres y consolaciones. Y, al no poder lograrlos por sí mismo, se sirve de los sentidos como si fueran sus soldados e instrumentos naturales, a fin de apropiarse de sus objetos, cuyas imágenes imprime en el alma para atraerlas hacia sí. De esa fuente nace el placer que, dada la afinidad existente entre el alma y la carne, se derrama luego por toda la gama de sentimientos capaces de tal deleite. De donde se sigue que, tanto el alma como el cuerpo, sufren un común contagio que llega a corromperlo todo.

Ya has visto el mal; aquí tienes el remedio. Cuida muy bien de no dejar a tus sentimientos ir sueltos a donde quieran ellos, y no te sirvas nunca de ellos, si lo que te mueve a hacerlo es el placer y no un buen fin, o la utilidad o la necesidad. Y si en un descuido tuyo ellos hubieran llegado demasiado lejos, oblígales a retroceder y gobiérnalos de manera que, donde antes eran tristemente esclavos de vanas consolaciones, aprendan a sacar provecho de cada uno de sus objetos en bien del alma. Esta, recogida en sí misma, podrá desplegar hacia el cielo, hasta la contemplación de Dios, las alas de sus potencias.

Eso podrás hacerlo de la siguiente manera: Cuando a cualquiera de tus sentidos exteriores se presente algún objeto, separa con tu pensamiento de la cosa creada el espíritu que hay en ella, y piensa que por sí misma no tiene nada de lo que captan tus sentidos, sino que todo es obra de Dios, que con su espíritu y de forma invisible le confiere ese ser, esa bondad o esa belleza y cualquier otro bien que en ella se encuentre. Y alégrate de que sólo tu Señor sea causa y principio de tantas y tan diversas perfecciones de las cosas, y de que en sí mismo las posea todas eminentemente, no siendo ellas más que un pequeño reflejo de sus perfecciones.

Y si te sorprendes entretenido en la contemplación de cosas nobles, intenta reducir con tu pensamiento esa criatura a la nada que ella es, y fija la mirada de tu mente en el supremo Creador que está alentando en ella y que le ha dado un

ser tan bello. Y deleitándote en él solo, dirás: «¡Oh ser de Dios, deseable sobre todas las cosas! ¡qué alegría que seas tú solo el infinito principio de todo ser creado!». Y si ves árboles, hierbecillas o cosas semejantes, entiende que la vida que tienen no la tienen por sí mismas, sino por el espíritu que no ves y que es el único que las llena de vida. Y puedes decir: «Esta es la verdadera vida en la que, por la que y para que la viven y crecen todas las cosas, ¡qué raudal de alegría inunda mi corazón!». Y lo mismo, de la contemplación de los animales, te elevarás con la mente a Dios, que les da sentido y movimiento, diciendo: «Oh motor primero que, moviéndolo todo, en ti mismo eres inmóvil, ¡cómo me alegran tu estabilidad y tu firmeza!».

Y si la belleza de las criaturas te seduce, separa lo que ves del espíritu que no ves, y considera que todo lo que de hermoso se irradia fuera proviene del espíritu invisible, causa de la belleza exterior, y di lleno de gozo: «Estos son riachuelos de la fuente eterna; estas son gotitas del mar infinito de todo bien, ¡qué gozo al pensar en la eterna e inmensa belleza que es origen y causa de toda belleza creada!».

Y cuando descubras en otros bondad, sabiduría, justicia u otras virtudes, después de haber hecho la separación que te he enseñado, dirás a Dios: «¡Oh inagotable tesoro de virtudes! Cuánto me alegro de que sólo de ti y por ti provenga todo bien, y que, frente a tus divinas perfecciones, todo sea como nada! Gracias, Señor, por este y por todos los bienes concedidos a mi prójimo. Acuérdate, Señor, de mi pobreza y de la gran necesidad que tengo de la virtud de la N».

Cuando te dispongas a hacer alguna obra, piensa que es Dios la causa primera de aquella acción y que tú no eres más que un instrumento vivo en su mano; y, elevando a él tu pensamiento, dirás: «Supremo Señor de todo, ¡qué alegría siento en mí al no poder hacer nada sin ti (Jn 15,5); y me siento feliz de que seas tú el primer y principal autor de todas las cosas!».

Cuando estés gozando de una comida o bebida, considera que es Dios quien les da su sabor y, deleitándote sólo en él, di: «Alégrate, alma mía: pues como fuera de tu Dios no hay alegría verdadera, sólo en él puedes deleitarte al deleitarte en las cosas (Flp 4,4)».

Y si te complaces al oler algo agradable al olfato, no te quedes en ese gusto y piensa en el Señor, en quien ese perfume tiene origen, y di, sintiéndote profundamente confortado: «Haz, Señor, que así como me alegro de que toda suavidad proceda de ti, así mi alma, desnuda y despojada de todo placer terreno, vuele hasta ti y sea para ti agradable perfume».

Y si oyes una armonía de sonidos y cantos, eleva la mente a Dios y dile: «Señor y Dios mío, ¡qué delicia que tus infinitas perfecciones no sólo derramen juntas en ti mismo una celestial armonía, sino que, junto con los ángeles, con los cielos y con todas las criaturas, desplieguen un maravilloso concierto!».

CAPÍTULO 22

Estas mismas cosas sirven para gobernar nuestros sentidos pasando a la meditación de la Palabra encarnada, en los misterios de su vida y de su pasión

Ya te he enseñado antes cómo, de las cosas sensibles, podemos elevar la mente a la contemplación de las cosas de Dios. Quiero enseñarte ahora el modo de aprovecharte de ellas para meditar en la Palabra encarnada, considerando los sagrados misterios de su vida y de su pasión.

Pueden servir a ese fin todas las cosas del universo si, como te decía, consideras en ellas a Dios como causa única y primera, que les ha dado todo su ser, toda esa belleza y esa grandeza que poseen. De ahí has de pasar a considerar cuán grande e inmensa es su bondad: siendo él el único principio y Señor de todo lo creado, ha querido rebajarse tanto, que se ha hecho hombre, ha padecido y muerto por el hombre, y ha permitido que los mismos hombres se armaran contra él para crucificarlo.

Y es que son muchas las cosas que ponen ante los ojos de nuestra mente estos santos misterios: armas, cuerdas, azotes, columnas, espinas, cañas, clavos, martillos y otras que fueron instrumentos de su pasión.

Una habitación pobre nos recordará el establo y el pesebre del Señor. La lluvia nos evocará aquel goteo de sangre divina que, en el huerto, regó la tierra rezumando de su santísimo cuerpo. Las piedras que encontremos nos recordarán las que en el momento de su muerte se resquebrajaron. La tierra nos hará sentir la sacudida que experimentó aquel día, y el sol, las tinieblas que lo oscurecieron (Mt 27,51; Mc 15,38; Lc 23,44); y al ver las aguas, recordaremos la que brotó de su costado (Jn 19,34). Y así de tantas otras cosas semejantes.

Al probar el vino u otra bebida, recuerda el vinagre y la hiel que dieron a tu Señor (Jn 19,29). Y si te deleita la suavidad de los olores, piensa en el hedor de los cuerpos muertos que él sintió en el Calvario. Al vestirte, recuerda que la Palabra eterna se revistió de carne humana para revestirte a ti de su divinidad; al desnudarte, piensa en Cristo, desnudo para ser azotado y clavado en la cruz por ti; al oír voces y gritos de gente, recuerda aquellas abominables voces: «Quita, quita; crucifícalo, crucifícalo» (Jn 19,6), que estremecieron sus oídos. Y cada vez que oigas sonar el reloj, acuérdate de aquel angustioso palpitar del corazón

que debió sentir Jesús, cuando en el huerto empezó a sentir terror ante la pasión y muerte que se avecinaba; o piensa que oyes los secos golpes con que lo clavaron en la cruz.

En toda ocasión en que se te presenten tristeza y sufrimientos propios o ajenos, recuerda que no son nada comparados con las indecibles angustias que traspasaron y atormentaron el cuerpo y el alma de tu Señor.

CAPÍTULO 23

Otros modos para gobernar nuestros sentidos, según las diferentes ocasiones que se presenten

Acabamos de ver cómo se eleva el entendimiento de las cosas sensibles hasta las cosas de Dios y los misterios de la Palabra encarnada. Añadiré ahora otros modos para recabar diversos temas de meditación, para que, siendo variados los gustos de las almas, tengan también muchos y diferentes manjares. Esto puede ser de provecho, no sólo para las personas sencillas, sino también para las más perspicaces y las que andan más adelantadas en la vida espiritual, pues no en todos está el espíritu igualmente dispuesto y a punto para las más altas especulaciones.

No tengas miedo de enredarte en tanta variedad de cosas, con tal que te ajustes a la regla de la discreción y al consejo ajeno, que debes seguir con humildad y confianza no sólo en esta, sino en todas las advertencias que voy a darte.

Al contemplar la infinidad de cosas agradables a la vista y preciosas que hay en la tierra, considéralas viles y despreciables comparadas con las riquezas celestiales. Aspira ardientemente a ellas, despreciando el mundo. Mirando al sol, piensa que más brillante y hermosa es tu alma, si está en gracia de tu Creador; de lo contrario, considérala más oscura y abominable que las tinieblas del infierno. Alzando los ojos al cielo que te envuelve, penetra con los ojos del alma más arriba, en el cielo empíreo, y permanece con el pensamiento allí, en el lugar que tienes preparado, como morada eterna totalmente feliz, si vives honradamente en la tierra. Al escuchar los trinos de los pájaros u otros cantos, eleva la mente a los cantos del paraíso, donde resuena un interminable Aleluya, y pide al Señor que te haga digno de alabarlo para siempre junto con aquellos celestiales espíritus.

Cuando adviertas que le tomas gusto y deleite a la belleza de alguna criatura, concentra tu intelecto en la idea de que tras ella se esconde la serpiente infernal, siempre al acecho para matarte o por lo menos malherirte. Dirás entonces contra ella: «Estás ahí, maldita serpiente, traidoramente dispuesta a devorarme». Y dirigiéndote a Dios, dirás luego: «Bendito seas, Dios mío, que me has descubierto a mi enemigo y me has librado de sus rabiosas fauces». Y por las llagas del Crucifijo, huye inmediatamente de la seducción, fijando en ellas tu

mente y considerando lo que sufrió el Señor en su carne para librarte del pecado y hacerte odiosos los placeres de la carne. Todavía quiero ofrecerte otro modo de escapar a esa peligrosa seducción, y es que profundices en la idea de cómo será después de la muerte aquel objeto que tanto te gusta.

Al caminar, recuerda que cada paso que das te acerca a la muerte. Al ver volar los pájaros y correr el agua, piensa que con más velocidad escapa tu vida hacia su fin. Cuando ruge el vendaval o cuando relampaguea y truena, imagínate el tremendo día del juicio y, de rodillas, adora a Dios rogándole que te conceda gracia y tiempo suficiente para prepararte a comparecer aquel día ante él.

En el sinfín de cosas que pueden sucederle a una persona, ejercítate así: por ejemplo, cuando te sientes oprimido por algún dolor o melancolía, o sufres calor o frío, o cualquier otra cosa, eleva tu mente hasta la voluntad de Dios que, por tu bien, ha querido que en tal tiempo y en tal medida experimentes ese disgusto. Y así, contento por el amor que Dios te muestra y por la oportunidad de servirle en lo que más le agrada, dirás en tu corazón: «Se está cumpliendo en mi la voluntad de Dios, que, desde toda la eternidad, ha dispuesto con amor que yo soporte ahora este contratiempo. Que por ello sea siempre alabado mi bondadoso Señor». Y si aflora en tu mente el pensamiento de algo bueno, dirígete a Dios enseguida, reconoce que viene de él y dale gracias por ello.

Cuando lees, haz como si vieras al Señor bajo esas palabras y recíbelas como si vinieran de su propia boca. Si contemplas la santa cruz, piensa que es el estandarte de tu ejército: si lo pierdes de vista, caerás en manos de tus más crueles enemigos; si lo sigues, llegarás al cielo con el más glorioso botín.

Al ver la querida imagen de la Virgen María, levanta el corazón a la Reina del cielo, dale gracias por haber estado siempre abierta a la voluntad de tu Dios, por haber engendrado, amamantado y alimentado al Redentor del mundo, y porque en nuestro combate espiritual no nos deja nunca sin su favor y su ayuda.

Las imágenes de los santos deben representarte a todos esos campeones que, luchando valerosamente, te han abierto el camino. Avanzando por ese camino, también tú serás coronado de gloria eterna con ellos. Y si ves alguna iglesia puedes pensar, entre otras consideraciones devotas, que tu alma es templo de Dios y que, siendo su casa, has de mantenerla limpia y brillante.

En cualquiera de los triples toque del Ángelus (Lc 1,28), puedes hacer estas breves consideraciones, a tono con las palabras que suelen decirse antes de cada una de esas deliciosas invocaciones. Al primer toque, da gracias a Dios por la embajada que del cielo nos mandó a la tierra y que fue el principio de nuestra salvación. Al segundo toque, alégrate con la Virgen María por su grandeza, a la

que fue elevada por su singular y profundísima humildad. Al tercer toque, adora, junto con la bienaventurada Madre y el ángel Gabriel, al divino Niño acabado de concebir. No te olvides de inclinar suavemente la cabeza a cada toque, y un poco más profundamente al último.

Estas consideraciones, distribuidas según los tres toques, sirven para todos los tiempos.

Las siguientes están pensadas para la tarde, la mañana y el mediodía y se refieren a la pasión del Señor, pues es nuestro deber recordar a menudo los padecimientos que sostuvo nuestra Señora a causa de la pasión. Seríamos ingratos, si no lo hiciéramos.

Al atardecer, evoca las angustias de la Virgen pura ante el sudor de sangre, el apresamiento en el huerto y los dolores ocultos de su bendito Hijo durante toda aquella noche. Al amanecer, acompaña con tu sentimiento en sus aflicciones por la presentación de Jesús a Pilatos y a Herodes, por la sentencia de muerte y por haber tenido que llevar la cruz a cuestas. Al mediodía, pon tu pensamiento en la espada de dolor que atravesó el corazón de su desconsolada Madre por la crucifixión y muerte del Señor y por la cruel lanzada en su costado.

Puedes hacer estas meditaciones de los dolores de la Virgen desde la tarde del jueves hasta el mediodía del sábado, y las otras en los otros días. Dependerá de tu particular devoción y de las oportunidades que te ofrezcan las circunstancias exteriores.

Para resumirte, en fin, la manera con que has de gobernar tus sentidos te digo: estate despierto, para que, en toda cosa y en todo acontecimiento, te veas movido y atraído no por el amor o el rechazo hacia ellos, sino únicamente por la voluntad de Dios, abrazando o aborreciendo solamente los que Dios quiere que abrasces o aborrezcas.

Advierte bien que no te he propuesto esos modos de gobernar los sentidos para que te ocupes y te preocupes por ellos, pues lo importante es que estés casi siempre con la mente recogida con tu Señor, que quiere que, con frecuentes actos, te dediques a vencer a tus enemigos y las pasiones viciosas, resistiéndote a ellos, o haciendo actos de las virtudes contrarias. Te los he enseñado para que sepas gobernarte cuando te haga falta. Pues debes saber que se consigue poco resultado cuando se multiplican los ejercicios que, aunque muy buenos en sí mismos, no sirven a menudo sino para confusión mental, amor propio, inestabilidad y engaño del demonio.

CAPÍTULO 24

Modo de gobernar la lengua

La lengua ha de ser gobernada y mantenida a brida sin tregua (Sant 1,26), ya que todos estamos fuertemente inclinados a dejarla correr y discurrir sobre lo que más deleita a nuestros sentidos. El mucho hablar tiene generalmente su raíz en cierta soberbia, con la cual, convencidos de saber mucho y seguros de nuestras ideas, nos esforzamos una y otra vez para grabarlas en la mente de los demás, dándonoslas con ellos de maestros, como si tuvieran que aprender de nosotros.

No pueden decirse con pocas palabras los daños que acarrea la palabrería. La locuacidad es madre de la pereza, patente de ignorancia y de tontería, puerta de la detracción, proveedora de la mentira, entibiadora de la devoción y del fervor. El mucho hablar da fuerza a las pasiones viciosas, y luego la lengua se siente cada vez más incitada a continuar en su hablar indiscreto. No te alargues en prolijos razonamientos con quien te escucha a disgusto, a fin de no molestarlo; y haz lo mismo con quien se presta a escucharte, para no exceder los términos de la modestia.

Evita hablar con énfasis y a gritos: las dos cosas son odiosas e indicio de presunción y de vanidad. No hables nunca de ti mismo, ni de tus cosas, ni de los tuyos, si no es obligado por la necesidad; y hazlo entonces lo más breve y concisamente que puedas. Y cuando te parezca que alguien habla de si con excesiva prolijidad, no lo juzgues desfavorablemente, pero no le imites, aún cuando sus palabras tiendan a la humillación y autoacusación. Tampoco has de hablar demasiado del prójimo ni de sus cosas, si no es para elogiarlo cuando la ocasión lo requiera.

De Dios, en cambio, sí que has de hablar a gusto; especialmente de su bondad y de su amor. Pero habla con el temor de que hasta en esto puedes equivocarte, y prefiere escuchar con atención cuando otro habla sobre el tema, conservando sus palabras en lo hondo de tu corazón. De otros discursos deja que sólo el sonido de la voz repercuta en tus oídos, mientras elevas tu mente al Señor. Y cuando te veas obligado a escuchar al que te habla para poder responderle, no dejes de dirigir alguna ojeada mental al cielo, donde habita tu Dios, admirando su grandeza, que no desdeña de mirar tu pequeñez (Lc 1,48).

Examina bien las cosas que te dicta el corazón, antes que pasen a la lengua; porque descubrirás que muchas de ellas sería preferible que no hubieran salido de ti. Y te advierto, además, que muchas de las cosas que creas conveniente decir, sería mucho mejor dejarlas sepultadas en el silencio. Lo descubrirás, volviendo sobre ellas una vez pasada la ocasión de decirlas.

Has de saber que el silencio es una gran fortaleza en la batalla espiritual y una garantía segura de victoria. El silencio es amigo de quien desconfía de sí mismo y confía en Dios; es guardián de la auténtica oración y una magnífica ayuda para el ejercicio de las virtudes.

Para acostumbrarte a callar, has de considerar a menudo los daños y peligros de la locuacidad y las grandes ventajas del silencio. Tómale afición a esta gran virtud y, para acostumbrarte a ella, calla oportunamente aun cuando no sea malo hablar, con tal que no vaya en perjuicio tuyo o de otros. A ello te ayudará el mantenerte alejado de los corrillos, porque en vez de tener por compañeros a los hombres, tendrás a los ángeles, a los santos y al mismo Dios. Finalmente, haz constante memoria del combate que tienes entre manos: al darte cuenta de lo mucho que te falta por hacer en ese campo, perderás pronto las ganas de enredarte en palabrerías.

CAPÍTULO 25

Para combatir bien contra los enemigos, el soldado de Cristo debe huir, con todas sus fuerzas, de las turbaciones e inquietudes del corazón

Del mismo modo que cuando se pierde la paz del corazón, hay que hacer todo lo posible por recuperarla, debes saber igualmente que no puede suceder en el mundo nada que razonablemente nos la pueda quitar o turbar. Es verdad que debemos dolernos de nuestros pecados, pero ha de ser con un arrepentimiento lleno de paz, como te he dicho ya más de una vez. Y así, sin perder la serenidad, y con sentimientos de caridad, se tenga compasión de cualquier otro pecador y se lloren, al menos interiormente, sus culpas.

En cuanto a los otros acontecimientos graves y dolorosos, como enfermedades, heridas, muertes —aun de nuestros más queridos familiares—, pestes, guerras, incendios u otros males semejantes, que la gente del mundo rechaza ordinariamente como gravosos a la naturaleza, ayudados por la divina gracia, podemos nosotros no sólo desearlos, sino incluso agradecerlos como reparación por los malos y como ocasión de practicar la virtud para los buenos. Son estos los motivos por los que Dios nuestro Señor los permite, de forma que si fuésemos nosotros dóciles a su voluntad, pasaríamos serenos e imperturbables entre las amarguras y contrariedades de esta vida. Convéncete de que cualquier inquietud nuestra le desagrade, pues, cualquiera que sea su origen, va siempre acompañada de imperfección y procede siempre de alguna mala raíz del amor propio.

Por eso es bueno que tengas siempre apostada tu guardia, que, apenas descubra algo que pueda turbarte o hacerte perder la paz, llame tu atención, de forma que puedas echar mano de tus armas defensivas y consideres que todos esos males y muchos otros semejantes ni son en el fondo verdaderos males, ni pueden quitarnos los verdaderos bienes, aunque aparenten lo contrario.

Ten en cuenta que Dios lo ordena o permite todo para los fines que hemos dicho o para otros que no conocemos, pero que son, sin duda, muy santos y justos.

Manteniendo así el alma tranquila y en paz en cualquier acontecimiento, por adverso que sea, puede hacerse mucho bien; de lo contrario, cualquier ejercicio

resulta mermado o sin fruto alguno.

Hay que decir, además, que, mientras el corazón se encuentra desasosegado, queda expuesto a toda suerte de ataques de los enemigos; y, por otra parte, en tal situación, nosotros somos incapaces de distinguir bien el sendero recto y el camino seguro de las virtudes.

Nuestro enemigo, que detesta visceralmente esta paz, lugar donde habita el espíritu de Dios para obrar sus maravillas, se esfuerza a menudo por arrebatarla bajo banderas amigas, sirviéndose de diversos deseos aparentemente buenos. Mas el engaño puede descubrirse, entre otros indicios, por el hecho de que nos quita la paz del corazón. Si quieres evitar el desastre, cuando tu centinela te avise de la aparición de un nuevo deseo, no le abras la puerta del corazón sin antes presentarlo a Dios, libre de todo prejuicio y voluntad, confesando tu ceguera e ignorancia y pidiéndole con insistencia que te permita ver con su luz si proviene de él o del enemigo. Y recurre, siempre que puedas, al juicio de tu padre espiritual.

Aunque el deseo provenga de Dios, antes de llevarlo a cabo, procura mortificar tu excesiva vivacidad; tu obra, precedida de esa mortificación, le será ciertamente mucho más agradable que si la hubieras realizado con las prisas de tu instinto; a menudo, incluso, le agradará más la mortificación que la obra misma. Y así, ahuyentando de ti los deseos no buenos, y no realizando los buenos sin haber reprimido antes los estímulos naturales, mantendrás en paz y a resguardo la fortaleza de tu corazón. Y si quieres mantenerlo en una paz total, has de guardarlo y defenderlo incluso de ciertos reproches y remordimientos que te haces a ti mismo. A menudo son cosa del demonio, aunque, al acusarte de algún fallo, pueda parecer que vienen de Dios. Por sus frutos sabrás de dónde proceden. Si te humillan y te hacen diligente en la práctica del bien, y no te quitan la confianza en Dios, recíbelos con acción de gracias. Pero si te confunden y te hacen pusilánime, retraído, perezoso y lento en el bien, ten por cierto que provienen del enemigo. No les hagas caso y sigue adelante con tu ejercicio.

Pero como, además de todo lo que te llevo dicho, la inquietud de nuestro corazón nace más comúnmente de las contrariedades que nos suceden, para poder defenderte de sus asaltos has de hacer dos cosas.

- La primera consiste en ver y observar a quién son contrarios esos acontecimientos, si al espíritu o al amor propio y a los propios caprichos. Si son contrarios al capricho y al amor propio, tu capital y principal enemigo, no debes llamarlos «contrarios»; más bien debes considerarlos favores y ayudas de Dios, y

debes recibirlos con corazón alegre y con agradecimiento. Si son contrarios al espíritu, no por eso debes perder la paz del corazón, como veremos en el capítulo siguiente.

- La otra cosa consiste en elevar la mente a Dios, aceptándolo todo, a ojos cerrados y sin hurgar más en el tema, de la mano misericordiosa de la divina providencia, como algo lleno de bienes que tú, de momento no eres capaz de descubrir.

CAPÍTULO 26

Qué debemos hacer cuando estamos heridos

Cuando te sientas herido por haber caído en algún defecto por debilidad o incluso por tu voluntad y malicia, no te desanimes ni te inquietes por ello. Dirígete enseguida a Dios y dile: «Ya ves, Señor, que me he comportado como soy; de mí no se pueden esperar más que tropiezos». Dedicar después un poco de tiempo a humillarte a tus ojos, duélete de la ofensa hecha al Señor y, sin confundirte, muévete a desdén contra tus malas pasiones, especialmente contra la que fue causa de tu tropiezo. Y continúa luego: «No me hubiera parado yo aquí, Señor, si tú con tu bondad no me hubieras sostenido». Luego dale gracias y ámalo más que nunca, admirado de su bondad, ya que, aunque le has ofendido, te tiende su mano para que no caigas de nuevo.

Y con una confianza inmensa en su infinita misericordia, dile: «Actúa conmigo, Señor, según lo que tú eres; perdóname y no permitas que viva jamás separado o alejado de ti, ni que te ofenda nunca más». Hecho esto, no te detengas a pensar si Dios te ha perdonado o no; eso no es más que soberbia, desasosiego espiritual, pérdida de tiempo y engaño del demonio, bajo la apariencia de buenos pretextos. Abandónate, pues, a las compasivas manos de Dios y continúa tu ejercicio lo mismo que si no hubieras caído. Y si vuelves a caer varias veces a lo largo del día, y te sientes herido en el combate, haz lo que te he dicho, y con la misma confianza, la segunda vez, y la tercera, e incluso la última más que la primera; y despreciándote a ti mismo cada vez más y aborreciendo cada vez más el pecado, esfuérate por vivir con mayor prudencia.

Este ejercicio desagrada sobremanera al demonio, porque sabe bien cuánto gusta a Dios y que a él le desbarata sus planes, al verse derrotado por aquel a quien antes había vencido. Por eso, se vale de diversas trampas para que abandonemos el empeño, consiguiéndolo a veces por nuestro descuido y escasa vigilancia sobre nosotros mismos. Esta es la razón por la que, cuanto más dificultad encuentres, mayor empeño has de poner en repetir ese ejercicio una y otra vez, aunque se trate de una sola caída.

Y si después de la caída, te sientes inquieto, confuso y desconfiado, lo primero que debes hacer es recuperar al instante la paz, la tranquilidad del corazón y la confianza. Y con estas armas, eleva la mente al Señor, porque la

desazón que sigue al pecado no tiene como causa la ofensa de Dios, sino el daño sufrido.

El modo de recuperar esa paz consiste en olvidar de momento la caída, dedicándote a considerar la inefable bondad de Dios, que está dispuesto y desea perdonar, mucho más de cuanto podamos pensar, cualquier pecado, por grave que sea, llamando al pecador de mil maneras y por mil caminos para que recurra y se una a él, para santificarlo con su gracia en esta vida y hacerlo eternamente feliz con la gloria en la otra.

Y una vez que, con estas o semejantes consideraciones, hayas tranquilizado tu espíritu, regresa luego a tu caída, como te he dicho arriba. Y cuando llegue el momento de tu confesión sacramental —que te aconsejo practiques con frecuencia—, vuelve al examen de tus faltas, y con renovado dolor, con arrepentimiento por la ofensa de Dios, y con el propósito de no volver a ofenderlo, decláralas sinceramente a tu director espiritual.

CAPÍTULO 27

La treta que urde el demonio para atacar y engañar tanto a los que desean darse a la virtud como a los que son ya esclavos del pecado

Debes saber que lo que con más ansia desea el demonio es nuestra ruina. Y que, para lograrla, no usa con todos los mismos ardides.

Comenzaré, pues, describiéndote algunos de sus artificios, métodos y engaños, partiendo de diferentes estados y situaciones del hombre.

- Los hay que son esclavos del pecado y no tienen ninguna intención de librarse de él.

- Otros quisieran librarse, pero no dan nunca el primer paso.

- Otros se imaginan que andan por el camino de la virtud, y lo que hacen es alejarse de ella.

- Otros, en fin, después de haber alcanzado la virtud, caen en mayor ruina. Vamos a estudiarlos uno por uno.

CAPÍTULO 28

Engaños que usa el demonio con aquellos que tiene ya esclavos del pecado

Cuando el demonio tiene a alguien encadenado en la esclavitud del pecado, no deja de cegarlo cada vez más, alejándolo de todo pensamiento que pueda conducirlo a descubrir lo infeliz que es su vida.

Y no sólo lo aparta de los deseos e inspiraciones que lo llaman a la conversión con otros pensamientos contrarios, sino que, con frecuentes y solícitas ocasiones, lo hace caer en el mismo pecado u otros mayores. Y así, haciéndose más oscura y espesa su ceguera, acaba precipitándose y hundiéndose más en el pecado. De manera que, pasando de una ceguera a otra mayor y de una culpa a otra culpa mayor, su pobre vida discurre, si Dios no lo remedia con su gracia, en una especie de círculo vicioso hasta la muerte.

Y para tanto mal, no creo que haya más remedio que el que se halla en tan triste estado se apresure a abrirse al pensamiento y a las inspiraciones que lo llaman de las tinieblas a la luz, e invoque con todo el corazón a su Creador: «Ayúdame, ayúdame pronto, Señor, y no dejes que permanezca más en esta noche de pecado», y repita una y otra vez su grito con esas o semejantes palabras.

Tan pronto como pueda, debe acudir a su director espiritual a pedirle ayuda y consejo para librarse del enemigo. Si no puede acudir enseguida, recurra sin demora al Crucifijo, arrojándose a sus pies con el rostro en tierra, y recurra también a la Virgen María, implorando su misericordia y su ayuda. Precisamente en esa solicitud está la victoria, como verás en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO 29

Arte y engaños con los que el demonio enreda a los que, conociendo su mal, quieren librarse de él. Y por qué tan a menudo nuestros propósitos no logran su efecto

Los que ya son conscientes de la vida depravada que llevan y desean cambiarla, son engañados y vencidos a menudo por el demonio con tretas como esta: «Luego, luego; mañana, mañana (cras, cras, como dice el cuervo). Antes voy a resolver este asunto, a liberarme de estas banalidades, y después me entregaré con más calma a la vida espiritual».

Son muchos los que han caído y caen todavía en esa trampa. La causa está en nuestra negligencia y descuido, que algo que toca la salvación del alma y el honor de Dios no es capaz de empuñar con prontitud esa arma tan poderosa: ¡ahora, ahora! ¿Por qué después? ¡hoy, hoy! ¿Por qué mañana? Diciéndose a sí mismo: «Aún cuando se me concediera el después y el mañana, ¿es acaso camino de salvación y de victoria ese querer recibir antes las heridas y provocar nuevos desórdenes?».

Ya ves que para escapar de este engaño, lo mismo que del presentado en el capítulo anterior, y para vencer al enemigo, el remedio consiste en la inmediata obediencia a las llamadas e inspiraciones divinas. Y hablo de prontitud y no de propósitos, porque a menudo estos quedan sin efecto y son muchos los que, por diversas razones, se han dejado engañar por tales propósitos.

- La primera razón, ya indicada, es que nuestros propósitos no se fundan en la desconfianza de nosotros mismos y en la confianza en Dios. Pero ni siquiera nos permite verlo así nuestra gran soberbia, que es la causante de tal engaño y ceguera. La luz para descubrirlos y la ayuda para curarlos provienen de la bondad de Dios, quien permite que caigamos y, a través de la caída, nos llama a pasar de la confianza en nosotros mismos a la confianza exclusiva en él, y de nuestra soberbia al conocimiento de nosotros mismos. Por eso, si quieres que tus propósitos sean eficaces, es preciso que sean fuertes; y serán fuertes cuando no les quede nada de confianza en nosotros mismos y se apoyen todos humildemente en la confianza de Dios.

- Otra razón es que, cuando nos decidimos a formular propósitos nuevos, solemos fijarnos en la belleza y en el valor de la virtud que atrae nuestra

voluntad, por débil y frágil que sea; pero apenas se le pone delante esa dificultad que es indispensable para la adquisición de la virtud, cede y se echa atrás como débil e inexperta que es. Así que debes tratar de aficionarte a las dificultades que comporta la adquisición de las virtudes mucho más que a las virtudes mismas. Y si de verdad deseas alcanzar la virtud, alimenta siempre tu voluntad con esas dificultades, sean muchas o sean pocas. Y ten por seguro que cuanto más generosamente abracés y estimes esas dificultades, tanto más pronto y más profundamente te vencerás a ti mismo y a tus enemigos.

- La tercera razón es que nuestros propósitos muchas veces no tienden ni a la virtud ni a la voluntad de Dios, sino a nuestro propio interés. Y eso sucede con los propósitos que de ordinario se hacen en momentos de espiritual deleite, o en las tribulaciones que nos agobian y oprimen y para las que no encontramos alivio mejor que el propósito de entregarnos enteramente a Dios y a los ejercicios de virtud.

Para no tropezar en esa piedra, cuando experimentes deleite espiritual sé cauto y humilde en tus propósitos, especialmente en promesas y votos; y cuando te veas probado por la tribulación, orienta tus propósitos a soportar con paciencia la cruz que Dios te envía y a «exaltarla» rehusando cualquier alivio de la tierra y, si es preciso, incluso del cielo. No tengas más que un ruego y un deseo: que Dios te ayude a soportar cualquier adversidad sin menoscabo de la virtud de la paciencia y sin desagradar a tu Señor.

CAPÍTULO 30

El engaño de algunos que creen caminar hacia la perfección

Vencido el enemigo en el primero y segundo asalto y engaño, de que hablábamos arriba, recurre el maligno al tercero. Este consiste en lograr que, olvidándonos de los enemigos que en ese momento nos combaten y hostigan, nos apliquemos a deseos y propósitos de altos grados de perfección. La consecuencia es que recibamos continuas heridas y no cuidemos de aplicarles remedio, convencidos de que esos propósitos son ya logros de los que podemos enorgullecernos. Y así, mientras somos incapaces de soportar cualquier pequeñez o insinuación en contra, gastamos el tiempo en largas reflexiones, haciendo propósitos de sufrir los mayores tormentos y hasta las mismas penas del purgatorio, por amor de Dios. Y como la parte inferior no siente repugnancia en ello, por ser algo muy lejano, llegamos a creer, desgraciados, que hemos alcanzado la altura quienes sufren con paciencia cosas realmente grandes.

Para soslayar ese engaño, aplícate a luchar con los enemigos que de cerca y con tesón te hacen la guerra; así podrás ver con claridad si tus propósitos son verdaderos o falsos, firmes o débiles, y caminarás hacia la virtud y la perfección por el camino real, que tantos otros han seguido.

Pero te aconsejo que no emprendas la batalla contra los enemigos que ordinariamente no te molestan, más que cuando preveas que pueden asaltarte de un momento a otro; ahí sí que podrás adelantar algunos propósitos a fin de encontrarte prevenido y fuerte cuando llegue la ocasión.

Lo que nunca has de hacer es juzgar tus propósitos por los resultados obtenidos, por más que durante algún tiempo te hayas ejercitado en las virtudes como es debido. En eso sé humilde y recela de ti y de tu debilidad; y, confiando en Dios, recurre a él con oración asidua, para que te dé fuerzas y te guarde de los peligros, sobre todo de la más mínima presunción y confianza en ti mismo.

En este caso, aunque no logremos vencer ciertos pequeños defectos, que muchas veces Dios nos deja para que, con humildad, nos conozcamos y conservemos lo bueno que tenemos, si podremos proponernos alcanzar un grado superior de perfección.

CAPÍTULO 31

El engaño y la guerra que nos hace el demonio para que dejemos el camino que lleva a la virtud

El cuarto artificio, ya antes aludido, y del que se sirve el demonio para asaltarnos cuando nos ve caminar rectamente hacia la virtud, consiste en diversos buenos deseos que excita en nosotros, para lograr que, del ejercicio de la virtud, caigamos en el vicio.

Supongamos que una persona enferma va soportando su enfermedad con el mejor talante. Lo que hará el astuto enemigo, que sabe muy bien que así ese enfermo puede alcanzar la virtud de la paciencia, será ponerle delante de los ojos las muchas obras buenas que podría llevar a cabo en una situación diversa; y hará lo posible por convencerlo de que, estando sano, serviría mejor a Dios y sería más útil a sí mismo y a los demás. Encendido en él ese deseo, se lo va acreciendo de tal manera, que llega a ponerlo en desasosiego por no poderlo realizar como quisiera. Y cuanto más crece y se afirma en él ese deseo, tanto más crece la desazón. Desazón que el enemigo aprovecha sagazmente para conducirlo poco a poco hasta la impaciencia y rebeldía contra la enfermedad, no por la enfermedad en sí misma, sino por ser un impedimento para esas obras que con tanto interés deseaba realizar buscando un bien mayor.

Una vez que la ha empujado hasta ese punto, le quita rápidamente del pensamiento la intención del servicio de Dios y de las buenas obras y le deja, mondo y lirondo, el deseo real de librarse de su enfermedad. Al ver que eso no sucede, se turba de tal manera que llega a perder totalmente la paciencia. Y así, sin darse cuenta, viene a caer de la virtud en que se ejercitaba en el vicio contrario.

La manera de guardarte y de oponerte a tal engaño es que, cuando te encuentres en estado de sufrimiento, tengas mucho cuidado para no dar lugar a deseos de bien que, no pudiendo llevarlos a cabo en ese momento, probablemente te llegarán a inquietar. Será bueno que, con humildad, paciencia y resignación, te convenzas de que tus deseos no tendrían el efecto que te imaginabas, pues eres más frágil e inestable de lo que te crees. Y puedes pensar también que Dios, en sus ocultos designios, y a causa de tus defectos, no desea que realices ese bien, sino que te rebajes y humilles pacientemente bajo su dulce

y poderosa mano (1Pe 5,6).

Igualmente, si alguna vez tu director espiritual o alguna otra causa no te permiten hacer a tu gusto tus devociones, incluso, recibir la comunión, no te dejes abatir ni te turbes por el deseo de ellas. Despójate de toda propiedad y entrégate a la voluntad de tu Señor, diciéndote a ti mismo: «Si la divina Providencia no viera en mí ingratitudes y defectos, no me vería impedido ahora de recibir la eucaristía. Con ello el Señor me descubre mi indignidad: sea por siempre bendito y alabado. Yo confío sinceramente en tu bondad, Señor mío. Haz que, agradándote y complaciéndote en todo, tenga mi corazón abierto a tu voluntad, para que, entrando tú en él, lo llenes de consuelo y fortaleza contra los enemigos que pretenden alejarlo de ti. Que se cumpla todo lo que es agradable a tus ojos. Que tu voluntad sea ahora y por siempre mi alimento y mi sostén, Creador y Redentor mío. Sólo esta gracia te pido, Amor mío: que, limpia y libre de todo lo que no te agrada, mi alma se vea siempre adornada de virtudes y con ellas esté dispuesta para tu venida y para cuanto tú quieras disponer».

Si logras ser fiel a esos principios, no dudes que en cualquier deseo de bien que te veas imposibilitado de realizar, bien sea a causa de tu naturaleza o del demonio que quieren turbarte y alejarte del camino de la virtud, bien sea porque es Dios quien quiere probar tu entrega a su voluntad, tendrás siempre la mejor ocasión de agradar a tu Señor como él quiere. Precisamente en eso consiste la verdadera devoción y el servicio que Dios espera de nosotros.

Y a fin de que no pierdas jamás la paciencia en las pruebas, vengan de donde vengan, quiero advertirte que, si llegas a echar mano de los medios lícitos que los siervos de Dios suelen usar, no lo hagas con el deseo y la intención de verte libre de tus pruebas, sino sólo porque Dios quiere que se usen. Nosotros ni siquiera sabemos si él quiere que nos veamos libres recurriendo a ellos. De lo contrario, podrías caer en males peores: en la impaciencia, al ver que las cosas no suceden según tu deseo e intención, o bien en una paciencia muy defectuosa, poco agradable a Dios y de escaso mérito.

Finalmente, te advierto aquí de un sutil engaño de nuestro amor propio, capaz de disimular y hasta de defender, en ciertas ocasiones, nuestros defectos. Por ejemplo: un enfermo que se impacienta con su enfermedad, intentará justificar su impaciencia con la excusa del celo por un bien aparente. Dirá que su disgusto no es realmente impaciencia por la desazón de la enfermedad, sino razonable disgusto por ser él mismo el responsable de ella, o porque otros deban molestar se en su servicio, o por otras mil causas.

Es lo mismo que le pasa al ambicioso: se descompone al no conseguir la

dignidad que deseaba, pero no atribuye su turbación a su propia soberbia y vanidad, sino a otros motivos que, se sabe de sobra, en otras circunstancias le tienen sin cuidado. Lo mismo que el enfermo, a quien tanto le dolía que se preocuparan por él, no suele sufrir demasiado cuando aquellos mismos servidores se preocupan y sufren por la enfermedad de algún otro.

Es una señal evidente de que la raíz de sus lamentos no hay que buscarla ni en otras personas ni en otros motivos, sino únicamente en la repugnancia que sienten frente a todo lo que contraria sus deseos. Para no caer, pues, en ese u otros errores, procura soportar siempre con paciencia el sufrimiento o el dolor que sea, venga de donde venga, según te he dicho.

CAPÍTULO 32

Ultimo asalto y engaño con los que tienta el demonio para lograr que las virtudes adquiridas sean ocasión de ruina

La astuta y maligna serpiente no deja de tentarnos con sus engaños para lograr que incluso las virtudes que hemos adquirido se nos conviertan en ocasión de ruina, complaciéndonos en ellas y en nosotros mismos, ensalzándonos para caer después en el vicio de la soberbia y la vanagloria.

Para evitar ese escollo, procura luchar apoyándote en el terreno llano y seguro de la convicción profunda y verdadera de que no crees nada, no sabes nada, no puedes nada, ni tienes nada más que miserias y defectos, y no mereces más que la condenación eterna. Firme y afianzado en los términos de esa verdad, no dejes que te saque de ella, ni por un instante, ningún pensamiento o cosa que te suceda, teniendo por cierto que son tantos tus enemigos, que, de caer en sus manos, quedarías muerto o herido.

Y para ejercitarte bien a correr por ese campo del verdadero conocimiento de tu nulidad, sírvete de esta regla: siempre que te pongas a reflexionar sobre ti mismo o sobre tus obras, hazlo teniendo en cuenta lo que realmente te pertenece, y deja de lado lo que pertenece a Dios y a su gracia. Y luego, valórate a ti mismo tal como eres en lo que es realmente tuyo.

Si consideras el tiempo anterior a tu venida al mundo, verás que en todo aquel abismo de eternidad no eras sino una pura nada, y que nada has hecho ni podías hacer para llegar a ser algo. Y en el tiempo actual, en el que, por pura bondad de Dios, existes, si le dejas a él todo lo que le pertenece, es decir, el cuidado continuo con que momento a momento te mantiene y conserva, ¿qué otra cosa eres tú y todo lo tuyo, sino una pura nada? En efecto, si por una fracción de segundo él te dejara, en un instante volverías sin remedio a tu primera nada de la que su omnipotente mano te sacó. Está claro, pues, que en esta natural existencia, si te fijas en lo que de verdad te pertenece, no te quedan motivos para querer estimarte ni para pretender que otros te estimen.

Y si consideras el don de la gracia o la capacidad de hacer el bien, ¿qué acción buena o meritoria puede llevar a cabo tu naturaleza sin la ayuda de Dios? Y si diriges tu mirada a tus muchos errores pasados y a todo el mal que podrías haber hecho, si Dios no te hubiese tenido de su mano, te resultará fácil darte

cuenta de que tus maldades podrían haberse multiplicado hasta el infinito, hasta hacer de ti un verdadero diablo, al acumularse no sólo los días y los años, sino también los actos malos y los malos hábitos, ya que un vicio llama a otro vicio. Por eso, si no quieres ser estafador de la bondad de Dios, sino permanecer siempre con tu Señor, debes considerarte cada día peor.

Y ten en cuenta que esa apreciación que haces de ti mismo ha de ir acompañada de la justicia, pues de lo contrario te acarrearía grandes males. Porque, si en el conocimiento de tu maldad puedes superar a otro que en su ceguera es capaz de tenerse en alguna estima, tú perderás altura y te harás mucho peor que él en las obras de la voluntad, si pretendes ser tratado y estimado de los hombres y tenido por lo que tú sabes que no eres.

Si quieres, pues, que el conocimiento de tu maldad y de tu pequeñez mantenga lejos a tus enemigos y te haga agradable a Dios, procura no sólo despreciarte a ti mismo como indigno de todo bien y merecedor de todo mal, sino también ser despreciado por los demás, huyendo de los honores, gozándote en el vituperio y disponiéndote a hacer, cuando sea preciso, todo lo que los otros desprecian. Para mantenerte en esa práctica, aprende a no hacer caso del juicio ajeno. Pero ten cuidado de no hacer eso más que con el fin exclusivo de ejercitarte en la desconfianza de ti mismo, y nunca por presunción de espíritu o por una solapada soberbia que podría conducirte, bajo la capa de presuntos buenos propósitos, a hacer poco o ningún caso de la opinión ajena.

Y si te sucede que, gracias a algún favor que Dios te conceda, llegas a ser estimado y alabado como bueno por otros, recógete dentro de ti y no te apartes por nada de esa verdad y justicia, pero antes dirígete a Dios diciéndole con el corazón: «No permitas nunca, Señor, que yo me apropie de tu honra y de tus gracias. A ti la alabanza, el honor y la gloria; a mí la confusión (Didajé 8,19)». Y dirigiéndote después al que te alaba, di así interiormente: «¿cómo puede éste tenerme por bueno, cuando bueno es sólo mi Dios (Mc 10,18) y sus obras?».

Si te portas así, dando al Señor lo que es suyo, alejarás a tus enemigos y estarás dispuesto para recibir de Dios mayores dones y favores. Y si el recuerdo de tus buenas obras te pone en peligro de caer en la vanidad, insiste en verlas como cosa de Dios y no tuya, y, como si hablaras con ellas, di en tu interior: «Yo no sé ni cómo habéis aparecido ni cómo habéis empezado a existir en mi mente, dado que no está en mí vuestro origen, sino que es Dios quien, con su gracia, os ha creado, alimentado y conservado. A él solo quiero reconocerlo como Padre; y a él quiero rendirle todo mi agradecimiento y alabanza (2Mac 7,22-30)».

Y piensa una cosa: todas las obras que has realizado no sólo han respondido

de lejos a la luz y a la gracia que se te han dado para conocerlas y realizarlas, sino que, además, son todavía muy imperfectas y alejadas de aquella pura intención y del debido fervor y diligencia con que deberían haber estado acompañadas y realizadas. Si lo piensas bien, tienes más razones para avergonzarte que para complacerte vanamente en ellas. Por desgracia, es una verdad incuestionable: las gracias que recibimos de Dios puras y perfectas, se manchan con nuestras imperfecciones cuando las llevamos a cabo.

Compara, además, tus obras con las de los santos y otros siervos de Dios. La comparación te hará constatar con claridad que tus mejores y más grandes obras son de muy baja estofa y de muy escaso valor. Y si las comparas con las que Cristo realizó por ti en los misterios de su vida y de su continua cruz; y si, prescindiendo de la persona divina, las consideras en sí mismas, por la ternura y la pureza del amor con que fueron realizadas, descubrirás que todas tus obras no son más que una pobre nada. Y si elevas tu mente a la divinidad y a la inmensidad de tu Dios y al servicio que merece, verás bien claro que no es vanidad, sino gran temor lo que debes deducir de cualquier acción tuya. Así pues, desde todos los puntos de vista, por cualquiera de tus obras, por santa que sea, has de decir al Señor con todo el corazón: «Oh Dios, ten compasión de mí, que soy un pobre pecador» (Lc 18,13).

No seas fácil en publicar los dones recibidos de Dios eso suele desagradar al Señor, como él mismo demuestra en el siguiente suceso. Una vez él, tomando la apariencia de simple criatura, como si fuera un niño, se apareció a una persona devota que ingenuamente lo invitó a recitar el avemaría. Él comenzó sin titubear: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú crees entre todas las mujeres». Y aquí se detuvo, pues no quiso alabarse a sí mismo con las palabras que siguen. Mientras ella insistía en que continuara, él desapareció, dejando llena de consuelo espiritual a su sierva a la que acababa de enseñar con su ejemplo tan magnífica doctrina.

Aprende, pues, a humillarte convencido de que nada eres tú con todas tus obras: este es el fundamento de todas las demás virtudes. Antes de que existiéramos, Dios nos creó de la nada, y ahora que por él existimos, quiere apoyar todo el edificio espiritual en el conocimiento de nuestra pequeñez. Y cuanto más profundicemos en él, tanto más alto se levantará el edificio espiritual; y en la medida en que seamos capaces de cavar en la tierra de nuestras miserias, ahí colocará el divino arquitecto las más sólidas piedras que harán crecer el edificio. Y no creas que puedes humillarte tanto que pueda llegar a bastar; piensa más bien que si algo infinito pudiera darse en la criatura, sería tu ruindad. Con esa convicción bien arraigada, poseemos todo bien; sin ella, no

somos más que nada, aunque fuéramos capaces de realizar las obras de todos los santos y estuviéramos ocupados siempre en Dios.

¡Dichoso conocimiento que nos hace felices en la tierra y nos da la gloria del cielo! ¡Oh luz que brota de las tinieblas para dar brillo y claridad a las almas! ¡Oh gozo desconocido, que resplandeces en medio de nuestras inmundicias! ¡Oh nada, cuyo conocimiento, nos hace dueños de todo!

Jamás me hartaría de hablarte de esto: si quieres honrar a Dios, acúsate a ti mismo y anhela que todos te acusen. Si quieres glorificarlo a él en ti y ser tú glorificado en él, humíllate y sométete a todos. Si deseas encontrarlo, no te ensalces, porque él se alejará. Rebájate todo lo que puedas, y él vendrá a buscarte y abrazarte. Y cuanto más te envilezcas a tus ojos y desees ser humillado por todos y menospreciado, tanto más él te acogerá y te abrazará tiernamente con amor.

Considérate indigno de los dones que tu Dios, por ti humillado, te hace para unirse con él; no dejes de darle gracias con frecuencia, ni de estar agradecido a quien te ha dado la oportunidad; más aún, a quienes te han ultrajado o piensan que los soportas con disgusto y de mala gana. Aunque así fuera, no debes manifestarlo hacia fuera.

Pero si, a pesar de todas estas consideraciones, desgraciadamente reales, la astucia del demonio, nuestra ignorancia y las malas inclinaciones prevalecen en nosotros, de modo que los deseos de la propia exaltación no dejan de turbarnos y de hacer brecha en nuestro corazón, entonces debemos humillarnos ante nuestros propios ojos tanto más, cuando constatamos el escaso provecho que de la prueba hemos sacado para el camino del espíritu y para el verdadero conocimiento de nosotros mismos, pues somos incapaces de liberarnos de tales deseos, que tienen su raíz en nuestra vanidad y soberbia. Así, del veneno sacaremos miel, y salud de las heridas.

CAPÍTULO 33

Advertencias para vencer las pasiones desordenadas y adquirir nuevas virtudes

- *Primero*. Si quieres adquirir alguna virtud, no te aficiones a esas prácticas espirituales que, de manera superficial, tienen asignados los días de la semana, un día para una virtud y otro para otra.

El orden de batalla que debes seguir es, desde luego, el de combatir esas pasiones que siempre te han atormentado y todavía te asaltan y te atormentan con frecuencia; y trabajar para adquirir, en grado eminente, las virtudes contrarias. Alcanzando esas virtudes, podrás conseguir con prontitud y facilidad todas las demás, apenas se te presente la ocasión, que nunca falta, pues las virtudes están siempre unidas y relacionadas entre sí, de modo que quien posee una perfectamente, tiene todas las demás dispuestas a la puerta del corazón.

- *Segundo*. No te propongas nunca un plazo, ni de días, ni de semanas, ni de años, para adquirir una virtud; sino que, como si acabaras de nacer, o como novel soldado, lucha y tiende siempre hacia la cumbre de la perfección.

No te detengas ni un momento, pues detenerse en el camino de las virtudes y de la perfección no significa tomar aliento y recuperar energías, sino dar marcha atrás y quedar más flojo que antes.

Por detenerse, entiendo yo el creer que hemos llegado ya a la cumbre de la virtud y el tener poco en cuenta las ocasiones que nos llaman a nuevos actos de virtud, y las pequeñas faltas.

Por eso, sé solícito, fervoroso y atento para no perder ni la mínima oportunidad de ejercitar la virtud. Ama, pues, todas las ocasiones que inducen a ella, sobre todo las que entrañan dificultad; porque los esfuerzos realizados para vencerlas, establecen los hábitos con mayor rapidez y profundidad; y ama entrañablemente a quienes te las proporcionan.

- *Tercero*. Sé prudente y discreto en las virtudes que pueden causar daño a tu cuerpo, como son las disciplinas, los cilicios, los ayunos y las vigilias, las meditaciones y otras cosas semejantes; porque estas virtudes se han de adquirir poco a poco y gradualmente, como luego diremos.

En cuanto a las demás virtudes puramente interiores, como el amor a Dios, el

desprecio del mundo, la humillación ante los propios ojos, el odio a las pasiones desordenadas y al pecado, la paciencia y la mansedumbre, el amor a todos, incluso a quien te ofende, y otras semejantes, no es necesario ir adquiriéndolas poco a poco ni subir gradualmente hacia su perfección; pero esfuérate también por realizar todo acto del modo más perfecto posible.

- *Cuarto*. Dirige todos tus pensamientos, tus deseos y tu corazón a pensar, desear y anhelar solamente vencer esa pasión que combates y a adquirir su virtud contraria. Que esto sea para ti el mundo entero, el cielo y la tierra; que este sea todo tu tesoro, y sólo con el fin de agradar a Dios. Si comes y si ayunas, si te cansas o descansas, si velas o duermes, si estás en casa o fuera de casa, si te dedicas a la oración o a los trabajos manuales, todo debes orientarlo a superar y vencer esa pasión y a adquirir su virtud contraria.

- *Quinto*. Aborrece sin tregua los placeres terrenos y la comodidad, pues de lo contrario, al encontrarte con pocas fuerzas, te asaltarán todos los vicios que tienen como raíz el placer. Por eso, cortando esta raíz con el desprecio de uno mismo, aquellos llegan a perder su fuerza y valor.

Pues si por un lado quieres hacer la guerra a algún vicio y deleite determinado, y por otro buscas placeres terrenos, aunque no sean mortales, sino veniales, dura y áspera será la guerra y sumamente incierta y rara la victoria.

Por eso has de recordar siempre aquellas máximas divinas: «El que ama su vida la perderá; y el que odia su vida en este mundo la conservare para la vida eterna» (Jn 12,25). «Así, pues, hermanos, no somos deudores de los bajos instintos para tener que vivir de acuerdo con ellos. Porque si vivís según los bajos instintos, moriréis; pero si, conforme al Espíritu, dais muerte a las acciones carnales, viviréis» (Rom 8,12-13).

- *Sexto*. Por último, te advierto que sería bueno, y tal vez necesario, que hicieras antes una confesión general, con las debidas disposiciones, para tener mayor garantía de estar en la gracia de tu Señor, de quien se han de esperar todas las gracias y todas las victorias.

CAPÍTULO 34

Las virtudes se han de adquirir poco a poco y gradualmente, atendiendo primero a una y luego a otra

Aunque el verdadero soldado de Cristo, que aspira a la cumbre de la perfección, no deba nunca poner límite a su progreso, no obstante, algunos fervores espirituales deben moderarse con cierta discreción. Abrazados, especialmente al comienzo, con demasiado ardor, luego decaen y nos dejan a mitad de camino.

Por eso, además de lo que se ha dicho sobre la moderación con respecto a los ejercicios exteriores, conviene saber que también las virtudes interiores se han de adquirir poco a poco y por grados. Así, lo poco se conviene rápidamente en mucho y además duradero.

Por ejemplo, ordinariamente no debemos ejercitarnos en alegrarnos o en desear las contrariedades, si antes no hemos pasado por los grados más bajos de la virtud de la paciencia. Y tampoco te aconsejo que te dediques prioritariamente a todas las virtudes, ni a muchas a la vez, sino primero a una y luego a otra, pues así el hábito virtuoso echa raíces en el alma con mayor facilidad y firmeza. Porque con el ejercicio continuo de una sola virtud, la memoria acude a ella en toda ocasión y con mayor prontitud; el entendimiento se va haciendo cada vez más agudo en la búsqueda de nuevos modos y razones para conseguirla; y la voluntad se inclina hacia ella más fácilmente y con mayor afecto; lo que no sucedería si estuvieran ocupadas en muchas virtudes al mismo tiempo.

Además, los actos relacionados con una sola virtud, por la adecuación que existe entre ellos, llegan a resultar, con este ejercicio uniforme, menos fatigosos, ya que el uno llama y ayuda a su semejante, Y por esta semejanza se imprimen con más fuerza en nosotros, encontrando el corazón ya preparado y dispuesto a recibir los que se producen de nuevo, como antes dio lugar a los otros semejantes a ellos.

Estas razones tienen tanta mayor fuerza, cuanto más convencidos estemos de que quien se ejercita bien en una virtud, aprende también a ejercitarse en las otras; de modo que, con el crecimiento de una, todas crecen juntas, gracias al inseparable vínculo que existe entre ellas, como rayos que proceden de la misma luz divina.

CAPÍTULO 35

Medios para adquirir las virtudes. Cómo servirnos de ellos para aplicarnos a una sola virtud por un tiempo determinado

Para adquirir las virtudes, además de lo dicho anteriormente, se requiere un ánimo grande y generoso y una voluntad nada floja ni relajada, sino resuelta y firme, junto con la certeza de tener que pasar por muchas contrariedades y asperezas. Además, es necesario tener hacia las virtudes una inclinación y afecto especial, que se podrán conseguir considerando a menudo lo mucho que agradan a Dios, lo nobles y excelentes que son en sí mismas y lo útiles y necesarias para nosotros, ya que en ellas empieza y acaba toda perfección.

Cada mañana se han de hacer propósitos eficaces de ejercitarse en las virtudes, según los probables acontecimientos del día, durante el cual tendremos que examinarnos varias veces para ver si los hemos cumplido o no, renovándolos después con mayor intensidad. Esto vale especialmente para la virtud que, en ese momento, queremos practicar.

Asimismo, los ejemplos de los santos, las oraciones y las meditaciones sobre la vida y la pasión de Cristo, tan necesarios en todo ejercicio espiritual, todo ha de servir prioritariamente para esa misma virtud en la que entonces nos estemos ejercitando.

Esto mismo se ha de hacer en todas las ocasiones, aunque sean diversas entre sí, como diremos concretamente más adelante. Tratemos de acostumbrarnos a los actos de virtud, tanto interiores como exteriores, de modo que los hagamos con la misma prontitud y facilidad con que antes hacíamos los que eran conformes a los deseos naturales. Como dijimos en otro lugar, cuanto más se opongan a ellos, tanto más rápidamente introducirán en el alma el hábito de la virtud.

Las frases de la sagrada Escritura, pronunciadas con la boca, o al menos mentalmente, como se debe, tienen una fuerza maravillosa para ayudarnos en este ejercicio. Por eso, conviene disponer de un buen repertorio sobre la virtud que estamos practicando y repetirlas durante el día, especialmente cuando la pasión contraria se subleva. Por ejemplo: si estamos trabajando por adquirir la paciencia, podemos decir estas frases u otras semejantes: «Hijos, soportad con paciencia la ira que de parte de Dios os ha alcanzado» (Bar 4,25); «No se pierde por siempre la esperanza del mísero» (Sal 9,19); «Más vale un hombre paciente

que un héroe, más vale el que se domina a sí mismo que el que conquista ciudades» (Prov 16,32); «Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras vidas» (Le 21,19); «Debemos correr con perseverancia en la prueba que se nos propone» (Heb 12,1).

Con la misma finalidad, podemos decir también estas o parecidas oraciones breves:

«¿Cuándo, Dios mío, se armará con el escudo de la paciencia este corazón mío?

¿Cuándo, por dar gozo a mi Señor, soportaré con ánimo tranquilo toda aflicción?

¡Dichosas tribulaciones, que me hacen semejante a mi Señor Jesús, por mí torturado!

¿Viviré yo algún día, vida de mi alma, contento por tu gloria en medio de todas mis angustias?

¡Dichoso yo sí, en medio del fuego de las tribulaciones, ardo en deseos de sufrir otras mayores!».

Podemos servirnos de estas breves oraciones, o de otras adecuadas al progreso en la virtud y que la devoción irá dictando.

Estas breves oraciones se llaman jaculatorias, porque son como flechas y dardos que se lanzan hacia el cielo y tienen una gran fuerza para excitarnos a la virtud y para llegar hasta el corazón de Dios, con tal que vayan acompañadas de dos cosas, que son como dos alas. Una es el verdadero conocimiento del gozo que Dios experimenta por nuestra práctica de las virtudes. La otra es un verdadero y ardiente deseo de adquirirlas, con el solo fin de agradarle a él.

CAPÍTULO 36

En el ejercicio de la virtud se ha de caminar con solicitud continua

Una de las cosas más importantes y necesarias para adquirir las virtudes, además de las ya enseñadas, es que, para alcanzar el fin que nos hemos propuesto, hay que caminar siempre hacia adelante; de lo contrario, con sólo pararse, se retrocede. Porque cuando dejamos de realizar actos de virtud, por la violenta inclinación del apetito sensitivo y de las demás cosas que exteriormente nos provocan, se despiertan irremediablemente en nosotros muchas pasiones desordenadas. Estas pasiones destruyen o, al menos, disminuyen las virtudes y, además, nos privan de numerosas gracias y dones que habríamos podido obtener del Señor si hubiésemos puesto mayor empeño en avanzar.

Por eso, el camino espiritual es muy diferente del material, el que se hace cuando se camina por la tierra. En este caso, aunque uno se pare no pierde nada del camino ya andado, mientras que si se pierde en el camino espiritual. Además, la fatiga de quien hace el camino a pie aumenta con la continuación del movimiento corporal, mientras que en el camino del espíritu, cuanto más se anda, más fuerza y vigor se va adquiriendo.

Porque con el ejercicio de la virtud, la parte inferior, que con su resistencia hacía áspero y penoso el sendero, se debilita cada vez más; en cambio la parte superior, donde reside la virtud, se consolida y se fortalece más. Por eso, cuando se progresa en el bien, va disminuyendo la pena que se experimenta, mientras se va haciendo cada vez mayor una alegría interior que, por la acción divina, se mezcla con la misma pena.

De ese modo, caminando cada vez con más facilidad y alegría, de virtud en virtud, se llega finalmente a la cumbre del monte, donde el alma, ya perfecta, no sólo actúa sin disgusto, sino hasta con agrado y júbilo; porque, habiendo vencido y dominado ya las pasiones desordenadas y elevándose sobre toda la creación y sobre sí misma, vive felizmente en el corazón de Dios y allí descansa afanándose con serenidad.

CAPÍTULO 37

Al ser necesario el ejercicio continuo de las virtudes, no se debe huir de las ocasiones de adquirirlas

Hemos visto claramente que en el camino de la perfección nos conviene avanzar siempre, sin detenernos. Para ello, hay que estar vigilantes y muy atentos para no dejar escapar ninguna ocasión que se nos presente para adquirir las virtudes. Por eso, no actúan correctamente quienes se alejan cuanto pueden de las cosas contrarias que podrían servir a esta finalidad.

Para no salir del ejemplo acostumbrado: si deseas adquirir el hábito de la paciencia, no conviene que huyas de esas personas, acciones y pensamientos que te mueven a la impaciencia. Por eso no debes evitar el trato con nadie, aunque te resulte molesto; conviene que, al conversar y tratar con quien te resulta pesado, tengas la voluntad siempre dispuesta y a punto para tolerar cualquier cosa desagradable y molesta que te pueda suceder; si actúas diversamente, jamás llegarás a adquirir la virtud de la paciencia.

Igualmente, si una ocupación te causa fastidio por sí misma o por quien te la ha impuesto, o porque te impide hacer otra cosa más agradable, no dudes en emprenderla y continuarla, aunque por su causa te sientas inquieto y dejándola pudieras tranquilizarte. De otro modo, nunca aprenderás a sufrir y tu paz no será verdadera, al no proceder de un ánimo purificado de las pasiones y adornado de virtudes.

Lo mismo te digo de los pensamientos molestos, que a veces agitan y turban la mente: no debes alejarlos totalmente de ti, pues con el malestar que te producen, te ayudan al mismo tiempo a acostumbrarte a la tolerancia de las contrariedades. Y quien te diga lo contrario, te enseñará a huir del malestar que experimentas, más que a conseguir la virtud que deseas.

Es verdad que conviene, y con más razón al joven luchador, contemporizar e ingeniárselas con prudencia y destreza en esas ocasiones, unas veces afrontándolas, y otras rechazándolas, en la medida que se vaya adquiriendo virtud y fortaleza de espíritu. Pero jamás se debe volver totalmente las espaldas y abandonar el campo de batalla, dejando totalmente de lado toda ocasión de contrariedad; aunque de momento logremos librarnos del peligro de caer, en adelante estaremos más expuestos a los golpes de la impaciencia, por no

habernos armado y fortificado antes con el ejercicio de la virtud contraria.

Estas advertencias no sirven para el apetito carnal, del que ya hemos hablado detalladamente.

CAPÍTULO 38

Hay que aprovechar todas las ocasiones de combatir para adquirir las virtudes, especialmente las que implican mayor dificultad

No me conformo con que no huyas de las ocasiones que se te presentan para adquirir las virtudes; quiero que a veces las busques y siempre las abras inmediatamente y con alegría, como algo de gran valer y digno de aprecio; y quiero que aprecies y valores más las que son más desagradables para tu sensibilidad. Lograrás esto, con la ayuda divina, si grabas bien en tu mente las siguientes consideraciones.

- La primera es que las ocasiones son medios adecuados, y hasta necesarios, para adquirir las virtudes. Por eso, cuando pedimos al Señor las virtudes, pedimos, consiguientemente, también las ocasiones; pues de otra forma la oración sería vana y estaríamos contradiciéndonos a nosotros mismos y tentando a Dios, ya que él, ordinariamente, no acostumbra a dar la paciencia sin las tribulaciones, ni la humildad sin los desprecios.

Lo mismo sucede con las demás virtudes, que, sin duda, se consiguen a través de las contrariedades. Estas contrariedades nos son tanto más útiles, y por lo tanto más preciosas y gratas, cuanto más difíciles sean, pues cuanto más generosos y duros sean los esfuerzos que realizamos en esos casos, con mayor agilidad y prontitud nos abren el camino de la virtud. También hay que valorar y no dejar de ejercitar las ocasiones pequeñas, como una mirada o una palabra en contra de nuestra voluntad, ya que los actos que realizamos en esos casos, aunque menos intensos, son más frecuentes que los que ponemos por obra en las dificultades importantes.

- La segunda consideración, que ya hemos tocado antes, es que todas las cosas que nos suceden vienen de Dios para nuestro beneficio y provecho. Y aunque algunas de estas cosas, como son nuestras faltas o las ajenas, no se puede decir que vienen de Dios, que no quiere el pecado, en realidad vienen de Dios en cuanto que él las permite y, aun pudiendo hacerlo, no las impide. Todas las aflicciones y penas que nos suceden, por nuestras culpas o por la maldad de otros, vienen de Dios y son de Dios porque interviene en ellas. Y lo que él no querría que se hiciese por encerrar una deformación sumamente odiosa a sus ojos purísimos, quiere que lo suframos por ser ocasión de crecimiento en la

virtud y por otras causas justas que nosotros desconocemos.

Por eso, si estamos persuadidos de que el Señor quiere que soportemos gustosamente cualquier molestia, sea por nuestras malas acciones o por las de los demás, decir, como muchos dicen para excusar su propia impaciencia, que Dios no quiere y hasta aborrece las cosas defectuosas, no es más que cubrir la propia culpa con pretextos vanos y rechazar la cruz: pues lo que no podemos negar es que a él le agrada que la llevemos (cf Lc 9,23).

Por lo demás, creo que al Señor le agrada más que aceptemos esos sufrimientos que proceden de la maldad de los hombres, especialmente si antes han recibido de nosotros servicios y beneficios, que las contrariedades debidas a otras circunstancias difíciles. Y eso, porque ordinariamente la naturaleza soberbia se reprime más con aquellas que con estas, pero también porque, aceptándolas de buena gana, damos gusto y glorificamos plenamente a nuestro Dios, cooperando con él en una cosa en la que resplandece, en grado sumo, su inefable bondad y omnipotencia, y que consiste en sacar del pestilente veneno de la maldad y el pecado el fruto precioso y sabroso de la virtud y el bien.

Por eso, debes saber que, en cuanto el Señor nos ve deseosos y resueltos de veras a emplear todos nuestros esfuerzos como es debido para alcanzar una meta tan sublime, inmediatamente nos prepara el cáliz de las más fuertes tentaciones y de las ocasiones más duras, para que, en su momento, lo tomemos. Y nosotros, reconociendo en ello una muestra de su amor y una ocasión para nuestro propio bien, debemos recibirlo de buena gana, con los ojos cerrados, y beberlo totalmente, hasta la última gota, con firmeza y prontitud, ya que se trata de una medicina preparada por una mano que no puede equivocarse, con ingredientes tanto más útiles para el alma cuanto más amargos sean en sí mismos.

CAPÍTULO 39

Cómo practicar una misma virtud, aprovechando diversas ocasiones

Ya hemos visto cómo es más provechoso aplicarnos por algún tiempo a una sola virtud, que a muchas juntas; y que las ocasiones que se encuentran, aunque sean diversas entre sí, se han de ordenar en base a ella. Considera ahora cómo se puede conseguir esto con gran facilidad.

Puede suceder que en el mismo día, y hasta en la misma hora, nos repriman por una acción buena, o que alguien murmure contra nosotros; que nos nieguen con dureza algún favor que hayamos pedido o cualquier otra pequeña cosa; que piensen mal de nosotros sin razón; que nos sobrevenga algún dolor físico; que nos impongan alguna tarea pesada; que nos sirvan un plato mal sazonado o que nos sucedan otras cosas más importantes y difíciles de aceptar, de las que está llena esta miserable vida humana.

Aunque en todas estas ocasiones u otras parecidas puedas realizar diversos actos de virtud, ateniéndonos a la regla que te he mostrado, nos ejercitaremos con actos adecuados a la virtud sobre la que, en ese momento, estemos trabajando.

Por ejemplo, si cuando se presentan esas ocasiones nos estamos ejercitando en la paciencia, realizaremos actos que nos ayuden a soportarlas de buena gana y con ánimo alegre. Si nuestro ejercicio está centrado en la humildad, en todas esas contrariedades reconoceremos que somos dignos de todo mal. Si en la obediencia, nos someteremos con prontitud a la voluntad de Dios y, por agradarle a él, porque él así lo quiere, a las criaturas racionales, e incluso a las inanimadas, de las que nos llegan estas contrariedades. Si nos estamos ejercitando en la pobreza, nos alegraremos de vernos desposeídos y privados de todo consuetudo de este mundo, grande o pequeño. Si en la caridad, realizaremos actos de amor al prójimo, como instrumento del bien que podemos adquirir, y al Señor Dios, como causa primordial y amorosa, que envía o permite esos males para nuestro ejercicio y provecho espiritual.

Por lo que hemos dicho sobre los diversos acontecimientos que pueden ocurrir diariamente, se comprenden también cómo en ocasiones especiales de enfermedad o de alguna otra tribulación muy prolongadas podemos ir realizando

actos de la virtud que en ese momento estamos tratando de adquirir.

CAPÍTULO 40

Tiempo que debemos emplear en adquirir cada virtud. Signos de progreso

No me toca a mí determinar el tiempo que se ha de dedicar al ejercicio de cada virtud, ya que eso depende del estado y las necesidades de cada uno, del progreso que se va realizando en el camino del espíritu y del juicio de quien nos guía en ese camino. Pero sin duda, si de veras nos aplicamos de esa forma y con esa solicitud de que hemos hablado, en pocas semanas avanzaremos muchísimo.

Hay señal de progreso en la virtud, cuando en medio de la aridez, la oscuridad y las angustias, y en la privación de las consolaciones espirituales, se siguen realizando con firmeza los ejercicios de virtud.

También es un indicio claro la oposición que, al realizarlos, nos ofrece la sensualidad: en la medida que esta vaya perdiendo fuerzas, cabe pensar que se ha avanzado en la virtud. Por eso, el no encontrar oposición y rebeldía en la parte sensual e inferior, sobre todo en los asaltos repentinos e imprevistos, será señal de que ya hemos conseguido la virtud. Y cuanto más presteza y gozo espiritual acompañen nuestros actos, tanto más podremos pensar que hemos progresado en ese ejercicio.

Hay que advertir, sin embargo, que jamás debemos creer que podemos tener la certeza de ser poseedores de las virtudes ni de haber vencido totalmente alguna pasión, aunque, después de mucho tiempo y de muchas batallas, no sintamos ya sus estímulos, pues también aquí se puede insinuar la astuta acción del demonio y nuestra naturaleza inclinada al engaño. Por eso, a veces, debido a una soberbia encubierta, aparece como virtud lo que en realidad es vicio. Además, si tenemos en cuenta la perfección a la que Dios nos llama, aunque hayamos hecho mucho trecho en el camino de la virtud, tendremos que reconocer que ni siquiera hemos entrado en sus fronteras.

Por eso tú, como luchador novato, como un niño recién nacido para el combate, reemprende tus ejercicios constantemente, como desde el principio, casi como si nada hubieras hecho anteriormente.

Y recuerda que debes preocuparte más por avanzar en el camino de la virtud que por hacer un examen minucioso de tu progreso, ya que el Señor Dios, que es el único que conoce hasta el fondo nuestros corazones, a unos se lo da a conocer

y a otros no, según vea que tal conocimiento producirá humillación o soberbia; y, como Padre amoroso, a unos les evita el peligro y a los otros les ofrece la ocasión de crecer en la virtud. Por eso, aunque el alma no advierta su progreso, debe continuar con sus ejercicios, y lo verá cuando el Señor quiera dárselo a conocer, para mayor bien suyo.

CAPÍTULO 41

No debemos desear vernos libres de los afanes que sufrimos con paciencia. Modo de gobernar nuestros deseos

Cuando te encuentras en una situación, por difícil que sea, y la vives con paciencia, no te dejes persuadir por el demonio o por tu amor propio para desear librarte de ella, porque eso te acarrearía dos desafíos principales.

- El primero es que, aunque de momento este deseo no te quite la virtud de la paciencia, al menos te irá disponiendo poco a poco a la impaciencia.

- El segundo es que tu paciencia se vuelve defectuosa y merecerá la recompensa de Dios sólo por el tiempo que haya durado tu sufrimiento. Mientras que si no hubieras deseado la liberación, y te hubieras abandonado totalmente a su bondad, aunque efectivamente tu sufrimiento hubiera durado sólo una hora o incluso menos, el Señor lo habría aceptado como un servicio de muchísimo tiempo.

Toma, pues, como regla general, en esto y en todo, el mantener tus deseos tan lejos de cualquier otro objeto, que sólo te preocupe su verdadero y único fin, que es la voluntad de Dios. De ese modo serán justos y rectos y, ante cualquier contrariedad, estarás no sólo sereno, sino contento, puesto que, como nada sucede al margen de la voluntad de Dios, al querer esa voluntad, estarás dispuesto a querer y aceptar al mismo tiempo lo que desees y lo que sucede en cualquier circunstancia.

Esto, que no puede aplicarse a los pecados, propios o ajenos, porque Dios no los quiere, sucede con toda aflicción, ya proceda de los mismos pecados o de cualquier otro motivo, aunque sea tan violenta y penetrante que, llegando al fondo del corazón, arrancara casi las raíces de la vida natural; también esto forma parte de la cruz con que Dios se complace en favorecer, a veces, a sus amigos más íntimos y queridos.

Y esto que digo del sufrimiento en general, debes aplicarlo también a esos residuos que deja toda tribulación, y que el Señor desea que soportemos, después de haber empleado todos los medios lícitos para librarnos de ella. También estos se han de gobernar según el designio y la voluntad de Dios, ya que él los ha ordenado para que nos sirvamos de ellos, porque él así lo quiere, y no por egoísmo, ni para que queramos y deseemos la liberación de lo que nos molesta,

más que cuanto su servicio y su beneplácito requieren.

CAPÍTULO 42

Modo de oponerse al demonio, cuando intenta engañarnos con la indiscreción

Cuando el demonio astuto ve que avanzamos rectamente por el camino de la virtud, con vivos y bien ordenados deseos, al no poder arrastrarnos a su terreno con engaños evidentes, se transfigura en ángel de luz. Y con pensamientos amistosos, con frases de la Escritura y con ejemplos de santos, nos apremia importunamente a caminar de modo indiscreto hacia la cumbre de la perfección, para luego dejarnos caer en el precipicio.

Por ello nos incita a castigar duramente el cuerpo, con disciplinas, abstinencias, cilicios y otras mortificaciones semejantes, para que nos ensoberbecamos creyendo (sucede especialmente a las mujeres) que hacemos cosas grandes, o bien para que, sobreviniéndonos alguna enfermedad, seamos incapaces de cualquier obra buena. O también para que, por el excesivo cansancio y sufrimiento, lleguen a aburrirnos y hastiarnos las prácticas espirituales. De este modo, enfriándonos en el bien, nos abandonaremos poco a poco, con más avidez que antes, a las diversiones y placeres terrenos. Es lo que ha sucedido a muchos que, siguiendo con espíritu presuntuoso el ímpetu de un celo indiscreto, y sobrepasando con desproporcionados rigores exteriores la medida de su propia virtud, han perecido en sus inventos, convirtiéndose en motivo de burla para los malignos demonios. Habrían podido evitar todo eso considerando atentamente estas cosas y teniendo en cuenta que esta clase de mortificaciones, aunque útiles y provechosas cuando se dan adecuadas fuerzas físicas y humildad de espíritu, deben ser proporcionadas a la calidad y a la naturaleza de cada uno.

No todos pueden practicar la vida austera de algunos santos. Pero no faltan ocasiones para imitar su vida, por ejemplo, con ardientes y eficaces deseos y con oraciones fervorosas, aspirando a las más gloriosas coronas que merecen los auténticos combates por Jesucristo, despreciando el mundo entero e incluso a uno mismo; entregándose al silencio y a la soledad; siendo humilde y delicado con todos; sufriendo el mal y haciendo el bien incluso al mayor adversario y evitando toda culpa, aunque sea venial. Todo esto agrada a Dios más que las mortificaciones del cuerpo; en estas te aconsejo que seas más bien discretamente

moderado, para poder aumentarlas cuando sea oportuno, y no reducirte, por ciertos excesos, al punto de tener que abandonarlas.

En realidad, yo creo que tú estás lejos del peligro de caer en el error de algunos que pasan por espirituales y que, seducidos y engañados por la naturaleza, se preocupan en exceso por mantener su salud corporal. Y se muestran tan celosos y angustiados por ella, que por cualquier menudencia viven constantemente en la duda y el temor de perderla; y de nada piensan o hablan con tanto agrado como del régimen de vida que deben llevar en este aspecto. Y se preocupan continuamente por conseguir manjares más convenientes al gusto que al propio estómago, que a menudo se debilita por demasiadas delicadezas.

Y mientras se actúa así con el pretexto de poder servir mejor a Dios, en realidad lo que se hace es intentar poner de acuerdo, sin ninguna ventaja, e incluso con daño para el uno y para el otro, dos enemigos irreconciliables que son espíritu y cuerpo, ya que, con semejante solicitud, se priva a este de salud y a aquel de devoción. Por eso es más seguro y provechoso, bajo todos los aspectos, un modo de vivir libre, aunque unido a esa discreción de que he hablado, teniendo en cuenta las diversas condiciones y constituciones físicas, pues no todas pueden someterse a la misma regla.

Añado además que, como se ha demostrado antes, a propósito de la conquista gradual de las virtudes, hemos de proceder con cierta moderación, no sólo en las cosas exteriores, sino también en la adquisición de las virtudes interiores.

CAPÍTULO 43

Poder que tienen en nosotros nuestra mala inclinación y la instigación del demonio para inducirnos a juzgar temerariamente al prójimo. Modo de resistirse a ellos

El vicio de la propia estima y reputación produce otro más perjudicial que es el juicio temerario, con el que envilecemos, despreciamos y rebajamos a nuestro prójimo, como este defecto nace de la inclinación mala y de la soberbia, de ella recibe también con agrado estímulo y alimento, junto a él, también la soberbia va creciendo, complaciéndose y engañándose insensiblemente; y, sin darnos cuenta, mientras presumimos de ensalzarnos a nosotros mismos, rebajamos nuestro concepto de los demás, considerándonos lejos de esas imperfecciones que les atribuimos a ellos.

Cuando el astuto demonio descubre en nosotros esta pésima disposición de ánimo, está continuamente alerta para abrirnos los ojos y mantenernos atentos para descubrir, examinar y aumentar las faltas ajenas. Las personas superficiales no piensan ni imaginan lo que se esfuerza y se las ingenia para fijar en nuestra mente los pequeños defectos de este o de aquel, al no poder fijar otros más grandes.

Pero si él es tan solícito para daño tuyo, tú también debes estar despierto, para no caer en sus lazos; y, apenas te presente cualquier defecto de tu prójimo, aparta inmediatamente de él tu pensamiento. Si, además, te sientes impulsado a juzgar, no dejes que te arrastre a ello. Considera más bien que no te corresponde a ti esa facultad (cf Mt 7,1; Le 6,37; 1Cor 4,5); y aunque la tuvieras, serías incapaz de dar un juicio recto, al estar cercado por mil pasiones e inclinado, por desgracia, a pensar mal sin motivo.

Para remediar con eficacia todo esto, te recuerdo que has de tener el pensamiento ocupado en las miserias de tu corazón, porque te irás dando cuenta, cada vez más, de que tienes tanto que hacer y corregir en ti y por ti, que no te quedará tiempo ni ganas de fijarte en lo que hacen los otros. Además, dedicándote a este ejercicio de modo conveniente, purificarás cada vez más tu mirada interior de los malos humores, que son la causa de este pestilente vicio. Y ten en cuenta que cuando, por desgracia, piensas mal de tu hermano, es porque en ti existe alguna raíz de ese mismo mal, ya que, en la medida que el corazón

esté mal dispuesto, aceptará en sí mismo todo objeto parecido que le salga al encuentro.

Por eso, cuando te sientas movido a juzgar a los otros de algún defecto, indignado contra ti mismo como si fueras culpable de ese mismo defecto, debes decir interiormente: «Desdichado de mí: estando hundido en este defecto y en otros más graves, ¿cómo voy a tener la osadía de levantar la cabeza para ver y juzgar los de los demás?». Y así, las armas que, dirigidas contra los otros iban a herirte a ti, usadas contra ti mismo, curarán tus propias heridas.

Y si el error cometido es claro y patente, excúsalo con compasión y piensa que ese hermano seguramente tiene muchas virtudes ocultas. Para preservarlas, el Señor permite que caiga o tenga durante algún tiempo ese defecto, a fin de que se mantenga más humilde a sus propios ojos y para que, por el desprecio de los otros, obtenga frutos de humildad y sea más agradable a Dios. Así la ganancia será mayor que la pérdida.

Si el pecado no sólo es manifiesto, sino grave, y fruto de un corazón obstinado, recurre mentalmente a los tremendos juicios de Dios. Con esa luz, verás que hombres antes totalmente perversos alcanzaron después un alto grado de santidad; mientras que otros, desde el más sublime estado de perfección a que parecían haber llegado, cayeron en un miserable precipicio. Por eso, vive siempre teniendo más miedo de ti mismo (cf Flp 2,12) que de cualquier otra persona.

Y convéncete de que todo lo bueno que ves en tu prójimo y que te alegra, es fruto del Espíritu Santo; mientras que todo desprecio, juicio temerario y aspereza contra él, provienen de tu propia malicia y de la sugestión diabólica. Pero si alguna imperfección ajena hubiese dejado huella en ti, no te resignes jamás, ni des sueño a tus ojos, hasta que, en la medida de lo posible, te la quites del corazón.

CAPÍTULO 44

La oración

Si la desconfianza en nosotros mismos, la confianza en Dios y el ejercicio de este combate son tan necesarios como hasta aquí se ha mostrado, más necesaria es la oración, que es la cuarta cosa y la cuarta arma propuesta al principio. Con ella, no sólo podemos conseguir de Dios todas estas cosas, sino cualquier otro bien. Efectivamente, la oración es el medio para obtener todas las gracias que de esa fuente divina de bondad y amor llueven sobre nosotros.

Si la aprovechas bien, con ella pondrás la espada en manos de Dios para que luche y venza por ti. Y para aprovecharla bien, es necesario que te hayas habituado o te esfuerces por habituarte a las siguientes cosas.

- *Primero*: que tengas siempre un verdadero deseo de servir en todo a Dios como a él más le agrada. Para avivar en ti este deseo, considera atentamente: que Dios, por la excelencia de sus atributos, es decir, por su bondad, majestad, sabiduría y belleza, y por otras infinitas perfecciones, es sumamente digno de ser servido y honrado; que él, por servirte a ti, sufrió y se fatigó durante treinta y tres años; que curó y sanó tus horribles llagas, envenenadas por la malicia del pecado, no con aceite y vino y con retazos de tela, sino con su sangre preciosa y con sus carnes purísimas, desgarradas por los azotes, las espinas y los clavos; y piensa, además, en la importancia de este servicio, que nos lleva a ser dueños de nosotros mismos, vencedores del demonio e hijos del mismo Dios.

- *Segundo*: que tengas una fe viva y una firme confianza de que Dios quiere darte todo lo necesario para su servicio y para tu bien. Esta confianza es como el vaso que la misericordia divina colma con los tesoros de su gracia: cuanto mayor sea su capacidad, tanto más rica fluirá de nuestro interior la oración. Porque, ¿cómo podría el inmutable y todopoderoso Señor dejar de hacernos partícipes de sus dones, cuando él mismo nos ha mandado que se los pidamos (cf Mt 7,7-11) y nos ha prometido su Espíritu si lo pedimos con fe y perseverancia? (cf Lc 11,9-3; Jn 14,16ss; 16,7-11 y 13ss; 2Cor 1,21ss).

- *Tercero*: debes acercarte siempre a la oración con la intención de buscar sólo la voluntad de Dios y no la tuya, tanto al pedir como al obtener lo que pides. Es decir, debes ir a la oración porque Dios lo quiere y debes desear ser escuchado en la medida que él así lo quiera. En resumidas cuentas, tu intención debe ser la

de conformar tu voluntad a la de Dios y no atraer a la tuya la de Dios. Porque, estando tu voluntad contaminada y dañada por el amor propio, con frecuencia se equivoca y no sabe lo que pide; en cambio, la voluntad divina está siempre unida con la bondad inefable y jamás puede equivocarse. Por tanto, debe ser regla y reina de todas las otras voluntades, y merece y quiere ser seguida y obedecida por todas ellas; por eso se han de pedir siempre cosas conformes al querer de Dios y, si hay duda sobre alguna, la pedirás con la condición de quererla sólo si el Señor quiere que la consigas. Y las que sabes con certeza que le agradan, como, por ejemplo, las virtudes, las pedirás más para satisfacerle y servirle a él que por cualquier otro fin o motivo, aunque sea espiritual.

- *Cuarto*: has de acudir a la oración equipado con las obras que corresponden a las peticiones que vas a hacer, y después de la oración debes procurar hacerte cada vez más digno de la gracia y de las virtudes que deseas. Porque el ejercicio de la oración debe ir acompañado del ejercicio de superación de nosotros mismos, de modo que uno siga naturalmente al otro; pues se ría tentar a Dios, más que otra cosa, pedir una virtud y no trabajar por conseguirla.

- *Quinto*: generalmente, las peticiones, deben ir precedidas de la acción de gracias por los beneficios recibidos. Puede hacerse así o de forma parecida: «Señor mío, que por tu bondad me has creado y redimido, y tantas veces me has librado de la mano de mis enemigos que ni siquiera yo las conozco, socórreme ahora y, a pesar de haber sido siempre rebelde e ingrato no me niegues lo que te pido». Y si vas a pedir alguna virtud en particular y has tenido alguna contrariedad, no te olvides de dar gracias al Señor por la ocasión que te ha dado de ejercitarte en esa virtud, pues también esto es un beneficio suyo nada despreciable.

- *Sexto*: puesto que la oración obtiene su eficacia y su fuerza para inclinar a Dios a nuestros deseos de su natural bondad y misericordia, de los méritos de la vida y la pasión de su Hijo unigénito y de la promesa que él mismo nos ha hecho de escucharnos, concluirás tus peticiones con una o varias oraciones de estas: «Por tu inmensa bondad, concédeme, Señor, esta gracia. Que los méritos de tu Hijo me alcancen de ti lo que te pido. Recuerda, Dios mío, tus promesas y escucha mi plegaria».

Otras veces puedes pedir gracias también por los méritos de la Virgen María y de otros santos que tienen gran fuerza ante Dios y son muy honrados por él porque en esta vida le honraron a él.

- *Séptimo*: es necesario que te mantengas perseverante en la oración, pues la humilde perseverancia vence al Invencible. Si la constancia y la importunidad de

la viuda evangélica doblegaron hacia sus peticiones al juez lleno de maldad (cf Lc 18,1-8), ¿cómo no van a tener la fuerza de atraer a nuestras plegarias a la plenitud misma de todos los bienes?

Por eso, aunque, después de la oración, el Señor tarde en acudir y en escucharte, y aunque, incluso, te muestre signos contrarios, sigue rezando y manteniendo firme y viva la confianza en su ayuda, pues en él no falta nunca, sino que sobreabunda en medida infinita, todo lo necesario para conceder gracias a los demás. Así que, si el defecto no está por tu parte, puedes estar seguro de obtener siempre todo lo que pidas o lo que sea más útil para ti, o bien las dos cosas al mismo tiempo.

Y cuanto más fuerte sea la impresión de ser rechazado, tanto más debes humillarte a tus ojos y, considerando tus deméritos, con el pensamiento firme en la piedad divina, acrecienta continuamente tu confianza en ella. Pues manteniéndose viva y firme, cuanto más contrariada sea, tanto más agradará a nuestro Señor.

Además, reconociendo su bondad, sabiduría y amor, dale gracias siempre, incluso cuando algunas cosas se te niegan, lo mismo que si se te concedieran, permaneciendo firme y alegre en cualquier situación, con humilde sumisión a su divina providencia.

CAPÍTULO 45

La oración mental

Oración mental es una elevación de la mente a Dios con petición actual o virtual de lo que deseamos.

- La petición *actual* se hace cuando, con palabras mentales, se pide la gracia de esta forma u otra parecida: «Señor, Dios mío, concédeme esta gracia para honra tuya». O bien: «Señor mío, creo que será de tu agrado y servirá para gloria tuya que yo te pida y obtenga esta gracia; realiza en mi tu divino beneplácito».

Y cuando seas víctima de los ataques de tus enemigos, rezarás de este modo: «Dios mío, date prisa en socorrerme, para que no sucumba ante mis enemigos». O bien: «Dios mío, refugio mío, fortaleza de mi alma, ven pronto en mi ayuda, para que no caiga». Y si la lucha continúa, sigue tú también orando de la misma forma, y resiste siempre con valentía a quien lucha contra ti.

Cuando termine el rigor de la batalla, dirigiéndote a tu Señor, muéstrale el enemigo que ha combatido contra ti y tu negligencia en resistirte a él, diciendo: «Aquí tienes, Señor, la criatura obra de tus manos, redimida con tu sangre por tu bondad infinita. Y aquí está tu enemigo, que intenta apartarla de ti y devorarla. Señor mío, a ti recurro; sólo en ti confío, pues eres todopoderoso y bueno, y ves mi incapacidad y mi facilidad en someterme voluntariamente al enemigo, si no cuento con tu ayuda. Ayúdame, esperanza mía, y fortaleza de mi alma».

- Se da petición *virtual* cuando elevamos la mente a Dios para obtener alguna gracia, presentándole la necesidad sin palabras ni discurso alguno. Por ejemplo, cuando elevo la mente a Dios y, en su presencia, me reconozco incapaz de defenderme del mal y de obrar el bien y miro atentamente al mismo Señor, con gran deseo de servirlo, esperando su ayuda con humildad y fe. Este conocimiento, este ardiente deseo y esta fe en Dios es una oración que virtualmente pide todo aquello que necesito; y cuanto más puro y sincero sea ese conocimiento, ardiente ese deseo y viva la fe, tanto más eficaz será la petición.

Hay, además, otro tipo más preciso de oración virtual, que se hace dirigiendo a Dios el pensamiento, pidiéndole ayuda. Esa mirada no es más que un recuerdo tácito y una petición tácita de la gracia que anteriormente habíamos pedido.

Trata de aprender bien esta forma de oración y de conseguir que llegue a

resultarte familiar porque, como te demostrará la experiencia, es un arma que puedes tener fácilmente a tu disposición en toda ocasión y en todo lugar, y es más valiosa y provechosa de lo que yo soy capaz de expresar.

CAPÍTULO 46

Oración en forma de meditación

Si quieres orar durante cierto tiempo, por ejemplo durante media hora o una hora entera o más, conviene que a la oración añadas la meditación de la vida y la pasión de Jesucristo, aplicando siempre sus actos a la virtud que deseas adquirir. Por ejemplo, si deseas obtener la virtud de la paciencia, tomarás como meditación, algunos puntos del misterio de la flagelación.

- *Primero*. Cómo, después de la sentencia dada por Pilatos, entre gritos e injurias, el Señor fue arrastrado por aquellos ministros de la maldad al lugar destinado para la flagelación.

- *Segundo*. Cómo con rabia apresurada lo despojaron de sus vestiduras, dejando totalmente descubiertas y desnudas sus purísimas carnes.

- *Tercero*. Cómo sus manos inocentes fueron amarradas a la columna con ásperos cordeles.

- *Cuarto*. Cómo su cuerpo fue totalmente lacerado y desgarrado por los azotes, haciendo chorrear hasta el suelo los riachuelos de su divina sangre.

- *Quinto*. Cómo sucediéndose 105 golpes en el mismo lugar, irritaban cada vez más las heridas ya existentes.

Al proponerte estos puntos de meditación, u otros semejantes, para adquirir la paciencia, debes aplicar en primer lugar los sentidos para experimentar, con la mayor viveza posible, las amarguísimas angustias y los duros sufrimientos que soportó tu querido Señor en cada una de las partes de su cuerpo y en todas ellas juntas.

Luego pasarás a su alma santísima, afondando todo lo posible en la paciencia y mansedumbre con que sufría tantas aflicciones, sin saciar jamás su hambre de padecer, por el honor del Padre y por nuestro bien, los mayores y más atroces tormentos.

Contéplalo después encendido de un vivo deseo de que tú estés dispuesto a soportar tus dificultades, o mira cómo, dirigiéndose también al Padre, ora por ti para que te conceda la gracia de llevar pacientemente la cruz que en ese momento te atormenta o cualquier otra.

Por eso tú, doblegando con frecuencia tu voluntad a querer sufrir todo con

ánimo paciente, dirige luego tu pensamiento al Padre; y, después de darle gracias por haber mandado al mundo a su Hijo unigénito, sólo por amor, a soportar tantos y tan duros tormentos y a interceder por ti, pídele la virtud de la paciencia por las obras y las oraciones de su Hijo.

CAPÍTULO 47

Otro modo de orar meditando

También puedes orar y meditar de otra manera.

Después de meditar con atención las penas del Señor y de ver mentalmente la presteza de ánimo con que las soportaba, de la consideración de grandeza de sus sufrimientos y de su paciencia pasarás a otras dos consideraciones:

- una, la consideración de sus méritos;
- otra, la consideración de la complacencia y la gloria que el Padre eterno recibía por la perfecta obediencia de su Hijo crucificado (cf Flp 2,8; Heb 5,8).

Presentando a Dios estas dos cosas, pedirás, en virtud de ellas, la gracia que deseas. Y podrás hacerlo no sólo con cada misterio de la pasión del Señor, sino con cada uno de los actos particulares, interiores y exteriores, que él realizaba en cada misterio.

CAPÍTULO 48

Modo de orar por intercesión de la Virgen María

Además de los anteriores, hay otro modo de meditar y orar por intercesión de la Virgen María, pensando primero en el Dios eterno, luego en el dulce Jesús y, por fin, en su gloriosísima madre. Dirigiéndote a Dios, has de considerar dos cosas.

- La *primera* es la complacencia que ab aeterno, pensando en María, experimentaba en sí mismo antes que ella fuera sacada de la nada.

- La *segunda*, son las virtudes y las acciones de la Virgen, después de venir al mundo.

La complacencia la meditarás de este modo:

Remóntate con el pensamiento por encima de los tiempos y por encima de todas las criaturas; penetrando en la misma eternidad y en la mente de Dios, considera las delicias que de sí mismo iba prendiendo en la Virgen María. Después de haber encontrado a Dios mismo entre estos deleites, pide confiadamente, en virtud de ellos, gracia y fortaleza para destruir a tus enemigos, especialmente al que en ese momento te hace la guerra.

Pasando luego a la consideración de tantas y tan singulares virtudes y acciones de la madre santísima y presentándolas a Dios, todas juntas, o algunas en particular, en virtud de ellas pide a su bondad infinita por cada una de tus necesidades.

Dirige después tu mente al Hijo, y recuérdale el seno virginal que lo llevó durante nueve meses; la reverencia con que, después de nacer, lo adoró la Virgen, reconociéndolo como verdadero hombre y verdadero Dios, Hijo y Creador suyo; los ojos misericordiosos que lo vieron en tanta pobreza y los brazos que lo estrecharon; los besos amorosos con que ella lo besó; la leche con que lo alimentó, las fatigas y angustias que por él tuvo que padecer en la vida y en la muerte. En virtud de todas estas cosas, ejercerás una dulce violencia sobre el Hijo divino, para que te escuche.

Dirígete finalmente a la Virgen santísima, y recuérdale que ha sido elegida por la eterna providencia y bondad para ser madre de gracia y misericordia y abogada nuestra. Por eso, después de su Hijo bendito, no tenemos refugio más

seguro y poderoso que ella. Recuérdale, además, eso que se escribe de ella, y a lo que se ha llegado a través de tantas y tantas intervenciones milagrosas: que nadie la ha invocado jamás con fe sin que ella haya respondido misericordiosamente.

Por fin, preséntale los sufrimientos que su único Hijo padeció por nuestra salvación, pidiéndole que te obtenga de él la gracia de que tengan en ti, para su gloria y satisfacción, el efecto por el que él los soportó.

CAPÍTULO 49

Consideraciones para acudir con fe y confianza A la Virgen María

Si quieres recurrir a la Virgen María en cualquier necesidad, con fe y confianza, podrás conseguirlas las dos, teniendo en cuenta las siguientes consideraciones:

- *Primero*. Se sabe por experiencia que cualquier vaso que haya contenido esencia o un licor precioso, conserva algo de su olor, aun después de vaciado, sobre todo si el liquido ha estado dentro mucho tiempo; y más si, por lo que sea, ha quedado algo dentro. Y eso que las propiedades de la esencia son limitadas y finitas, lo mismo que las de cualquier licor precioso. Por la misma razón, quien está cerca de una gran hoguera retiene por mucho tiempo el calor, aunque se aleje de ella.

Si esto es así, ¿qué podremos decir del fuego de amor y de los sentimientos de misericordia y de piedad que abrasan y colman el corazón de la Virgen María? Ella, en efecto, llevó durante nueve meses en su seno virginal y lleva siempre en su corazón lleno de Amor al Hijo de Dios, que es el amor mismo, la misericordia y la piedad, que no posee las virtudes de manera finita y limitada, sino Infinita y sin límite alguno.

Por eso, como quien se acerca a una gran hoguera no puede menos de recibir su calor, así, y mucho más, cualquier necesitado recibirá auxilio, favores y gracias, si con humildad y con fe se acerca al fuego de amor, de misericordia y piedad que arde siempre en el corazón de la Virgen María; y recibirá tanto más cuanto con más frecuencia y con más fe y confianza se acerque.

- *Segundo*. Jamás ninguna criatura ha amado tanto a Jesucristo ni se ha conformado tanto a su voluntad, como su madre santísima. Pues si el mismo Hijo de Dios, que gastó toda su vida y su persona por nosotros, pecadores, nos ha dado a su madre como madre y abogada nuestra, para que nos ayude y sea, después de él, instrumento de salvación para nosotros, ¿cómo podrá esta madre y abogada nuestra faltarnos y rebelarse jamás contra la voluntad de su Hijo?

Acude, pues, con confianza, y en todas tus necesidades, a la santísima madre Virgen María, porque rica y bendita es esta confianza y seguro el refugio en aquella que sigue concediendo gracias y misericordias.

CAPÍTULO 50

Modo de meditar y orar por intercesión de los ángeles y los santos

Para merecer la ayuda y el favor de los ángeles y de los santos del cielo, podrás seguir dos medios.

- *Primero.* Dirígete al Padre eterno y preséntale el amor y la alabanza que recibe de toda la corte celestial, y también las fatigas y las penas que, por su amor sufrieron los santos en la tierra; y por todas estas cosas, pide a Dios todo lo que necesitas.

- *Segundo.* Recurre a los espíritus gloriosos, que no sólo anhelan nuestra perfección, sino que quisieran vernos en un trono más alto que el suyo; y pídeles su ayuda para luchar contra todos tus vicios y contra todos tus adversarios, y que te protejan en la hora de la muerte.

Algunas veces podrás considerar la multitud de gracias singulares que han recibido del Creador, despertando en ti un vivo sentimiento de amor y gozo hacia ellos, que han sido enriquecidos con tantos dones, como si esos dones fueran tuyos. Incluso te has de alegrar, si es posible, de que esos dones los tengan los espíritus gloriosos y no tú, porque esta fue la voluntad de Dios. Que por ello sea alabado y ensalzado.

Para hacer este ejercicio con orden y facilidad, puedes dividir los coros de los santos según los días de la semana, de la siguiente forma:

El domingo tomarás los nueve coros de los ángeles.

El lunes: a san Juan Bautista.

El martes: a los patriarcas y los profetas.

El miércoles: a los apóstoles.

El jueves: a los mártires.

El viernes: a los pontífices y a los demás santos.

El sábado: a las vírgenes y a las demás santas.

Pero no dejes ni un solo día de recurrir con frecuencia a la Virgen María, reina de todos los santos, a tu ángel de la guarda, a san Miguel arcángel y a todos tus santos protectores.

Y reza todos los días a la Virgen María, a su Hijo y al Padre celestial para que

te concedan la gracia de darte como principal abogado y protector a san José, esposo de la misma Virgen; y dirígete después a él, pidiéndole confiadamente que te tome bajo su protección.

Son muchas las maravillas que se cuentan de este glorioso santo y muchos los favores que de él han recibido todos sus devotos y quienes han recurrido a él en las necesidades espirituales y temporales, de manera especial en la formación de las personas piadosas a la oración y a la meditación. Si Dios escucha a los otros santos por haberle obedecido y honrado cuando vivían entre nosotros, ¡cuánto más apreciará y escuchará la intercesión de este humildísimo y dichosísimo santo, a quien el mismo Dios honró en la tierra sometándose a él y obedeciéndolo y sirviéndolo como a su propio padre! (cf Le 2,51).

CAPÍTULO 51

Sentimientos que se pueden obtener de la meditación de la pasión de Cristo

Todo lo que he dicho antes sobre la pasión del Señor sirve para orar y meditar por medio de peticiones. Ahora quiero añadir el modo de obtener diversos afectos de la misma meditación. Por ejemplo, si te propones meditar sobre el misterio de la crucifixión, podrás considerar, entre otros, los siguientes puntos:

- *Primero*. Cómo al Señor, violentamente despojado de sus vestiduras en el monte Calvario por aquellas gentes furibundas, se le rasgaron las carnes, adheridas a los vestidos por los golpes recibidos.

- *Segundo*. Cómo le arrancaron de la cabeza la corona de espinas, y cómo, al ponérsela de nuevo, le causó nuevas heridas.

- *Tercero*. Cómo, a golpe de martillo, fue cruelmente clavado en la cruz.

- *Cuarto*. Cómo, para que llegaran a los agujeros que habían hecho para introducir los clavos, aquellos desalmados estiraron sus sagrados miembros con tanta violencia, que los huesos, totalmente dislocados, se podían contar uno a uno.

- *Quinto*. Cómo, colgado el Señor del duro madero, sin más apoyo que el de los clavos, por el peso del cuerpo, sus llagas se dilataron e irritaron, en medio de un dolor indecible.

Si quieres suscitar en ti sentimientos de amor, esfuérzate por adquirir, con estas u otras consideraciones, un mayor conocimiento de la infinita bondad y del amor de tu Señor, que tanto quiso padecer por ti, pues cuanto mayor sea en ti este conocimiento, mayor será también el amor.

A partir de este conocimiento de la bondad y el amor infinito que el Señor te ha mostrado, te resultará fácil experimentar sentimientos de contrición y dolor por haber ofendido tantas veces y con tanta ingratitud a tu Dios, que de tantas maneras ha sido maltratado y desgarrado por tus maldades.

Para estimularte a la esperanza, considera que el Señor se ha visto reducido a estado tan calamitoso sólo para destruir el pecado y liberarte de los lazos del demonio y de tus culpas personales; para reconciliarte con su eterno Padre y para que recurras a él con confianza en todas tus necesidades.

Experimentarás alegría, si de la consideración de sus sufrimientos pasas a la de sus efectos, es decir, cómo, por medio de esos sufrimientos, Jesús quita los pecados del mundo entero, aplaca la ira del Padre, confunde al príncipe de las tinieblas, destruye la muerte y llena los tronos de los ángeles. Alégrate, además, por el gozo que proporciona a la santísima Trinidad, a la Virgen María y a toda la Iglesia triunfante y militante.

Para incitarte al odio de tus pecados, aplica exclusivamente a este fin todos los puntos que medites; como si el Señor no hubiese padecido más que para inducirte al odio de tus pasiones desordenadas, y precisamente de esa que más te domina y más desagrada a su divina bondad.

Para moverte a la admiración, considera si puede haber algo más grande que ver perseguido a muerte por las criaturas al Creador del universo, al que da la vida a todas las cosas; ver conculcada y humillada la suprema majestad, condenada la justicia, despreciada la belleza de Dios; ver odiado el amor del Padre celestial; ver abandonada al poder de las tinieblas la luz eterna e inaccesible; ver convertida en deshonor y vergüenza de la humanidad y reducida a miseria extrema a la misma gloria y felicidad.

Para moverte a compasión hacia tu dolorido Señor, además de meditar sus sufrimientos exteriores, penetra mentalmente en otros, mayores sin comparación, que interiormente lo atormentaban. Y si aquellos te conmueven, será difícil que ante estos tu corazón no quede destrozado por el dolor.

El alma de Cristo contemplaba la esencia divina como la contempla ahora en el cielo; la veía infinitamente digna de honra y honor, y, por su inefable amor a Dios, deseaba que todas las criaturas se dedicaran a ello con todas sus fuerzas. Por eso, al verla, al contrario, ofendida y despreciada de manera tan absurda por las infinitas culpas y abominables maldades del mundo, el alma de Cristo se sentía atravesada al mismo tiempo por infinitas punzadas de dolor. Y el tormento era mayor, cuanto mayor era su amor y el deseo de que Dios fuera honrado y servido por todos.

Y como no es posible comprender la grandeza de este amor y de este deseo, tampoco hay nadie capaz de llegar a conocer lo terrible y grave que era la aflicción interior del Señor crucificado. Además, como amaba de manera inefable a todas las criaturas, proporcional a este amor, en una medida que no es posible expresar, era su aflicción por todos sus pecados, que iban a alejarlas de él; en efecto, por cada pecado mortal que habían cometido y cometerían todos los hombres que han existido y existirán, cada vez que uno de ellos pecaba, otras tantas Cristo se separaba del Padre, con el que estaba unido por amor. Una

separación mucho más dolorosa que la de los miembros corporales cuando se dislocan de su lugar natural, ya que el alma tiene mayor capacidad de sufrimiento, por ser espíritu puro, más noble y perfecta que el cuerpo.

Entre todos los sufrimientos debidos a las criaturas, el más duro fue el que experimentó el Señor a causa de todos los pecados de los condenados, quienes, al no poder reunirse con él nunca jamás, iban a padecer incomparables tormentos eternos.

Y si el alma, conmovida por su amado Jesús, sigue avanzando con el pensamiento, verá que puede compadecerse de él por penas gravísimas, no sólo a causa de los pecados cometidos, sino también por los que jamás llegaron a cometerse, pues, sin duda, nuestro Señor, con el precio infinito de sus sufrimientos, nos consiguió el perdón de unos y la preservación de los otros.

No te faltarán otras consideraciones para condolerte con las torturas de tu Crucificado. Porque no ha habido ni habrá jamás dolor alguno, en ninguna criatura racional, que no lo haya experimentado él en sí mismo. Las injurias y las tentaciones, las infamias, las penitencias, las angustias y tribulaciones de todos los hombres del mundo, atormentaron el alma de Cristo con más fuerza que a quienes las padecieron. Pues nuestro piadosísimo Señor vio perfectamente y, por su inmenso amor, quiso compadecer e imprimir en su corazón todos los sufrimientos, pequeños y grandes, del alma y del cuerpo, hasta el más pequeño dolor de cabeza o el pinchazo de una aguja.

Pero no hay nadie capaz de expresar en qué medida le afectaron los dolores de su santísima Madre. De todas las formas y por todos los motivos por los que el Señor sufrió y padeció, sufrió y padeció igualmente la Virgen santa y de manera acerbísima, aunque no con tanta intensidad. Estos mismos dolores renovaron las heridas interiores de su bendito Hijo hasta tal punto, que su dulcísimo corazón fue como herido por innumerables flechas encendidas de amor.

Por todos estos tormentos de que he hablado y por otros casi infinitos, que nosotros desconocemos, bien puede decirse que este corazón era un amoroso infierno de sufrimientos voluntarios, como escribe un alma devota que, con santa sencillez, así solía describirlo.

Si consideras atentamente la causa de todos estos dolores de nuestro Redentor y Señor crucificado, no hallarás ninguna otra fuera del pecado.

La consecuencia evidente es que la verdadera y principal compasión y el reconocimiento que él espera de nosotros, y que en medida indecible le debemos, consisten en arrepentirnos, sólo por su amor, de la ofensa que le hemos

ocasionado, en odiar el pecado por encima de todo, y en combatir generosamente contra todos sus enemigos y contra nuestras malas inclinaciones. Y que, despojándonos del hombre viejo y de sus obras, nos vistamos del hombre nuevo (cf Ef 4,20-24) adornando nuestro espíritu con las virtudes evangélicas.

CAPÍTULO 52

Frutos que se pueden sacar de la meditación de Cristo crucificado. La imitación de sus virtudes

Son muchos los frutos que debes sacar de esta santa meditación. Entre ellos:

- El *primero* es que no sólo te arrepientas de tus pecados pasados, sino que te aflijas también porque aún hay en ti pasiones desordenadas que han crucificado a tu Señor.

- El *segundo* es que le pidas perdón por tus culpas y la gracia del odio saludable de ti mismo para no ofenderlo más, y para amarlo y servirlo perfectamente en adelante, como respuesta a todo lo que ha sufrido por ti; y eso no es posible sin este odio santo.

- El *tercero*, que persigas a muerte y con eficacia toda inclinación mala, por pequeña que sea.

- El *cuarto*, que, con todo el esfuerzo que puedas, trates de imitar las virtudes del Salvador, que ha padecido no sólo para redimirnos satisfaciendo por nuestras culpas, sino también para darnos ejemplo, de modo que sigamos sus huellas (cf 1Pe 2,21).

Con este fin, te propongo uno modo de meditar. Por ejemplo, si para imitar a Cristo deseas alcanzar la paciencia, considera los puntos siguientes:

Primero: lo que, durante su pasión, el alma de Cristo hace para con Dios.

Segundo: lo que Dios hace con el alma de Cristo.

Tercero: lo que el alma de Cristo hace para consigo misma y con su sacratísimo cuerpo.

Cuarto: lo que Cristo hace con nosotros.

Quinto: lo que nosotros hemos de hacer para con Cristo.

- Considera, pues, en *primer lugar*, cómo el alma de Cristo, totalmente absorta en Dios, se admira al ver que esa infinita e incomprensible grandeza, en cuya comparación son como nada todas las cosas creadas, se somete (aun permaneciendo inamovible en su gloria) a sufrir en la tierra los más indignos tratos que el hombre pueda soportar, y de quien no ha recibido sino infidelidades y menosprecios; y considera cómo la adora, le da gracias y se ofrece a ella por

completo.

- *Segundo*. A continuación, mira lo que Dios hace con el alma de Cristo; cómo quiere y la impulsa a soportar por nosotros las bofetadas, los desprecios, las blasfemias, los azotes, las espinas y la cruz, manifestándole su complacencia al verla totalmente colmada de toda suerte de oprobios y aflicciones.

- *Tercero*. De ahí, pasa a la consideración del alma de Cristo. Piensa cómo percibe con su inteligencia luminosa la grandeza de la complacencia de Dios y cómo lo ama con afecto ardiente, sobre toda medida; y así, tanto por su mérito infinito como por las inmensas obligaciones que tenía hacia él, que la había invitado a padecer por nuestro amor y para ejemplo nuestro, contenta y alegre se dispone a obedecer resueltamente su santísima voluntad. Y ¿quién podría penetrar en los profundos deseos de realizarla que tenía esa alma purísima y amorosísima? Se encuentra casi como en un laberinto de aflicciones, buscando siempre, y sin encontrar como quisiera, nuevos modos y nuevos caminos de sufrimiento. Por eso, libremente, se entrega totalmente a sí misma y sus inocentísimas carnes al capricho y en presa a los hombres malvados y a los demonios del infierno, para que la traten a su antojo.

- *Cuarto*. Después de esto, mira a tu amado Jesús que, dirigiéndose a ti con ojos misericordiosos, te dice: «Mira dónde me han conducido tus desenfrenados deseos, por no haber querido esforzarte un poco. Mira cuán grande es mi sufrimiento y con cuánto gozo lo padezco, por tu amor y para darte ejemplo de verdadera paciencia. Por todos mis dolores, te pido que abras de buena gana esta cruz y cualquier otra que yo prefiera, abandonándote totalmente en manos de todos tus perseguidores, por mucho que atenten, con vileza y crueldad, contra tu honor y contra tu cuerpo. ¡Si supieras el consuelo que me proporciona! Pero bien puedes comprobarlo en estas heridas que, como inapreciables joyas, he querido recibir para enriquecer con preciosas virtudes tu pobre alma, a la que amo sobre toda medida. Y si por eso me veo yo reducido a tan penoso estado, ¿cómo no vas a querer tú padecer un poco para satisfacer a mi corazón y mitigar esas heridas, fruto de tu impaciencia, que me afligió más amargamente que las mismas heridas?».

- *Quinto*. A continuación, considera atentamente quién es el que así te habla, y verás que es el mismo rey de la gloria, Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Considera la grandeza de sus tormentos y oprobios, que ni siquiera el ladrón más infame del mundo merecería. Mira a tu Señor, que no sólo permanece inmóvil y asombrosamente paciente entre tantos tormentos, sino que incluso se goza de ellos como si de sus bodas se tratara, como con menos agua mejor arde el fuego, así, con el aumento de los tormentos, que por su inmenso

amor le parecían pequeños, crecía cada vez más el gozo y el anhelo de sufrir otros mayores.

Considera que el Señor ha padecido y realizado todo esto, no a la fuerza ni por interés propio, sino, como él mismo te ha dicho, por amor a ti, y para que tú, imitándolo a él, te ejercites en la virtud de la paciencia. Ahondando bien en lo que él quiere de ti y en el gozo que puedes proporcionarle ejercitándote en esta virtud, haz actos de ardiente deseo de soportar, no sólo con paciencia, sino con alegría, tu cruz actual y cualquier otra, aunque sea más pesada, para imitar mejor a tu Dios y proporcionarle mayor consuetud.

Pon ante los ojos de tu mente las ignominias y amarguras que padeció por ti, y su constancia y aguante, y avergüénzate de creer que tienes ni siquiera una sombra de paciencia y que tus dolores y oprobios son verdaderos. Teme que logre introducirse en tu corazón, aunque sea por poco tiempo, ni siquiera la más mínima idea de negarte a padecer por amor a tu Señor.

Este Señor crucificado es el libro que quiero que leas y en el que podrás descubrir el verdadero retrato de toda virtud, pues por ser un libro de vida, no sólo ilustra el entendimiento con palabras, sino que enciende también la voluntad con el ejemplo vivo. El mundo está lleno de libros, pero todos ellos juntos no pueden enseñar el modo de adquirir todas las virtudes con tanta perfección como la que se consigue fijando la mirada en Dios crucificado.

Debes saber que aquellos que emplean muchas horas en llorar la pasión de nuestro Señor y en admirar su paciencia, y luego, cuando llegan las adversidades, se muestran tan impacientes como si en la oración hubieran aprendido algo totalmente diverso, se parecen a los soldados de este mundo. Cuando están bajo las tiendas, antes de la batalla, se comprometen a grandes hazañas; pero luego, en cuanto aparece el enemigo, dejan las armas y se dan a la fuga. Y ¿qué puede haber de más torpe y miserable que ver, como en un claro espejo, las virtudes del Señor, amarlas y admirarlas, y luego olvidarse totalmente de ellas y no tenerlas en cuenta cuando se presenta la ocasión de ejercitarlas?

CAPÍTULO 53

El sacramento de la eucaristía

Como has podido ver, hasta aquí te he previsto de cuatro armas necesarias para vencer a tus enemigos, y de muchas advertencias para que seas capaz de manejarlas bien. Pero ahora quiero proponerte otra, que es el sacramento de la eucaristía, como este sacramento supera a todos los demás sacramentos, esta quinta arma es superior a todas las demás.

Las otras cuatro adquieren su valor de los méritos y la gracia conseguidas por la sangre de Cristo; pero esta, es la misma sangre y carne de Cristo, juntamente con su alma y su divinidad. Con aquellas se combate contra los enemigos con la fuerza de Cristo. Con esta, los combatimos junto con Cristo y Cristo los combate junto con nosotros, porque quien come la carne de Cristo y bebe su sangre permanece con Cristo y Cristo permanece con él (cf Jn 6,56-57).

Y ya que puede recibirse el santísimo sacramento y manejarse esta arma de dos maneras: sacramentalmente una vez al día, y espiritualmente cada hora y cada momento, deberías usarla de la segunda forma con muchísima frecuencia, y de la primera, siempre que te sea posible.

CAPÍTULO 54

Modo de recibir el sacramento de la eucaristía

Podemos acercarnos a este sacramento con diversas finalidades; y para conseguirlas debemos hacer varias cosas, en tres momentos: antes de la comunión, cuando vamos a comulgar y después de la comunión.

- Antes de la comunión, sea cual sea la finalidad con que la recibamos, necesitamos lavarnos y limpiarnos con el sacramento de la penitencia, en caso de que exista mancha de pecado mortal. Después es necesario que, con todo el afecto del corazón, nos entreguemos todos con toda el alma, con todas las fuerzas y con todas las potencias, a Jesucristo y a cuanto a él le agrada, ya que él, en este sacramento, nos da su sangre y su carne, junto con su alma, su divinidad y sus merecimientos. Y teniendo en cuenta que lo que nosotros ofrecemos es bien poco, o casi nada, en comparación con lo que él nos da, debemos desear todo lo que le han ofrecido y entregado todas las criaturas del cielo y de la tierra para poder ofrecérselo a él.

Por eso, si quieres recibirlo para vencer y destruir en ti a tus enemigos, que lo son también suyos, comienza ya desde la tarde anterior, o lo antes posible, a considerar el deseo que el Hijo de Dios tiene de que le dejes espacio en tu corazón, para unirse contigo en este sacramento y ayudarte a vencer todas tus pasiones desordenadas. Es tan grande e inmenso este deseo de nuestro Señor, que no hay entendimiento creado capaz de comprenderlo.

Para llegar a entenderlo en alguna medida, debes grabarte bien en la mente dos cosas:

- La inefable complacencia que Dios, infinitamente bueno, encuentra en estar con nosotros: es lo que él llama sus delicias (cf Prov 8,31).

- El odio infinito que tiene al pecado, por ser impedimento y obstáculo para la unión que tanto desea tener con nosotros, y por oponerse radicalmente a sus divinas perfecciones. Siendo Dios sumo bien, pura luz y belleza infinita, no puede dejar de odiar y detestar infinitamente el pecado, que no es más que tinieblas, lacra y mancha intolerable de nuestras almas.

Tan fuerte es este odio del Señor contra el pecado, que a su destrucción están ordenadas todas las obras del Antiguo y del Nuevo Testamento, especialmente

las de la pasión de su Hijo, el cual, como aseguran los más iluminados santos, para destruir en nosotros la más pequeña culpa, se expondría de nuevo a otras mil muertes, si fuera necesario.

Después de estas consideraciones, podrás comprender, aunque sea muy imperfectamente, cuánto desea el Señor entrar en tu corazón, para exterminar totalmente a tus enemigos, que lo son también suyos. Por eso has de prender en ti un vivo deseo de recibirlo con ese fin. Consiguiendo así una actitud de total generosidad y animado por la esperanza de la venida de tu celestial Capitán, llama repetidas veces a combate a la pasión contra la que estás luchando; reprímela luego con repetidos deseos contrarios, realizando actos de virtud opuestos a esa pasión. Así has de continuar por la noche y por la mañana antes de la comunión.

- Cuando ya te dispones a recibir el santísimo sacramento, debes dar, un poco antes, un breve repaso a tus faltas, a partir de la comunión anterior. Las has cometido como si Dios no existiera ni hubiera padecido tanto por ti en los misterios de la cruz, prefiriendo una vil satisfacción y tus propios gustos antes que la voluntad de Dios y su honor. Luego, avergonzado de ti mismo, y con santo temor, te abismarás en tu ingratitud e indignidad. Pero pensando después que el inmenso abismo de la bondad de tu Señor llama al abismo de tu ingratitud y de tu poca fe, acércate a él con confianza, abriéndole ampliamente el corazón, para que sea su dueño absoluto. Eso será posible sólo cuando arrojes de ese corazón todo afecto por las criaturas, cerrándolo después para que no entre en él nada fuera de tu Señor.

- Después de recibir la comunión, enciértrate en seguida en lo secreto de tu corazón; y después de adorar a tu Señor, con profunda humildad y reverencia, dialoga mentalmente así con él: «Tú ves, único bien mío, con cuánta facilidad te ofendo y cómo me supera esta pasión, de la que yo solo no puedo librarme. Pero este combate es sobre todo tuyo, y, aunque yo tenga que seguir luchando, sólo de ti espero la victoria». Dirigiéndote luego al Padre eterno, como acción de gracias y para obtener la victoria sobre ti mismo, ofrécele a su Hijo bendito, que él mismo te ha dado y que ya tienes dentro de ti. Mientras luchas generosamente contra esa pasión, espera Con fe la victoria de Dios, pues aunque la retrase, no te fallará, con tal que, por tu parte, hagas todo lo que puedas.

CAPÍTULO 55

Modo de prepararnos a la comunión para suscitar en nosotros el amor

Para estimularte en el amor a Dios con este sacramento tan sublime, piensa en el amor que él te tiene, meditando ya desde la tarde anterior en este punto: no contento con haberte creado a su imagen y semejanza (Cf Gén 1,26), no contento con haber enviado a la tierra a su Hijo unigénito a padecer durante treinta y tres años por tus maldades, a soportar durísimos trabajos la penosa muerte en la cruz para redimirte, el inmenso y todopoderoso Señor quiso dejártelo también como alimento y para utilidad tuya en la eucaristía.

Considera bien las incomprensibles exquisiteces de este amor, que lo hacen perfectísimo y singular en todos los aspectos.

- *Primero*. Si nos fijamos en su duración, veremos que nuestro Dios nos ha amado eternamente y sin ningún principio; y como es eterno en su divinidad, también es eterno su amor, con el que, antes de todos los siglos, decidió darnos a su Hijo de modo tan admirable.

Alegrándote de ello con profundo júbilo, puedes decir: «¿Es posible que, en ese abismo de eternidad, todo un Dios aprecie y ame tanto mi pequeñez como para pensar en mi y, con amor inefable, desear darme por alimento a su mismo Hijo?».

- *Segundo*. Además, todos los otros amores, por grandes que sean, tienen un término, y no pueden extenderse más allá; sólo este amor de nuestro Señor es un amor sin medida. Y queriendo satisfacerse plenamente a sí mismo, ha entregado a su propio Hijo, igual a él en la majestad infinita, de la misma sustancia y naturaleza. Por eso, el amor es como el don y el don como el amor; uno y otro son tan grandes, que ninguna inteligencia es capaz de imaginar grandeza mayor.

- *Tercero*. Dios no nos ama impulsado por ninguna necesidad o fuerza, sino únicamente por su intrínseca bondad natural, que lo ha movido a tan incomprensible amor hacia nosotros.

- *Cuarto*. Ninguna obra o mérito nuestro ha podido preceder a un amor tan grande como el que ese inmenso Señor nos ha mostrado, sino que por su sola liberalidad se ha entregado completamente a nosotros, a pesar de nuestra

pequeñez e indignidad.

- *Quinto*. Si piensas en la pureza de este amor, verás que no está mezclado, como los amores mundanos, con ningún tipo de interés, pues nuestro Señor no necesita nuestros bienes, ya que es en sí mismo plenamente feliz y glorioso, sin necesidad de nosotros. Por eso, ha derramado sobre nosotros su inefable bondad y amor exclusivamente por nuestro bien, no por el suyo.

Pensando en estas cosas, dirás interiormente: «¿Cómo es posible que a tan sublime Señor le preocupe de este modo una criatura tan mezquina? ¿Qué buscas, rey de la gloria; qué esperas de mí, que no soy más que polvo? Dios mío, a la luz de tu ardiente amor, descubro que tienes un único designio capaz de mostrarme con mayor claridad la pureza de tu amor hacia mí, pues te entregas totalmente a mí como alimento, sólo para transformarme totalmente en ti. Y no porque tú me necesites a mí, sino para que viviendo tú en mí y yo en ti, me transforme en ti mismo por una unión amorosa, y la pequeñez de mi corazón terreno llegue a ser contigo un solo corazón divino».

Por eso, lleno de gozoso estupor por verte tan apreciado y amado por Dios, y sabiendo que él no pretende ni busca con su amor más que atraer hacia él todo tu amor, aléjate primero de todas las criaturas y luego de ti mismo, que también eres criatura, y ofrécete totalmente a tu Señor como holocausto; que a partir de ese momento, sólo su amor y el deseo de agradecerle muevan tu entendimiento, tu voluntad y tu memoria, y dirijan tus sentidos.

Considerando luego que no hay nada capaz de producir en ti efectos tan sublimes como recibirlo dignamente en la eucaristía, abre tu corazón al Señor con las siguientes jaculatorias y expresiones de amor: «¡Oh convite sagrado! ¿Cuándo llegará la hora en que yo me ofrezca por entero a ti, exclusivamente con el fuego de tu amor? ¿Cuándo, cuándo, Amor eterno? ¡pan vivo! ¿cuándo viviré sólo en ti, por ti y contigo? ¿Cuándo, vida mía, vida hermosa, feliz y eterna? ¡Maná celestial! ¿Cuándo, harto de cualquier otro alimento terreno, te desearé sólo a ti y sólo de ti me alimentaré? ¿Cuándo será, dulzura mía? ¿Cuándo, mi único bien? Señor mío, lleno de amor y poder, libra ya este corazón miserable de todo apego y de toda pasión desordenada; adórnalo con tus santas virtudes y con la intención pura de hacerlo todo sólo por agradarte a ti. De este modo llegaré a abrirte el corazón y, con dulce violencia, te invitare a que entres en él; así, Señor, realizarás en mí, sin ninguna resistencia, los frutos que siempre has deseado». Puedes ejercitarte en estos sentimientos amorosos por la noche y por la mañana, para prepararte a la comunión.

Cuando se acerque el momento de la comunión, piensa en lo que vas a

recibir: al Hijo de Dios, ante cuya incomprensible majestad tiemblan los cielos y todas las potencias celestes; el Santo de los santos, el espejo sin mancha y la pureza inaccesible, en cuya comparación ninguna criatura está limpia; aquel que, cual gusano y escarnio de la plebe (cf Sal 22,7) quiso, por tu amor, ser rechazado, pisoteado, burlado, escupido y crucificado por la maldad y la iniquidad del mundo.

Digo que vas a recibir a Dios, en cuyas manos está la vida y la muerte de todo el universo, tú que, por ti mismo, no eres nada y, por tu pecado y tu maldad, te has situado por debajo de la más vil e inmunda criatura irracional, digno de verte confundido y burlado por todos los demonios infernales. Y digo que, en vez de sentir gratitud por tan enormes e innumerables beneficios, has despreciado a un Señor tan grande y digno de amor, y has ultrajado su preciosa sangre con tus caprichos y deseos. Que, por su amor eterno y por su inmutable bondad, te llama a su mesa divina, y tal vez hasta te obliga con peligros mortales, para que acudas. No te cierra la puerta de su compasión y tampoco te vuelve las espaldas, aunque tú, por naturaleza, seas leproso, cojo, hidrópico, ciego y endemoniado, y te hayas prostituido con multitud de fornicadores.

Esto es todo lo que quiere de ti el Señor:

- *Primero*: que te arrepientas de haberlo ofendido.

- *Segundo*: que aborrezcas, por encima de todo, no sólo el pecado mortal, sino también el venial.

- *Tercero*: que te ofrezcas y te abandones totalmente a su voluntad y que le obedezcas, siempre afectivamente y con los hechos cuando se presente la ocasión.

- *Cuarto*: que confíes y tengas una fe firme en que él te perdonará, te purificará y te guardará de todos tus enemigos.

Confortado por este amor inefable del Señor, te acercarás después a comulgar con santo y amoroso temor, diciendo: «Señor, no soy digno de recibirte porque te he ofendido gravemente tantas y tantas veces, y porque no he llorado como debía mis ofensas. Señor, no soy digno de recibirte, porque no estoy, ni mucho menos, limpio del apego a los pecados veniales. Señor, no soy digno de recibirte, porque todavía no me he entregado sinceramente a tu amor, a tu voluntad y a la obediencia a ti. Señor mío todo poderoso e infinitamente bueno, por tu bondad y por tu palabra hazme digno de recibirte con esta fe».

Después de comulgar, enciértrate en seguida en el secreto de tu corazón y, olvidándote de todas las cosas creadas, dialoga con tu Señor de este modo u otro parecido: «¡altísimo rey del cielo! ¿Quién te ha conducido hasta mí, miserable,

pobre, ciego y desnudo?». Y él te responderá. «El amor». Y tú le replicarás: «¡Amor increado, Amor dulce!, ¿qué quieres de mi?». Y te dirá: «Sólo amor. Ningún otro fuego quiero que arda en el altar de tu corazón, en tus sacrificios y en todas tus obras; sólo el fuego de mi amor que, consumando cualquier otro amor y cualquier otro deseo, me ofrezca un suavísimo perfume. Esto es lo que he pedido y pido siempre, porque deseo ser todo tuyo y que tú seas todo mío. Pero eso no será posible si no consigues ese abandono que a mi tanto me agrada y si continúas apegado a tu amor propio, a tu parecer y a todos tus caprichos y a tu reputación.

Quiero que te aborrezcas a ti mismo, para darte mi amor; quiero tu corazón, para que se una con el mío, que para eso fue abierto en la cruz (cf Jn 19,33-34); y quiero todo tu ser, para que yo pueda ser todo tuyo. Ya ves que mi precio es incomparable, y, sin embargo, por mi bondad valgo lo que vales tú. Cómprame, pues, querida alma mía, dándote a mí. Deseo que nada quieras, que nada pienses, nada busques, nada veas fuera de mi y de mi voluntad, para que yo quiera, piense, busque y vea todo en ti; de modo que tu nada, sumergida en el abismo de mi infinitud, se convierta en aquella. De ese modo, tú serás plenamente feliz y dichoso en mí, y yo me complaceré totalmente en ti».

Finalmente, ofrecerás el Hijo al Padre, ante todo como acción de gracias, y luego por tus necesidades, por las de toda la santa Iglesia, las de todos los tuyos y las de aquellos con quienes tienes alguna obligación, y por las almas del purgatorio. Este ofrecimiento lo harás en recuerdo y en comunión con el que él hizo de sí mismo cuando, colgado de la cruz, cubierto de sangre, se ofreció al Padre. Y de este modo le podrás ofrecer también todos los sacrificios que ese día se hagan en toda la Iglesia.

CAPÍTULO 56

La comunión espiritual

Aunque no se pueda recibir sacramentalmente al Señor más de una vez al día, sí se puede recibir espiritualmente, como he dicho, cada hora y cada momento; y esto no nos lo puede impedir ninguna criatura, si no es la negligencia u otra culpa nuestra. Esta comunión puede ser más fructífera y agradable a Dios que muchas comuniones sacramentales, por defecto de quienes las reciben.

Siempre que te dispongas a esa comunión, encontrarás al Hijo de Dios pronto para alimentarte espiritualmente de sí mismo con sus propias manos. Para prepararte a ello, orienta tu mente a él con esta finalidad; y, considerando brevemente tus faltas, entristécete con él por haberlo ofendido, y, con toda humildad y fe, pídele que se digne venir a tu pobre alma con nueva gracia, para sanarla y fortalecerla contra los enemigos.

Asimismo, cuando quieres hacerte violencia o mortificarte en alguna de tus pasiones o si quieres practicar algún acto de virtud, hazlo siempre con la finalidad de preparar tu corazón para el Señor, que continuamente te lo pide. Y dirigiéndote a él, llámalo con el deseo de que venga con su gracia para sanarte y librarte de los enemigos, de modo que sólo él sea dueño de tu corazón. O también, acordándote de la anterior comunión sacramental, di con el corazón encendido: «¿cuándo, Señor mío, te recibiré otra vez? ¿Cuándo, cuándo?». Pero si quieres prepararte mejor y comulgar espiritualmente de manera más conveniente, orienta desde la tarde anterior todas las mortificaciones, los actos de virtud y cualquier otra obra buena con la finalidad de recibir espiritualmente a tu Señor.

De madrugada, considerando el bien y la felicidad que experimenta quien recibe dignamente a Jesús en la eucaristía (ya que en él se recuperan las virtudes perdidas, el alma retorna a su primitiva belleza y se le comunican los frutos y los méritos de la pasión del mismo Hijo de Dios), y cuánto agrada a Dios que lo recibamos y obtengamos todos esos bienes, esfuérgate por encender en tu corazón un gran deseo de recibirlo por agradecerle a él.

Y cuando experimentes este deseo, dirígete a él diciéndole: «Señor, ahora no puedo recibirte sacramentalmente. Pero, como eres bondad y fuerza infinita, perdóname todo error y sáname, y haz que te reciba espiritualmente de manera

digna, ahora, cada hora y cada día, dándome nueva gracia y fortaleza contra todos mis enemigos, pero especialmente contra el que estoy luchando para agradarte a ti».

CAPÍTULO 57

La acción de gracias

Como todo bien que tenemos y hacemos es de Dios y viene de Dios, debemos darle gracias por todo nuestro buen hacer, por toda victoria y por todos los favores personales y comunes recibidos de su mano bondadosa. Para hacerlo como es debido, hemos de considerar el fin que mueve al Señor a concedernos sus gracias, pues de esta consideración y de este conocimiento aprenderemos el modo como Dios quiere que le mostremos nuestro agradecimiento.

Puesto que, en todos los favores que nos concede, lo que el Señor busca, en primer lugar, es su honor y atraernos a su amor y servicio, comienza haciendo interiormente esta reflexión: «¡Qué gran poder, sabiduría y bondad ha mostrado mi Dios haciéndome este favor y concediéndome esta gracia!».

Luego, considerando que no hay en ti (proveniente de ti) nada digno de favor alguno, que incluso lo único que hay son deméritos e ingratitud, dirás al Señor con profunda humildad: «¿Cómo, te dignas, Señor, ni siquiera mirar a una criatura despreciable, concediéndome tantos favores? Bendito sea tu nombre por los siglos de los siglos».

Finalmente, viendo que, a través del favor, él quiere ser amado y servido, enciéndete de amor hacia tan amoroso Señor, y de deseo sincero de servirlo como a él le agrada. Para eso, añadirás un ofrecimiento pleno, según se indica a continuación.

CAPÍTULO 58

El ofrecimiento

Para que el ofrecimiento de ti mismo sea agradable a Dios, desde todos los puntos de vista, necesita dos condiciones: la primera es la unión con los ofrecimientos de Cristo al Padre; la segunda es que tu voluntad esté desasida de todo apego a las criaturas.

Con respecto a la primera condición, has de saber que el Hijo de Dios, cuando vivía en este valle de lágrimas, no sólo ofrecía al Padre celestial su persona y sus obras, sino que, con él mismo, nos ofrecía también a nosotros y nuestras obras. Así, pues, nuestros ofrecimientos han de hacerse en unión con los ofrecimientos de Cristo y poniendo nuestra confianza en ellos.

En cuanto a la segunda condición, antes de ofrecerte a ti mismo, considera atentamente si en tu voluntad hay algún tipo de apego, en caso de que exista, debes liberarte antes de todo afecto. Por eso, recurre a Dios para que te libere con su mano, y seas capaz de ofrecerte a él con libertad y desligado de toda atadura.

Esto es muy importante; pues si te ofreces a Dios permaneciendo apegado a las criaturas, no ofreces nada tuyo, sino lo de los demás. En efecto, de ese modo tú no te pertenesces a ti mismo; pertenesces a esas criaturas a las que tu voluntad está apegada. Y eso desagrade al Señor, pues es como si quisiéramos burlarnos de él. Como consecuencia, los ofrecimientos que de nosotros mismos hacemos a Dios, no sólo tornan a nosotros vacíos y sin fruto, sino que incluso caemos luego en nuevos defectos y pecados.

Podemos ofrecernos a Dios, aun estando apegados a las criaturas, pero con la finalidad de que su bondad nos libere y seamos capaces de entregarnos totalmente a él y a su servicio; esto hemos de hacerlo frecuentemente y con fervor.

Que tu ofrecimiento sea, pues, desapegado y liberado de cualquier deseo tuyo, no buscando bienes terrenos ni celestiales, sino únicamente la voluntad y la providencia de Dios, a la que te has de someter y sacrificar totalmente como holocausto perpetuo. Y, olvidándote de todas las cosas creadas, debes decir:

«Aquí estoy, Señor y Creador mío, con todo mi ser y con todos mis deseos en

manos de tu voluntad y eterna providencia; haz de mí lo que quieras en la vida, en la muerte y después de la muerte, en el tiempo y en la eternidad».

Si obras sinceramente de este modo (lo podrás comprobar cuando te asalten las adversidades), te convertirás de terreno en evangélico y dichosísimo comerciante (cf Mt 13,45): tú serás de Dios y Dios será tuyo, pues él es siempre de aquellos que, apartándose de las criaturas y hasta de sí mismos, se entregan y se sacrifican sin reservas a él.

Aquí tienes un medio poderosísimo para vencer a todos tus enemigos, porque si dicho ofrecimiento te une con Dios hasta el punto de ser tú totalmente suyo y él totalmente tuyo, ¿cuál será el enemigo o el poder que sea jamás capaz de hacerte daño? Y cuando quieras ofrecerle alguna obra tuya, como ayunos, oraciones, actos de paciencia y otras obras buenas, piensa antes en el ofrecimiento que Cristo hacía al Padre de sus ayunos, oraciones, y demás obras; y, confiando en su valor y en su virtud, ofrece después las tuyas. Y si, por tus deudas, quieres ofrecer al Padre celestial las obras de Cristo, puedes hacerlo como se indica seguidamente.

Da un repaso general, o tal vez pormenorizado, a tus pecados. Constatando que por ti mismo no puedes aplacar la ira de Dios ni satisfacer su justicia divina, recurre a la vida y a la pasión de su Hijo, pensando en alguna de sus obras, como, por ejemplo, sus ayunos, oraciones, sufrimientos o el derramamiento de su sangre. Verás que, para aplacar al Padre y para pagar con su obra la deuda de tus maldades, Jesús le ofrecía su pasión y su sangre, casi como diciendo: «Padre eterno, según tu voluntad, yo satisfago de manera desbordante a tu justicia por los pecados y las deudas de N. Perdónalo y recíbelo entre tus elegidos».

Por eso, ofrece por ti al Padre esta misma ofrenda y estas mismas oraciones, suplicándole que, por su fuerza, te perdone todas tus deudas. Esto puedes hacerlo no sólo pasando de un misterio a otro, sino también de un acto a otro dentro de cada misterio. Este modo de ofrecimiento puedes hacerlo no sólo por ti, sino también por otros.

CAPÍTULO 59

La devoción sensible y la aridez

La devoción sensible puede ser fruto de la naturaleza, del demonio, o de la gracia. Por sus frutos podrás discernir de dónde procede. Si no produce en ti ningún progreso, debes sospechar que procede del demonio o de la naturaleza; sobre todo si está acompañada de mayor satisfacción, deleite y apego, y cierta estima de ti mismo.

Por eso, cuando sientas que tu mente experimenta deleites espirituales, no pierdas tiempo tratando de descubrir su origen; no te apoyes en ellos y no dejes que te aparten de la conciencia de tu nulidad. Con mayor diligencia y odio de ti mismo, esfuérate por mantener tu corazón libre de toda atadura, aunque sea espiritual, y desea sólo a Dios y lo que a él le agrada. De este modo, aunque el deleite provenga de la naturaleza o del demonio, se transformará para ti en un efecto de la gracia.

La aridez puede proceder también de esas mismas causas:

- Del demonio, que trata de entibiar la mente y desviarla del trabajo espiritual a los entretenimientos y placeres del mundo.

- De nosotros mismos, a causa de nuestras culpas, nuestros apegos a la tierra y nuestras negligencias.

- De la gracia, para advertirnos que seamos más diligentes en liberarnos de toda atadura y ocupación que no sea Dios y no conduzca a él; o para que experimentemos que todos los bienes proceden de él; o para que, en adelante, apreciemos más sus dones y seamos más humildes y cautos en conservarlos; o para unirnos más estrechamente a él con total abnegación de nosotros mismos, incluso en los deleites espirituales, a fin de evitar que, por ligar a ellos nuestro afecto, tengamos dividido un corazón que el Señor quiere totalmente para sí; o bien porque él quiere que luchemos con todas nuestras fuerzas y con la ayuda de su gracia, por nuestro bien.

Por lo tanto, si te sientes árido, entra dentro de ti mismo para ver cuál de tus defectos te ha privado de la devoción sensible, y comienza la lucha contra él, no para recuperar la sensibilidad de la gracia, sino para desterrar de ti todo lo que desagrade a Dios.

Si no encuentras ese defecto, piensa que tu devoción sensible debe ser verdadera devoción, consistente en la aceptación diligente de la voluntad de Dios. Así que no debes dejar por ningún motivo tus prácticas espirituales, sino que has de continuarlas con toda diligencia, por inútiles e insípidas que te parezcan, bebiendo de buena gana el cáliz de amargura que en la aridez te ofrece la amorosa voluntad de Dios.

Si la aridez está, tal vez, acompañada de muchas y tan espesas tinieblas mentales, que no sabes a dónde dirigirte, ni qué partido tomar, no te desalientes. Permanece, más bien, solitario y firme en la cruz, lejos de todo deleite terreno, aunque te lo ofrezcan el mundo o las criaturas.

No descubras tu sufrimiento a nadie, excepto a tu director espiritual, a quien has de manifestarlo no para aliviar tu pena, sino para aprender a soportarla como agrada a Dios.

No aproveches las comuniones, oraciones y otros ejercicios para bajar de la cruz, sino para tener la fuerza de ofrecer esa cruz para mayor gloria del Crucificado.

Si debido a la confusión mental, no logras meditar y orar a tu modo, hazlo lo mejor que puedas. Y lo que no consigas realizar con la inteligencia, esfuérzate por llevarlo a cabo con la voluntad y con las palabras, hablando contigo mismo y con el Señor. Verás los admirables efectos que obtienes, y tu corazón recobrará aliento y energía.

Podrás decir en ese caso: «¿por qué te afliges, alma mía, por qué te quejas? Espera en Dios, que aún he de alabarlo, salud de mi rostro, Dios mío» (Sal 42,6). «¿Por qué te quedas lejos, Señor, y te escondes en los tiempos de la angustia? Nunca me abandones» (Sal 10,1).

Recuerda la sagrada doctrina que Dios infundió a Sara, esposa de Tobías, en el momento de la tribulación y aprovéchala tú también, diciendo con viva voz: «Quien te sirve tenga por cierto que recibirá en su vida la corona de la prueba y se verá libre de las tribulaciones; aunque sea probado, podrá contar con tu misericordia. Porque tú no te alegras de nuestra perdición y, después de la tempestad concedes la paz, y das el gozo tras las lágrimas y el llanto. Dios de Israel, bendito sea tu nombre por los siglos» (Tob 3,20-23 Vulgata).

Acuérdate también de tu Cristo, que, en el huerto y en la cruz, por su gran angustia, se vio, en lo sensible, abandonado por el Padre celestial; y, soportando la cruz unido a él, puedes decir con todo el corazón: «Hágase tu voluntad» (Mt 26,42). Si haces esto, tu paciencia y tu oración harán que las llamas del sacrificio de tu corazón suban hasta la presencia de Dios, y tú te mantendrás en la

verdadera devoción, que, como te he dicho, consiste en una fuerte y firme decisión de la voluntad de seguir a Cristo, cargando con la cruz (cf Lc 9,23), sea cual sea el camino por el que te invite y te llame hacia él, y de querer a Dios por Dios y dejar, tal vez, a Dios por Dios.

Si muchas de las personas que se dan a la vida espiritual, sobre todo mujeres, midieran su aprovechamiento por esta forma de devoción y no por la sensible, no se dejarían engañar ni por ellas mismas ni por el demonio; y tampoco se atormentarían inútilmente, y hasta ingratamente, por un bien tan grande como el que les ha hecho el Señor. Al contrario, se dedicarían con más fervor al servicio de Dios, que todo lo dispone o permite para su gloria y para nuestro bien.

También en esto pueden engañarse las mujeres que con temor y prudencia tratan de evitar las ocasiones de pecado. A veces, sintiéndose asaltadas por indignos, torpes y espantosos pensamientos y basta por las visiones más horribles, se sienten confundidas y desanimadas, convencidas de que Dios las ha abandonado y de que están totalmente alejadas de él; y no logran convencerse de que su divino espíritu puede habitar en una mente llena de tales pensamientos.

Así, muy abatidas, estas mujeres llegan al borde de la desesperación y de volver a Egipto, después de haber abandonado todo ejercicio bueno. No son capaces de comprender la gracia que el Señor les ha concedido, permitiendo que les asalten estas tentaciones para conducir las al conocimiento de sí mismas y para que recurran a él al sentirse necesitadas de ayuda. De ese modo, se atormentan de manera ingrata, precisamente por aquello por lo que tendrían que estar agradecidas a la infinita bondad.

Lo que has de hacer en estas situaciones, es sumergirte en la consideración de tu inclinación perversa. Por tu bien, Dios quiere que sepas que esa inclinación puede conducirte a cualquier mal gravísimo, y que, sin su ayuda, te precipitarías en la ruina más extrema. A partir de ahí puedes cobrar esperanza y confianza en que él te ayudará, ya que te hace ver el peligro, y quiere atraerte más cerca de sí a través de la oración y recurriendo a él. Por eso, debes darle gracias con la mayor humildad.

Ten por cierto que estas tentaciones y estos malos pensamientos se vencen mejor aguantando con paciencia el sufrimiento y dándoles la espalda con decisión, que con una resistencia excesivamente ansiosa.

CAPÍTULO 60

El examen de conciencia

Con respecto al examen de conciencia, debes considerar tres cosas:

- las caídas de ese día;
- su causa;
- el ánimo y la prontitud que muestras en la lucha contra ellas y en la adquisición de las virtudes contrarias.

En torno a las caídas, debes poner en práctica cuanto te he dicho en el capítulo 26, donde te he indicado lo que hay que hacer cuando estamos heridos.

Debes esforzarte por destruir y echar por tierra sus causas.

Fortalecerás la voluntad para realizar todo esto y para adquirir las virtudes, desconfiando de ti mismo y confiando en Dios, con la oración y con frecuentes actos que te lleven a experimentar el odio al vicio y a desear la virtud contraria.

Mira con desconfianza las victorias y las obras buenas que hayas hecho.

Además, te aconsejo que no pienses demasiado en ellas, al menos por el peligro, casi inevitable, de que se infiltre algún motivo de vanagloria y soberbia. Por eso, cualesquiera que sean, confíalas a la misericordia de Dios, y piensa que es mucho más lo que te queda por hacer.

Por lo que toca a la acción de gracias por los dones y favores que ese día te ha hecho el Señor, reconócelo a él como artífice de todo bien y agradécele el haberte librado de tantos enemigos declarados, y más aún de los encubiertos; por haberte dado buenos pensamientos y ocasiones para practicar las virtudes. Por fin, dale gracias por otros muchos favores que ni tú mismo conoces.

CAPÍTULO 61

En esta batalla hay que continuar luchando siempre, hasta la muerte

Una de las cosas que exige este combate es la perseverancia, con la que debemos aplicarnos a mortificar constantemente nuestras pasiones, que en esta vida nunca mueren, sino que brotan cada momento como malas hierbas. Esta es una batalla que, al no terminar sino con la vida, no podemos evitarla; y quien se resiste a luchar, infaliblemente es apresado o perece en ella.

Además, tenemos que vérnoslas con enemigos irreconciliables; por eso jamás se puede esperar ni paz ni tregua, porque matan con mayor crueldad a quien más se esfuerza por ganar su amistad.

Pero no debes asustarte por su poder ni por su número, porque en esta batalla no puede quedar vencido más que quien así lo quiere. Y toda la fuerza de nuestros enemigos está en poder del Capitán por cuyo honor debemos combatir. Y él no sólo no permitirá que triunfen sobre ti, sino que incluso tomará por ti las armas; y al ser más poderoso que todos tus adversarios, pondrá la victoria en tus manos, con tal que tú, luchando valerosamente junto a él, no confíes en ti mismo, sino en su poder y en su bondad.

Si el Señor no te concede en seguida la victoria, no te desanimes. En efecto, debes crecer en el convencimiento —y eso te ayudará también para luchar con más confianza— de que si te comportas como constante y generoso guerrero, él transformará para tu bien y en ventaja tuya todo lo que se te ponga por delante y lo que más lejano y hasta contrario a tu victoria te parezca, sea del género que sea.

Tú sigue a tu celestial Capitán, que por ti ha vencido el mundo y se ha entregado a sí mismo a la muerte, y dedícate con corazón grande a esta batalla y a destruir a todos tus enemigos: si dejas vivo uno solo, será para ti como paja en el ojo o flecha en el costado, y te impedirá participar en tan gloriosa victoria.

CAPÍTULO 62

Modo de prepararse para los asaltos del enemigo en el momento de la muerte

Aunque toda nuestra vida es una guerra continua en la tierra (cf Job 7,1 Vulgata), la jornada principal y más importante la viviremos en el último momento del gran paso, pues quien en ese momento cae, no puede levantarse más.

Para encontrarte entonces bien preparado, lo que has de hacer es combatir valerosamente en este tiempo que se te concede; porque quien bien combate durante la vida, fácilmente consigue la victoria en el momento de la muerte, por la buena costumbre ya adquirida.

Además, piensa a menudo y detenidamente en la muerte, porque así, cuando llegue, la temerás menos y la mente estará libre y dispuesta para la batalla. Los hombres mundanos rehúyen este pensamiento, para no dejar de saborear las cosas terrenas; como están voluntariamente apegados a ellas, sentirían gran pena pensando en tener que dejarlas. Y así, no disminuye su afecto desordenado, sino que cobra cada vez más fuerza; y tener que separarse de esta vida y de cosas tan queridas es para ellos causa de angustia incalculable, mayor aún para quienes por más tiempo las han disfrutado.

Para realizar mejor esta importante preparación, también puedes imaginar alguna vez que te encuentras solo, sin ninguna ayuda, en medio de las angustias de la muerte, y evocar todo lo que en ese momento te podría atormentar. Reflexiona entonces sobre los remedios que te voy a sugerir, para mejor poder echar mano de ellos en ese último trance; pues el golpe que se ha de dar una sola vez hay que ensayarlo bien antes, para evitar el error donde no hay posibilidad de corrección.

CAPÍTULO 63

Cuatro asaltos de nuestros enemigos en la hora de la muerte. Asalto contra la fe y modo de defenderse

Cuatro son los principales y más peligrosos asaltos con que nuestros enemigos suelen salir a nuestro encuentro en la hora de la muerte. Son estos:

- las tentaciones contra la fe,
- la desesperación,
- la vanagloria,
- y diversas ilusiones y transformaciones de los demonios en ángeles de luz.

En cuanto al primer asalto, si el enemigo comienza a tentarte con sus falsos argumentos, aparta en seguida el entendimiento y retírate a la voluntad diciendo: «Apártate, Satanás (Mt 16,23), padre de la mentira (Jn 8,44), que no quiero ni escucharte, pues me basta creer cuanto cree la Iglesia católica».

Y, dentro de lo posible, no des cabida a pensamientos sobre la fe, aunque te parezcan inofensivos; es más, debes considerarlos como pretextos del demonio para buscar camorra. Y aunque no logres distraer de ellos la mente y recobrar el ánimo, procura mantenerte fuerte y bien firme para no ceder ante ninguna razón o autoridad que el adversario aduzca de la sagrada Escritura, pues todas ellas serán defectuosas, o mal aplicadas, o mal interpretadas, aunque a ti te parezcan buenas, claras y evidentes.

Si la serpiente astuta te pregunta qué es lo que la Iglesia Católica cree, no le respondas; sino que, viendo su engaño y que lo que intenta es enredarte con palabras, haz interiormente un acto de fe más viva. O bien, para hacerlo explotar de indignación, respóndele que la Iglesia católica cree la verdad. Y si el maligno replicase: «¿Y cuál es esa verdad?», tú insiste: «Precisamente eso que ella cree».

Y sobre todo, mantén constantemente tu corazón fijo en el Crucifijo, diciendo: «Dios mío, creador y salvador mío, date prisa en socorrerme, y no te alejes de mí, para que yo no me aleje de la verdad de tu santa fe católica; y que así como, por tu gracia, nací en esa fe, termine también en ella, para tu gloria, esta vida mortal».

CAPÍTULO 64

El asalto de la desesperación. Remedio contra ella

El otro asalto con que el perverso demonio intenta derrotarnos del todo, es el miedo que nos inspira con el recuerdo de nuestras culpas, para que nos precipitemos en el abismo de la desesperación.

Ante tal peligro, atente a esta regla segura: el recuerdo de tus pecados proviene de la gracia y contribuye a tu salvación cuando produce en ti un fruto de humildad, de dolor por haber ofendido a Dios y de confianza en su bondad. Pero cuando te turban y te vuelve desconfiado y pusilánime, aunque te parezca que es el recuerdo de cosas reales y suficientes para convencerte de que estás condenado y que para ti ya no hay posibilidad de salvación, reconócelo también como producto del embaucador; humíllate más y confía más en Dios, pues así vencerás al enemigo con sus propias armas y darás gloria al Señor.

Aflígete también por la ofensa hecha a Dios, cada vez que te viene a la mente, pero pide perdón de ella y confía en su pasión.

Te digo más: aunque te parezca que el mismo Dios te dice que no perteneces a su rebaño, no debes dejar de confiar en él por ningún motivo, pero has de decir con humildad: «Mucha razón tienes, Señor mío, para reprobarme por mis pecados; pero yo tengo una razón mayor para confiar en tu piedad para perdonarme. Por eso te pido que salves a esta pobre criatura tuya, condenada, sí, por su maldad, pero redimida a precio de tu sangre. Redentor mío, quiero salvarme para gloria tuya, y, confiando en tu inmensa misericordia, me abandono totalmente a tus manos. Haz de mi lo que quieras, porque tú eres mi único Señor; y aunque me matases, quiero seguir teniendo toda mi esperanza puesta en ti» (cf Job 13,15 Vulgata).

CAPÍTULO 65

El asalto de la vanagloria

El tercer asalto es el de la vanagloria y la presunción.

En esto no te dejes arrastrar jamás por ningún camino imaginable, ni siquiera por una mínima complacencia de ti mismo y de tus obras. Tu complacencia ha de estar únicamente en el Señor, en su misericordia, en las obras de su vida y de su pasión.

Humíllate cada vez más ante sus ojos hasta el último suspiro, y reconoce sólo a Dios como autor de todo bien que recuerdes haber realizado. Recurre a su ayuda, pero no la esperes por tus méritos, aunque hayas superado muchas y grandes batallas. Y permanece siempre en un santo temor, confesando sinceramente que todos tus aprestos de guerra serían inútiles, si tu Dios, en cuya Protección sólo has de confiar, no te acogiera a la sombra de sus alas.

Siguiendo estas advertencias, tus enemigos no podrán triunfar sobre ti. Y así te abrirás el camino para entrar gozoso en la Jerusalén celestial (cf Ap 21,1ss).

CAPÍTULO 66

El asalto de las ilusiones y de las falsas apariciones en la hora de la muerte

Si nuestro obstinado enemigo, que jamás se cansa de atormentarnos, te asalta con falsas apariciones y se transforma en ángel de luz, permanece firme e inmovible en el conocimiento de tu nada y dile con atrevimiento: «Vuelve, infeliz, a tus tinieblas, porque yo no merezco visiones, ni necesito más que la misericordia de mi Jesús y las oraciones de la Virgen María, de san José y de los demás santos».

Aunque, por muchos indicios, te pareciera casi evidente que vienen del cielo, recházalas igualmente y aléjalas de ti lo más posible; y no ternas que esta resistencia, fundada en tu indignidad, desagrade al Señor, pues si es cosa suya, él sabrá aclararla y tú nada perderás; pues quien da su gracia a los humildes (cf 1Pe 5,5) no la retira a causa de los actos de humildad que se hacen.

Estas son las armas más comunes, que el enemigo suele emplear contra nosotros en ese último momento. Luego va tentando a cada uno según sus particulares inclinaciones, que él bien conoce. Pero antes de que se aproxime la hora de la gran batalla, debemos armarnos bien y combatir valerosamente contra nuestras pasiones más violentas y que más nos dominan, para hacer más fácil la victoria, en el tiempo que nos priva de cualquier otro tiempo para poder hacerlo: «Hazles la guerra hasta acabar con ellos» (cf 1Sam 15,18).

¿Puede un libro de espiritualidad del siglo XVI ser un camino válido para los creyentes de hoy? El *Combate espiritual* es un verdadero manual de estrategia espiritual. Algo necesario, porque la perfección cristiana a la que nos llama Jesucristo debe ser conquistada. Para el cristiano de hoy, la síntesis personal de su camino hacia la santidad no puede prescindir de un sincero esfuerzo ascético, de la lucha interior contra las tentaciones y el pecado. Aquí radica la actualidad de este libro: enseñando como maestro y acompañando como guía, nos muestra los pasos que hay que dar para salir victoriosos en la batalla contra los enemigos del alma. Las advertencias y avisos están repletos de sabiduría y experiencia del autor.

Lorenzo Scupoli nació alrededor de 1530 en Otranto. En 1569 ingresó en la orden de los Clérigos Regulares (teatinos) y fue ordenado sacerdote en 1577. Murió en Nápoles en 1610.



ISBN 84-285-1824-6



9 788428 518246

NOTAS

[←1]

P. Camus, *L'esprit du Bien-heureux François de Sales*, Paris 1840, III, part. XIV, sec. XVI, 125.

[←2]

En San Pablo el Mayor de Nápoles vivieron parte de su vida y allí murieron san Cayetano (+1547) y el beato Juan Marinoni (+1562), que fue el maestro de noviciado de san Andrés Avelino (+1608) y del beato Pablo Durali d'Arezzo (+1578). En la escuela de Marinoni, y después en la de Avelino, se formaron gran número de teatinos de sólida virtud y que, además, fueron ellos mismos protagonistas de la reforma católica en Italia.

[←3]

En 1573 fue destinado a Milán para unirse con los amigos de san Carlos Borromeo y ayudarlo en la reforma eclesiástica.

[←4]

J. Silos, *Hist. Clericorum Regularium III*, Palermo 1666, 606.

[←5]

Esta experiencia de Génova se refleja en su tratado: *Modo di consolare ed aiutare gli infermi a ben morire*, Nápoles 1599.

[←6]

Archivo General de los Teatinos, Roma, *Acta Capitulorum Generalium*, 1585: «Que se mantenga en la cárcel a D. Lorenzo de Otranto durante todo este año, y que en el próximo Capítulo se dé la última sentencia, de acuerdo con lo que se juzgue más oportuno». En el Capítulo de 1586 no figura su nombre.

[←7]

Los encargados de examinar el proceso en el Capítulo de 1587 fueron los padres Marcelo Tolosa, Pablo Del Tufo y Mateo Benci.

[←8]

Acta Capitulorum Gen., 1572, 1578.

[←9]

J. Silos, o.c., 277-278.

[←10]

D. De Angelis, *Le vite de letterati salentini*, Nápoles 1713, 11. S. Bongi, *Annali di Gabriele Giolito de Ferrari da Trino di Monferrato, stampatore in Venezia*, Roma 1895, 441.

[←11]

A. F. Vezzosi, Scrittori de'Chierici Regolari detti Teatini II, Roma 1780,
277.

[←12]

J. Silos, o.c., II, 278; III, 606.

[←13]

S. del Tufo fue nombrado, en 1595, obispo de Mottola, donde murió en 1600.

[←14]

Solamente figuran 23 capítulos numerados, por una equivocada repetición del cap. 18. Uno de los raros ejemplares existentes todavía, se conserva en el Archivo General de los Teatinos, en Roma.

[←15]

El texto de esta primera edición empieza así: «Queriendo, como quieres, amadísima hermana en Cristo, conseguir la corona de la perfección, te es necesario combatir generosamente para vencerte a ti misma, y las pasiones que te impiden la carrera hacia tan gloriosa victoria. Y yo, pues que así de mí lo requieres, voy a enseñarte ahora el modo, y a darte las armas, con que puedas ejercitarte en esta espiritual batalla» (pp 7-8).

[←16]

Combattimento spirituale, ordinato da un servo di Dio, et di nuovo in questa seconda impressione dall'istesso ampliato. Con privilegi. In Venetia, appresso i Gioliti, 1589, Voi. de 128 pp +4 n. n. En las pp 3-4 se lee esta advertencia «a los lectores»: «Habiendo sido compuesto por el autor esta obrita del *Combate espiritual*, no para que la vean los ojos del mundo, sino para satisfacción de algunas personas piadosas, que se lo habían solicitado; llegó después a manos de una persona que lo dio a la imprenta. Y debiendo ahora imprimirse de nuevo por las muchas peticiones llegadas de diversas partes, por el mismo autor y a ruegos de otros, le han sido añadidas algunas cositas que servirán de provecho y consuelo a toda persona espiritual».

[←17]

Para las ediciones en vida de Scupoli: B. Mas, *Le edizioni del «Combattimento spirituale» dal 1589 al 1610, vivente il suo autore, en Studi di bibliografia e di storia in onore di Tammaro de Marinis III*, Verona 1964, 149-175.

[←18]

J. P. Camus, o.c., 125.

[←19]

E. J. Lajeunie en la introducción a *Le combat spirituel*, Forcalquier 1966, 11.

[←20]

Id, *S. François de Sales*, Paris 1966, 165-166.

[←21]

Le Combat spirituel, fait et composé par les prêtres réguliers appelés communément Théatins, et par eux augmenté de vingt-sept chapitres; traduit en français par D. S., Parisien, Paris, 1608.

[←22]

Confirmado por algunos testimonios en los procesos. B. Mackey, *Oeuvres de saint François de Sales* I, Annecy 1892, Introd. gen., 44, nota 2; III, Préface de l'ed. de 1893 *Introd. á la Vie dévote*, 37, nota 1. E. G. LAJEUNIE, S. *François de Sales* I, 165.

[←23]

Archivo General de los Teatinos, Roma, *Acta Cap. Gen.* 1610: «Se permita a D. Lorenzo Scupoli el poder celebrar la misa, no obstante el tiempo que le queda según la sentencia de condena».

[←24]

Esta edición consta de 49 capítulos, por la supresión por parte del autor de algunas cuestiones «que se refieren particularmente a los religiosos». Los destinatarios eran los cofrades seculares del Oratorio del Santísimo Crucifijo de San Pablo el Mayor, de Nápoles.

[←25]

F. M. Magia, *Sermoni sopra la vita e morte di S. Gaetano*, Nàpoles 1672, sermón XII, c. II, 437.

[←26]

Andrés Castaldo Pescara, prepósito general de los Teatinos de 1615 a 1621, murió el 10 de mayo de 1629. A. F. Vezzosi, *Scrittori...*

[←27]

Combattimento spirituale, di nuovo riveduto, et accresciuto dallo stesso Autore il P. D. Lorenzo Scupoli de' Chierici Regolari detti Teatini. En Bologna, ed. Bartolomé Cocchi, 1610.

[←28]

D. De Angelis, o.c., 11.

[←29]

J. Silos, o.c., III, 606.

[←30]

G. Argaiiz, *La soledad laureada por san Benito y sus Hijos en las Iglesias de España y teatro monástico* VI, Madrid 1675, 504-505.

[←31]

B. Steiner, *Historisch-Kritische Untersuchung über den Verfasser des «Geistlichen Kampfes»*, en *Studien und Mittheilungen aus dem Benedictiner und Cistercienser Orden*, 17 (1896), 444-462.

[←32]

J. P. Camus, o.c., 125.

[←33]

La carta se encuentra en el Archivo General de los Teatinos, Roma, *Casa di Parigi*, P. A. Bissaro, de Vicenza, fue confesor del card. Mazzarino y lo asistió en la hora de la muerte. R. Darricau, *Les théatins á Paris*, en *Regnum Dei - Collectanea Theatina* 11 (1955) 98-126.

[←34]

C. De Palma hizo su profesión religiosa en San Pablo el Mayor de Nápoles, el 11 de mayo de 1631; fue profesor de Teología en Nápoles y después en Roma, en el colegio de Propaganda Fide. En 1675 fue nombrado obispo de Pozzuoli, donde murió en 1682.

[←35]

Archivo General de los Teatinos, Roma, en el *Primo inventario delle Scritture della Religione de' Cherici Regolari*, fol. 42 v., se halla registrado: «*Combattimento spirituale* manuscritto del Ven. Don Lorenzo Scupoli et ampliato la terza volta dal medesimo». Tras el inventario de algunas ediciones guardadas en el cajoncito n. 23 se lee: «Altro (ejemplar) con la corretione, e con la fede di molti Padri vecchi, che fosse composto dal Ven. D. Lorenzo Scupoli ch. Reg.». Al final del siglo XVIII, con la ocupación de Roma por las tropas napoleónicas y la instalación de soldados en la sede de la casa General de los Teatinos, el Archivo y la Biblioteca fueron en parte destruidos y en parte diezmados. Sólo una parte pudo salvarse de las llamas y la dispersión. El contenido del mencionado cajoncito n. 23 no se ha vuelto a encontrar hasta la fecha. B. Mas, *I Capitoli generali dei teatini durante l'invasione napoleonica*, en *Regnum Dei - Collectanea Theatina* 8 (1952) 69-81.

[←36]

A. F. Vezzosi, *Scrittori... Teatini* II, 290. El erudito bibliófilo Cayetano Volpi en su introducción a la edición de Padua de 1724 (p XXXIII), como experto conocedor de buenos libros que era, al hacer el elogio de la de París, de 1660, escribe: «Este precioso volumen fue impreso con grandes y nobles caracteres, letras capitulares y ribetes delicadamente grabados en cobre».

[←37]

P. Pourrat, *La spiritualité chrétienne* III, Paris 1947, 360.

[←38]

Además de los lugares citados véanse: cc. 23, 31, 33, 35, 44, 55, 59;
Agginnta al Combattimento spirituale, cc. 1, 25, 28.

[←39]

Col 3,9-10; Ef 4,22-23.

[←40]

De civ. Dei, 1. 14, c. 28.

[←41]

L. Scupoli, *Aggiunta al Combattimento spirituale*, c. 9.

[←42]

Serm. 3 in temp. Resurrect., 3.

[←43]

Aggiunta, o.c., c. 25

[←44]

Cf Santo Tomás de Aquino, *Opusculum* 18: De perfectione vitae tpiritualis,
c. 10.

[←45]

Santa Catalina de Bolonia, *Le sette armi spirituali*, Módena 1963.

[←46]

P. Mandonnet, en su introducción a la versión francesa de la obra de Melchor Cano, *Victoire sur soi-même*, París 1923, 11.

[←47]

R. Lechat, *La «conversión» de S. André Avellin*, en *Analecta Bollandiana* 41 (1923) 139-148. B. Mas, *La espiritualidad de san Andrés Avelino*, en *Regnum Dei - Collectanea Theatina* 14 (1958) 85-159. G. de Luca, *S. André Avellin*, en *Dictionnaire de Spiritualité* I, Paris 1932, 551-554.

[←48]

P. Pourrat, *La spiritualité chrétienne* III, 358-368, M. Petrocchi, *Storia della spiritualità italiana* (s. XIII-XX), Roma 1984, 221-223.

[←49]

F. Andreu, *Le lettere di san Gaetano Thiene*, Ciudad del Vaticano 1954; *Spiritualita di S. Gaetano*, en *Regnum Dei - Collectanea Theatina* 4 (1948) 39-66. *Cristo aspetta e nessuno si muove. Le lettere di S. Gaetano Thiene*, a cargo de V. Cosenza y P. Di Pietro, Vicenza 1988.

[←50]

P. Paschini, *S. Gaetano Thiene, Gian Pietro Carafa e le origini dei Chierici Regolari Teatini*, Roma 1926. B. Mas, *La spiritualità teatina*, Roma 1951.
G. Llompert, *Gaetano da Thiene*, Roma 1969.

[←51]

Presentación de la primera edición, Venecia 1589.

[←52]

Advertencia «a los lectores», 2a ed., Venecia 1589.

[←53]

P. Sernet, *S. Francesco di Sales*, en *Dizionario enciclopedico di spiritualità I*, Roma 1975, 805.

[←54]

L. Rolfo, *S. Francesco di Sales. Tutte le lettere* I, San Paolo, Roma 1967, 887, carta del 24 de julio de 1607 a la baronesa de Chantal. Señalamos un lapsus de transcripción: en vez de «desde hace ya ocho años», debe decir: «desde hace ya dieciocho años», como se lee en la edición francesa, *Lettres* III, Annecy 1904, 304: «dix huit ans». Este es el fragmento de la carta que nos interesa: «Querida hija mía, leed el cap. 28 del *Combattimento spirituale*, un libro que quiero muchísimo, que llevo siempre en el bolsillo desde hace ya dieciocho años, y que nunca releo sin provecho. Sed fiel a cuanto os he dicho». El c. 28 de la 2ª edición, que es la que usaba el santo, corresponde al c. 59 de la presente edición: «La devoción sensible y la aridez».

[←55]

J. P. Camus, o.c., I, part. III, sec. 12, 164-165.

[←56]

P. Pourrat, *La spiritualité chrétienne* III, 420-421.

[←57]

P. Coste, *S. Vincent de Paúl, Correspondance, Entretiens, Documents IV*,
Paris 1921, 49.

[←58]

B. Papasogli, *Gli spirituali italiani e il «grand siècle»*, Roma 1983, 28-35.
Cf M. Marcocchi, *La spiritualità tra giansenismo e quietismo nella Francia del Seicento*, Roma 1983. El card. Mazarino y la reina Ana de Austria favorecieron su difusión en Francia. F. M. Magia, *Sermoni*, 437; R. Darricau, *Les Théatins à Paris*, en *Regnum Dei - Collectanea Theatina* 10 (1954) 166-240.

[←59]

San Andrés Avelino, *Lettere* I, Nàpoles 1732, 548.

[←60]

De la edición de Roma por obra de Mascardi, 1657, 39-40.

[←61]

Carta circular del 15 de enero de 1662.

[←62]

F. Andreu, *Pellegrino alle sorgenti: S. Giuseppe M. Tomasi. La vita, il pensiero*, le opere, Roma 1987, 82.

[←63]

J. P. CAMUS, o.c., III, part. XIV, sec. XVI, 125

[←64]

F. M. Magia, *Sermoni*, 440.

[←65]

Cf carta circular del preposito general, E. J. Gómez, 3 de enero de 1989, y algunos otros estudios, en *Notitiae pro theatinis* 19 (1989) 2-6 y 24 (1989) 12-16; A. Oliver-J. Cassá en *Quaerite* 52 (1989) 2-18.

[←66]

A. F. Vezzosi, *Scrittori... Teatini* II, 280-301.

[←67]

The Catholic educator. A Library of catholic instruction and dévotion. Masterpieces of great spiritual masters: St. Francis of Sales, Thomas a Kempis, L. Scupoli, The Spiritual combat II, Nueva York 1888, 207-302.

[←68]

“J. Maritain, *Il contadino della Garonne*, Brescia 1986, 229.

[←69]

M. Viller, *Nicodème l'Hagiorite et ses emprunts à la littérature spirituelle occidentale. Le combat spirituel et les Exercices de S. Ignace dans l'Eglise Byzantine*, en *Revue d'Ascétique et de Mystique* 5 (1924) 174-177.

[←70]

B. J. Groesciell, *Préface to The spiritual combat by L. Scupoli*, Nueva York 1978, 6. Significativa la influencia en dos convertidos al catolicismo, Henry Lucas y Francis Yeh, como resulta de su propio testimonio en B. Schafer, *Hanno sentito la voce*, Milán 1950, 40-185.

[←71]

G. de Luca, *Archivio italiano per la Storia della Pietà* I, Roma 1951, Introducción, 68-69.

[←72]

Le combat spirituel, réduit en exercices pour les retraites annuelles de dix jours, avec une académie propre pour se former en ce combat e profiter de ces exercices hors de la retraite, Aviñón 1634 y 1654; Paris 1653, 1656 y 1665. Traducido al italiano por el teatino G. B. Negri, Venecia 1747 y 1756.

[←73]

*Le Combat spirituel, ou de la Perfection de la vie chrétienne. Traduction
faite en vers par J. Desmarets, Paris, 1654.*

[←74]

Fundadora del instituto de la Bienaventurada Virgen María «Damas inglesas». J. Gérard sj, su primer traductor inglés, recomendó a M. Ward la lectura del *Combate*: «Este libro —como declaró ella misma— fue, a decir verdad, el mejor maestro que yo pudiera tener en mis ordinarias prácticas espirituales, y una de las más grandes ayudas que yo haya tenido en el camino de la perfección», M. C. E. Chambers, *The life of Mary Ward*, Londres 1885, 4; *Ristretto della vita di M. Ward*, Roma 1892, 5.

[←75]

Fundador de los pasionistas. E. Zoffoli, *San Paolo della Croce* II, Roma 1965, 82, 83. Cf Introducción a los textos de las dos primeras ediciones del *Combattimento spirituale* publicadas por C. Castellani del Cerro, Cittadella, Padua 1974, 8.

[←76]

Fundador de las congregaciones de los Hijos de María Inmaculada y de las Ursulinas de Jesús. A. Morteau, Introducción a *Le Combat spirituel*, París 1927, 10.

[←77]

Fundador de las congregaciones de los Hermanos de la Caridad, de las Religiosas de la Caridad de Jesús y de María, y de las Religiosas de la Infancia de Jesús. J. Van Holderbeke, *Le Combat spiritual et Notre Fondateur*, Roma 1989.

[←78]

L'Osservatore Romano, 6 de abril de 1967, 1.

[←79]

J. de Guibert, *Ascèse, Ascétisme, en Dictionnaire de Spiritualité I*, col. 987.

[←80]

Cf LG c. 5

[←81]

Ediciones: 1927, 1930, 1939, 1943, 1960.

[←82]

Con fin análogo salieron las ediciones preparadas por B. Neri, Turín 1939 y por D. Marranci, Turín 1948. En la más reciente de M. Spinelli, Milán 1985, se ha reproducido el texto de la edición de Roma 1657, con la explicación al pie de página de los vocablos más arcaicos y desusados.